

EL OFICIO DE LA HISTORIA



EL ARTE DE LA BIOGRAFÍA

FRANÇOIS DOSSE

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA

Dosse, Francois.

El arte de la biografía : entre historia y ficción.

1. Biografía – Metodología. 2. Biógrafos.
3. Ciencias auxiliares de la historia. I.t.

CT 104 D6718.2007.

Título original: *L'art de la biographie. Entre histoire et fiction.*

Diseño de la portada: Ana Elena Pérez y Miguel García

1a. edición, 2007

D.R © Francois Dosse

D.R © Universidad Iberoamericana, A.C.

Prol. Paseo de la Reforma 880

Col. Lomas de Santa Fe

01219 México, D.F.

publica@uia.mx

ISBN 978-968-859-640-1

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Capítulo IV
LA EDAD HERMENÉUTICA I
LA COMPRENSIÓN DE LA UNIDAD POR LO SINGULAR

1. La biografía existencialista: Sartre	221
<u>2. Los relatos de vida</u>	<u>234</u>
3. La excepción normal	250
4. La biografía a prueba de lo imaginario	274

Capítulo V
LA EDAD HERMENÉUTICA II
LA PLURALIDAD DE LAS IDENTIDADES

<u>1. El hombre común</u>	<u>297</u>
<u>2. Los biografemas</u>	<u>307</u>
<u>3. La construcción de identidades políticas</u>	<u>316</u>
<u>4. Psicohistoria y biografías psicoanalíticas</u>	<u>327</u>
<u>5. Las metamorfosis de la identidad narrativa</u>	<u>354</u>

Capítulo VI
LA BIOGRAFÍA INTELECTUAL

1. La vida del pensamiento. El pensamiento de la vida	377
2. El imperativo de empatía	387
3. Los sentidos de una vida	391
4. La biografía de los maestros de la anti-biografía	406
5. Las pruebas de la grandeza	414

Conclusión 427

Bibliografía 433

Índice onomástico 445



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

historia universal es la *biografía*, casi podríamos decir, la autobiografía de la humanidad".²

Como discurso moral de aprendizaje de virtudes, la biografía se ha convertido, a lo largo del tiempo, en un discurso de lo auténtico, y remite a una intención de veracidad de parte del biógrafo, pero la tensión permanece constante entre esta voluntad de verdad y una narración que debe pasar por la ficción, y que sitúa a la biografía en un espacio, en un vínculo entre ficción y realidad histórica, en una ficción verdadera. Jorge Luis Borges expresó bien esta tensión en su "biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)".³ Al defender lo opuesto a la narración tradicional que lleva desde los primeros vagidos del nacimiento hasta los últimos estertores de la muerte, Borges concentra su narración biográfica en una sola noche, y no evoca acontecimientos anteriores más que para aclarar mejor lo que es indispensable para comprender lo que sucede en esa noche, durante la cual Cruz, su héroe, con repentina lucidez sobre sí mismo, descubre su rostro y, finalmente, escucha pronunciar su nombre propio: "Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad *de un solo momento*: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es".⁴

Tenemos por costumbre distinguir dos géneros: la biografía y la narración de vida. El término "biografía" no aparece sino tardíamente en francés y en las otras lenguas europeas, a fines del siglo xvii, lo que evidentemente no significa que la práctica biográfica no se hubiera atestiguado mucho antes. Aparece por primera vez en lengua francesa en un proyecto de Bayle: "Parece que el Sr. Bayle tiene proyectado hacer una obra que hable de los errores que han cometido los Biógrafos al hablar de la muerte y el nacimiento de los Sabios".⁵ Más tarde, se incluyó el término en la edición de 1721 del *Dictionnaire de Trévoux*.

De acuerdo con Marc Fumaroli, es conveniente distinguir dos grandes periodos. De la Antigüedad al siglo xvii fue la época de la escritura de las "Vidas", mientras que, a partir de la ruptura moderna, se impuso la biografía. Lo que se modificó de manera fundamental fue el modo de elección de los grandes hombres, de aquellos que llegan a ser los temas de las biografías. Hoy en día, el entusiasmo por la biografía hubiera remitido la noción de "Vida"

² Raymond Aron, *La philosophie critique de l'histoire* (1938), Julliard, 1987, p. 98.

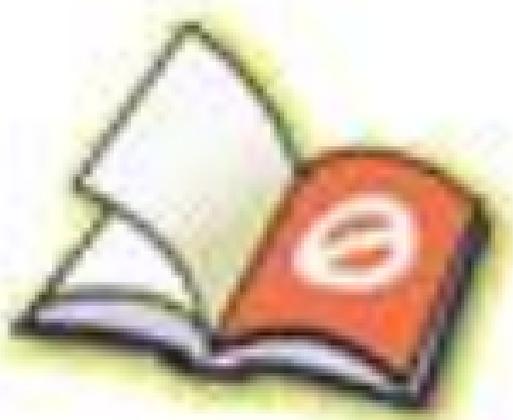
³ Jorge Luis Borges, "Biographie de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)", en *L'Aleph*, Gallimard, col. "L'imaginaire", 1967, pp. 71-76. N. del Ed.: de las ediciones en español empleamos: *El aleph*, Madrid, Alianza Editorial, 1971 (El libro de Bolsillo, 309), pp. 55-59.

⁴ *Ibid.*, p. 58.

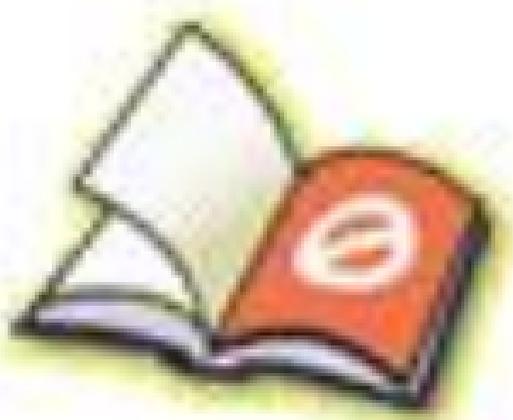
⁵ *Messagiana*, segunda ed. aumentada, Ámsterdam, Georges Callet, 1694, t. 1, p. 118.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

diez años. Deja entonces su demasiado estrecho *yo* en el guardarropa, y se va a la aventura. Se vuelve parásito del otro; ser huésped ya no es opción, no se deja a la suerte y no es fácil. Debe amar suficientemente su obra para sacrificar por ella un largo periodo de su vida, pero a la vez necesita sentir una distancia crítica suficiente para no ir hasta el fin de una identificación con un sujeto distinto que corre el riesgo de poner en peligro su identidad: “Para que tenga lugar la empatía, es necesario, además, que siga siendo subestimado o incomprendido, y que yo me convenza de haberlo rehabilitado”.¹⁶ Claude Arnaud trata aquí un tema recurrente en la mayoría de los biógrafos, el de la empatía necesaria y el deseo de hacer justicia. Adicionalmente, Claude Arnaud siente la necesidad de una profusión íntima, un poco anárquica, en su huésped para poder encontrar las brechas e insinuarse en él. Las psiques un poco destrozadas y las vidas novelescas son las tierras que elige.

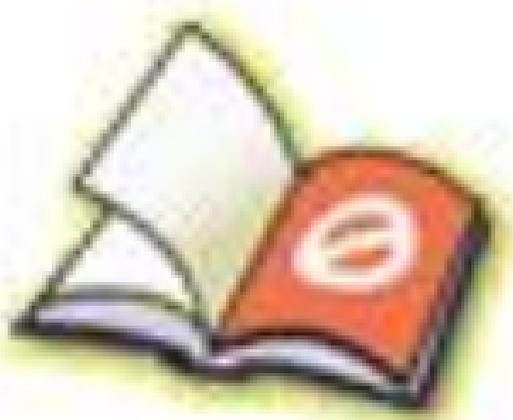
Como Jean Cocteau, Claude Arnaud tiene un buen ejemplo de creador plural e inasible. El biógrafo, una vez que ha determinado su tema, se sumerge en su universo sin reservas y sin salvavidas: “Los primeros meses son realmente voluptuosos”.¹⁷ La ascesis de la desposesión de sí mismo y del viaje hacia el otro son entonces fuentes de momentos de éxtasis. El biógrafo se convierte en devorador, en antropófago: “Me como la lengua y el tuétano, el corazón y los sesos. Después de unos meses de festín, ya sé más sobre él que sobre aquellos y aquellas con quienes he vivido”.¹⁸ Por tanto, la euforia experimentada viene de un sentimiento de conocimiento de un sentido revelado, pero también depende de que el biógrafo se alimente de la fuerza de aquel de quien escribe la biografía. Por una transferencia extraña, el biógrafo se convierte esta vez en el huésped del biografado: “El cuerpo de recibimiento es el mío. Experimento en esa fase un verdadero sentimiento de poder”.¹⁹ El biógrafo prosigue su investigación, pero con el riesgo de mirar a su sujeto desde lo alto de una situación sobresaliente, con la ilusión de haber adquirido, gracias a su investigación y a la distancia temporal, una lucidez superior al sujeto que resucita. Sin descanso, sigue arrancando nuevos trozos de vida, pero llega un momento en el que el biógrafo ya no se siente satisfecho con lo que espera como una prolongación de vida que empieza a funcionar, por la saturación alcanzada y los rendimientos decrecientes que de ella resultan, como una máquina de muerte. Llega entonces la hora de la dilucidación. Convendría cortar por lo sano, llevar a cabo elecciones drásticas y dolorosas, aceptar que

¹⁶ *Idem.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 59.

¹⁸ *Idem.*

¹⁹ *Ibid.*, p. 60.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



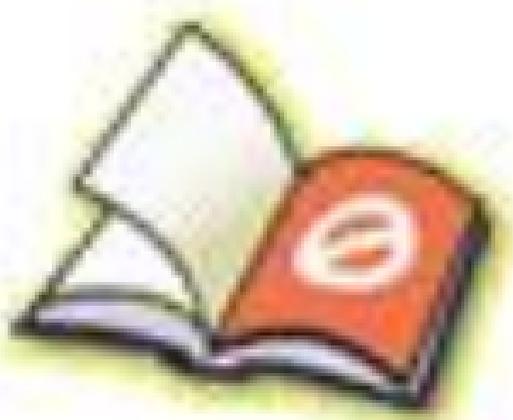
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

manera de familiarizarse con la muerte, de domarla al colocarse en las huellas de aquellos que han desaparecido.

El campo de la escritura biográfica se ha convertido hoy en un buen campo de experimentación para el historiador que puede evaluar el carácter ambivalente de la epistemología de su disciplina, la historia, inevitablemente tensa entre su polo científico y su polo de ficción. El género biográfico asume este interés fundamental de hacer estallar la absolutización de la distinción entre un género verdaderamente literario y una dimensión puramente científica, ya que, más que cualquier otra forma de expresión, suscita la mezcla, el hibridismo, y expresa así tanto las tensiones como las connivencias existentes entre literatura y ciencias humanas.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

a partir de “tanatografías”,¹⁸ la muerte de escritores que han existido; revive sus últimas palabras a partir de las huellas que tiene a su disposición, las de los testigos de sus últimos momentos de agonía, las de sus escritos en los que expresan su angustia frente al último paso. Al hacer uso de ese observatorio, el del modo único en el que cada quien vive sus últimos momentos de manera similar, Michel Schneider actúa como biógrafo, puesto que menciona en todo momento una verdad de la vida individual percibida a la luz de su relación con la muerte. Defiende una concepción de la biografía como novela verdadera: “Toda biografía es una novela; por ello me devoro tantas. Pero las biografías de escritores son las únicas que leo. Y, a veces, confieso, sólo observo las fallas del lenguaje en algunas, en el momento en el que se da el fin”.¹⁹ No obstante, esta lectura llena de síntomas de los individuos-escritores en su verdad encuentra sus recursos esenciales, no tanto en la descripción puramente factual de la manera en la que desaparecieron como en la literatura misma. El biógrafo va a poder decir cosas esenciales de la vida de los escritores gracias a sus escritos literarios y, sobre todo, a propósito de su relación con la muerte: “Por tanto, debemos leer los libros que han escrito esos escritores: ahí es donde se cuenta su muerte. Un escritor es alguien que muere toda su vida, con largas frases y pequeñas palabras”.²⁰ Debido a que la escritura es ella misma la mirada de la muerte en uno mismo y en los otros, lo que subraya el escritor en su escritura no es tanto una búsqueda de inmortalidad como la inmanencia de la relación con la muerte. Según Michel Schneider, es incluso esta relación con los límites la que determina la distinción entre escritores y escribientes: “Sin una relación extrema con ese extremo en el que se suprimen las palabras y la vida, tal vez se escribe, pero no se es escritor”.²¹ Además de las confesiones o de las proyecciones que puedan expresar los escritores sobre su propia muerte, el biógrafo dispone de la forma en la que se cuenta la muerte del otro. Por ejemplo, se leen los famosos *Pensamientos* de Pascal como un libro obstruido por el horror de morir. Pascal hubiera sustituido la enfermedad como filtro para esta angustia por la angustia que no lo abandonó, que lo acosaba todo el tiempo, que afectaba a un cuerpo impuro y provocaba cada vez un nuevo impulso hacia una alma santa que deseaba ser liberada. Pascal “murió porque tenía cuerpo. Escribía para no tenerlo”.²² Este miedo enfermizo provoca el deseo de escribir esos *Pensamientos*, vistos

¹⁸ Término sugerido por Jean-Pierre Goldenstein.

¹⁹ Michel Schneider, *Morts imaginaires*, op. cit., pp. 16-17.

²⁰ *Ibid.*, p. 17.

²¹ *Ibid.*, p. 28.

²² *Ibid.*, p. 59.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

puesto en evidencia por Philippe Lejeune a propósito de la autobiografía,²⁷ puesto que el lector que lee una biografía espera encontrar ahí hechos auténticos: “Publicar una biografía, anunciarla como biografía, no como novela, es anunciar hecho verídicos, y un biógrafo debe a su lector, ante todo, la verdad”.²⁸ A la inversa, según André Maurois, el biógrafo se mantendrá a distancia de la moral y de todo juicio prematuro, porque de lo contrario dejaría el mundo estético a cambio del ético, que no debe ser el suyo. ¿Es el biógrafo o el novelista quien mejor reconstituye a ese ser real que está en la esfera de la investigación? El biógrafo sufre de una inferioridad en relación con el novelista, en la medida en que no puede revivir la vida interior de su personaje. Está desprovisto por la insuficiencia de fuentes que le permitiría dar cuenta de ellos, mientras que el novelista puede, por su parte, dar libre curso a su imaginación. Debido a su ambición de estar lo más cerca posible de la vida verdadera, la biografía se refiere a un género difícil: “Exigimos de ella los escrúpulos de la ciencia y los encantos del arte, la verdad sensible de la novela y las sabias mentiras de la historia”.²⁹

El género biográfico está, de hecho, condenado a ocupar un sitio inestable entre dos escollos, lo que expresa claramente el biógrafo estadounidense de *Luis XI*, Paul Murria Kendall, cuando escribe a propósito del arte de la biografía: “La definición excluye a las obras situadas en los dos extremos del espectro biográfico: la biografía ‘novelizada’ simula la vida, pero no respeta los materiales de los que dispone, mientras que la biografía saturada de hechos, producto de la escuela charlatana de la erudición-compilación, adora los materiales, pero no simula una vida. Entre las dos, se extiende el imposible artesano de la verdadera biografía”.³⁰ De esta tensión, nace una ambivalencia del género biográfico que a la vez sirve al erudito para confirmar la veracidad de tal o cual hecho particular, y que encuentra, por tanto, en esas grandes “sumas” biográficas, información útil a través de documentos de primera mano. Al mismo tiempo, el género es especialmente apreciado por un público popular que con ello ha tenido la oportunidad de soñar y nunca tiene la intención de molestarse con pesadas referencias bibliográficas. De esta dualidad, Daniel Madelénat distingue, por un lado, lo que califica de género “hiperbiográfico” o psicológico, centrado exclusivamente en una personalidad, y, por otro, la biografía “histórica, científica, artística, literaria, en la que el interés se desplaza hacia las relaciones entre un actor, un creador y una civili-

²⁷ Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique*, Seuil, 1975.

²⁸ André Maurois, *Aspects de la biographie*, op. cit., p. 170.

²⁹ *Ibid.*, p. 259.

³⁰ Paul Murray Kendall, *The Art of Biography*, op. cit., p. 15.

zación o una cultura”.³¹ Evidentemente, tal distinción representa la existencia de dos polos opuestos y, en este sentido, tiene su pertinencia heurística, pero en realidad lo esencial se juega entre esos dos extremos en múltiples configuraciones híbridas. Entre mimesis y vidas imaginarias, lo propio de la biografía es referirse a una indistinción epistemológica. El género biográfico es mezcla de erudición, de creatividad literaria y de intuición psicológica. Implica una empatía mínima, aun si ese traslado afectivo puede ser fuente de ceguera y de tendencias hagiográficas: “incubar los materiales les da el calor de la vida, los transforma de objeto de estudio en sujeto, compañero vivo a quien se apega el biógrafo, de una manera o de otra, profunda y esencialmente”.³² El compromiso del biógrafo con su tema de estudio implica una inversión tal que, en efecto, no puede llevarse a cabo sin transformar al biógrafo al ritmo de su composición biográfica. Al mismo tiempo, debe seguirse controlando esta alteración para ponerla al servicio de la comprensión de aquel que sigue siendo otro; se trata de descubrir su singularidad misteriosa sin caer en las trampas de la confusión entre uno y otro. Esta tensión hace que Daniel Madelénat mencione una proximidad que puede parecer paradójica entre el género biográfico y la novela moderna que, sin embargo, creía romper con ese género y lo encuentra, no obstante, “con sus juegos sobre los puntos de vista y los tiempos, su inmersión en la interioridad, su disposición convergente de intrigas secundarias”.³³

Virginia Woolf, tanto en su obra como en sus artículos reflexivos, llevó al extremo esta ambivalencia entre la historia de una vida a partir de hechos verificados y la pura ficción. En Inglaterra, el modelo consagrado descansa sobre bases muy factuales. Se remonta a fines del siglo XVIII y da lugar a lo que llamamos la biografía a lo anglosajón, ésa a la que no le falta ni el más mínimo detalle, como es el caso de la vida del doctor Samuel Johnson, escrita por James Boswell.³⁴ En la trastienda de un comerciante de libros en Londres, el escocés Boswell conoció a Samuel Johnson, y se hizo amigo de este hombre de letras, lexicógrafo, poeta y crítico. Durante veinte años, transcribió todos los arrebatos de temperamento, las bromas, los juicios terminantes de Johnson, y la brillantez de ese personaje a la vez hipocondríaco, melancólico y muy autoritario. De esa manera produce una crónica o un “testimonio” sobre un gran hombre que se desarrolla, año tras año, lo más cerca posible de la vida del personaje, y restituye sus declaraciones y sus notas, sus cartas a lo largo

³¹ Daniel Madelénat, *La biographie*, PUF, 1984, p. 23.

³² Paul Murray Kendall, *The Art of Biography*, *op. cit.*, p. 148.

³³ Daniel Madelénat, *La biographie*, *op. cit.*, p. 65.

³⁴ James Boswell, *Vie de Samuel Johnson* (1793), L'Âge d'Homme, 2002.

del tiempo, con la firme intención del biógrafo de mostrar a Johnson como verdaderamente fue, en su verdad, de darnos a leer su vida en su autenticidad, sus detalles, sus anécdotas, para hacer una biografía viva: “No conozco método de biografía más perfecto que el que consiste no solamente en relacionar entre ellos, y según el orden en el que se produjeron, los acontecimientos más importantes de la vida de un hombre, sino también en entremezclarlos con lo él que pudo haber dicho, pensado, escrito; es un método que permite al lector verlo vivir, y vivir con él cada uno de los acontecimientos importantes”.³⁵ El talento del biógrafo Boswell se sitúa en las reconfiguraciones y en las múltiples distribuciones de materiales acumulados.

A mediados del siglo XIX, desaparece el modelo Boswell para dar lugar a la influencia exclusiva de lo que llamamos la biografía victoriana, que se desarrolla en rígidas coacciones moralizantes. Como obra de edificación, la biografía de esa época puede equipararse a la hagiografía. Difunde “vidas” autorizadas, fuentes de respetabilidad, expurgadas de todo elemento que pueda dañar la buena moralidad. En general, esas biografías están escritas por personas cercanas al biografiado, quienes sólo guardan de su vida lo que pudiera parecer edificante. Esa escritura no da lugar a distancia crítica alguna, e instala al lector en una relación de reverencia cuasirreligiosa.

Toda la obra de Virginia Woolf se opone a ese modelo de escritura biográfica. Percibe, con una intensidad particular, el carácter ambivalente de un género que se refiere a ese oxímoron que es la noción de novela verdadera. Ese carácter impuro sedujo a Virginia Woolf; ella misma escribió tres biografías: *Orlando* (1928); *Flush* (1933), que trata, sobre todo, el género novelesco, y *Roger Fry* que desvía la atención hacia lo biográfico (1940). ¿Es la biografía un arte?, se pregunta Woolf.³⁶ Ella considera la biografía, a la manera de Richard Holmes, como un género transversal, nacido de una unión incestuosa entre la ciencia y la ficción: “La biografía es un género bastardo, sin pedigrí, nacido del matrimonio contra natura de la ficción y los hechos y, como resultado, es un género duro de roer y al que no se deja de cuestionar”.³⁷ Si la biografía es un arte, es un arte menor, minimalista, ya que es consecuencia de un ejercicio de demostración de la prueba: “El novelista es libre; el biógrafo está atado”.³⁸ Virginia Woolf se alegra del surgimiento de una concepción más

³⁵ *Ibid.*, p. 15.

³⁶ Virginia Woolf, “L’art de la biographie”, en *The Death of the Moth*, 1939, y en *Essais*, Seghers, 1976.

³⁷ Richard Holmes, “Biography: Inventing the Truth”, en John Batchelor (ed.), *The Art of Literary Biography*, Oxford, Clarendon, 1995, p. 67.

³⁸ Virginia Woolf, “L’art de la biographie”, *op. cit.*, p. 198.



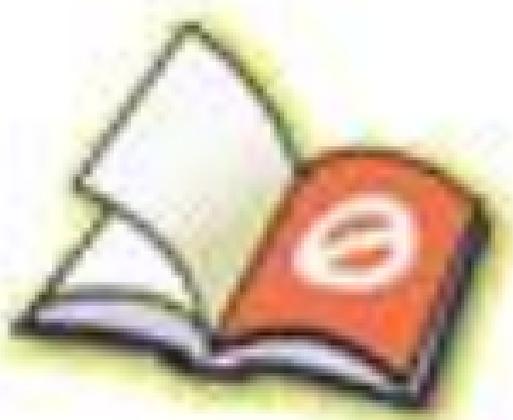
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



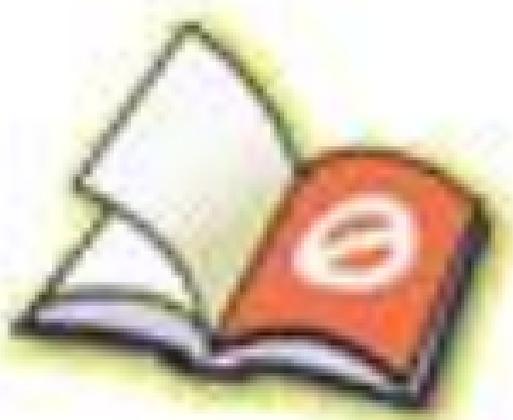
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

con lo asindético;⁸⁸ que pone lo negativo en su sitio, y coloca lo positivo y el vacío en el lugar de lo pleno. Esta estilística remite, a través de Rancé, a la situación del biógrafo mismo, que no tiene menos de setenta y seis años. Como está consciente de que escribe su última obra, hace el inventario de las vanidades humanas. La obra misma parece capaz de perdurar en ese paisaje de ruinas, de tumbas, de flores marchitas y de los ajamientos múltiples del tiempo. Como lo analizó Roland Barthes en su prefacio a la *Vida de Rancé* en 1965: “El tema evidente es la vejez”.⁸⁹ Asistimos a una intromisión de Chateaubriand en la vida de Rancé, que no se refiere a una simple proyección romántica, sino a una sobreimpresión; a una constante resistencia que opone cada vez las citas de sus propios escritos a otros tantos fragmentos, a rompimientos que pretenden interrumpir el *continuum* de una vida al provocar en él un rechazo de principio. Lejos de colarse en el cauce de su héroe y de amoldarse a su lecho, Chateaubriand está atento a las rupturas del tiempo, a los rompimientos instauradores exaltados cada vez, al igual que otras tantas reactivaciones, hacia nuevos posibles: “Podemos darle un modelo retórico: lo anacoluto, que es a la vez ruptura de la construcción y desarrollo de un nuevo sentido”.⁹⁰ El tercer libro de la biografía anuncia así un segundo nacimiento de Rancé, el que lo lleva definitivamente de la mundanidad al silencio: “Aquí comienza la nueva vida de Rancé: entramos en la región del profundo silencio”.⁹¹ Este instrumento retórico evita toda fijación del sentido y obliga a perpetuar la pregunta en un sentido que no hace más que pasar; ronda a la vez que mantiene siempre en suspenso la distancia de la interrogación. También sirve, como lo señala Roland Barthes, para oponer un antes a un después, para hacer una antítesis sistemática entre el universo mundano y el universo solitario de la vida monacal. De esa paradoja subrayada por Barthes entre el suicidio de escritor que implica esta vida consagrada al silencio elegida por Rancé, y el hecho de darle –mediante una biografía– una vida literaria, tenemos acceso a esta tercera lectura que viene a agregarse al binomio Rancé/Chateaubriand, y que remite al deseo, al sueño de Barthes de una escritura blanca, de un grado cero de la escritura: “En consecuencia, uno se pone a soñar en un escritor puro que no escriba”.⁹² Resulta, de ahí,

⁸⁸ Asíndeton es la figura de construcción que consiste en suprimir los elementos de enlace entre dos términos o grupos de términos en estrecha relación.

⁸⁹ Roland Barthes, prólogo a Chateaubriand, *Vie de Rancé*, UGE 10/18, 1965; publicado también en *Le degré zéro de l'écriture suivi de nouveaux essais critiques*, Points-Seuil, 1972, p. 108.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 112.

⁹¹ Chateaubriand, *Vie de Rancé*, *op. cit.*, p. 149.

⁹² Roland Barthes, prólogo a Chateaubriand, *op. cit.*, p. 118.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

En otra biografía, cuando Zweig toma a Erasmo como tema biográfico, está en Londres, después de haber huido del nazismo. A través de la figura de Erasmo, Zweig sueña con una Europa totalmente distinta, enfrentado con la política de Hitler, lo que lo llevará a un exilio aún más lejano en 1941, a Brasil. Esto nos dice a qué grado se identifica el biógrafo, comprometido con su sujeto, con un “combatiente pacifista” de la Europa humanista, “el defensor más elocuente del ideal humanitario, social y espiritual”.¹⁰⁷ Erasmo, matarife del fanatismo, le ofrece la oportunidad de volver a dar vida y poder a su mensaje para combatir el inexorable ascenso del peligro totalitario en 1935: “Ese primer europeo, ese primer cosmopolita consciente no reconocía preponderancia alguna de una nación sobre otra”.¹⁰⁸ Zweig exalta en él al hombre que no quiso tomar partido en el conflicto que oponía a la autoridad romana con los defensores del evangelio. Representó a los mediadores, a los conciliadores en ese conflicto que llevó a Europa a las angustias de las guerras de religión. En esta atracción que siente Zweig por esos personajes que rechazan toda alianza en nombre de la libertad, vemos, también ahí, al biógrafo en los rasgos del biografiado: “Erasmo no quiere unirse a nadie... En su fuero interior, nunca reconoció la autoridad de un superior”.¹⁰⁹ El obstinado amor de Erasmo por la libertad lo lleva a tierra británica, como más tarde llevó a su biógrafo. Descubre ahí artes y ciencias en pleno florecimiento, y no toma la nacionalidad inglesa. Se mantiene como alguien que sólo está de paso, un pasador de la libertad, del saber.

El retrato de Erasmo evoca a un personaje cuya vida no reside realmente en el cuerpo, sino en el pensamiento: “Físicamente, Erasmo no era más que un débil hipocondríaco, pero en su trabajo era un gigante”.¹¹⁰ El retrato pintado por Zweig no se parece en nada a una hagiografía. Señala las debilidades de las cualidades de Erasmo, su ausencia total del sentido de decisión para no terminar atado a ella, su ausencia de valor para criticar las injusticias de los poderosos. Sin embargo, su *Elogio de la locura* es “una de las obras más peligrosas de su tiempo”.¹¹¹ A la hora del gran enfrentamiento del siglo entre Lutero y Carlos V en Works, ¿dónde estaba Erasmo? “Se quedó temerosamente en su despacho”.¹¹² Y como Zweig comenta que los ausentes siempre están equivocados, la causa de Erasmo está perdida, por falta de valor, por insuficiencia de fuerza en el carácter. El humanismo será desechado por

¹⁰⁷ Stefan Zweig, *Erasmus*, Grasset, 1935, p. 14.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 18.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 41.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 76.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 89.

¹¹² *Ibid.*, p. 169.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

La única respuesta es el ejercicio cotidiano, o casi cotidiano, de lo que sería, más que la biografía 'novelizada' (lo que pensé durante algún tiempo), la biografía novelesca, es decir, culpable frente a sus fuentes de un descaro que no es solamente su libertad, sino su razón de ser: de una cierta manera, su ideal. La tarea más penosa que tengo, aquella para la que estoy menos preparado, sería plegarme a la ley del placer, cultivar la pereza, la inexactitud, el abuso del lenguaje, el disfraz, la sublimación, la mentira, la transposición onírica sin reserva, la elección de la visión contra la observación de los hechos y, finalmente, cultivar la incultura. Esta suposición, sin la cual nada sería posible (es decir, tolerable a la conciencia), descubre una cierta verdad más allá de lo real. En resumen, decir lo falso para pronunciar, *aun así*, lo verdadero que queda y que indudablemente debe quedar indecible. No soy poeta, desgraciadamente, pero profundicé sobre la poética, o por lo menos eso espero.¹²⁵

Como puede verse en sus sustanciosas frases, Alain Gerber reivindica en gran medida el derecho del biógrafo a la creación. Oscila en esa ambivalencia entre lo auténtico y lo ficticio que parece ser el mejor camino, no para tener acceso al misterio de la riqueza del individuo, sino para por lo menos acercarse a él. El biógrafo se convierte entonces en autor de una novela verdadera.

El escritor Pierre Mertens confirma, por su parte, que el mejor medio de inventar es todavía partir de lo real, lo que hace en una biografía que relata siete momentos de la vida de un poeta expresionista alemán, Gottfried Benn (1886-1956).¹²⁶ Este curioso personaje vivió de lleno el nazismo y se negó a dejar su país. Incluso durante un tiempo se sumó a la barbarie que luego rechazó, y logró tener un gran éxito después de 1945. El biógrafo cree comunicar esta complejidad mediante una ficcionalización de esos elementos confirmados: "Nada más que una ficción. Quien cuenta el error de una vida, y la vida de un error. El camino más corto entre Historia e historia todavía es la imaginación. El biógrafo, ahí, no tiene otra opción más que hacerse historiador, y el cronista no tiene otro recurso que el de convertirse en novelista. Pero, a su vez, el novelista no tiene la oportunidad de ver claro sin descubrir que es poeta".¹²⁷

En otro registro, François Bon presenta su obra sobre los Rolling Stones como una biografía y, a la vez, una novela: "La biografía debe partir, incesantemente, de la sombra, atravesar la pequeña parte pública, y volver a la sombra: se acepta a sí misma como novela de esta sombra".¹²⁸ François Bon está muy consciente de que debe reencontrar la indeterminación

¹²⁵ Alain Gerber, carta al autor del 23 de febrero del 2003.

¹²⁶ Pierre Mertens, *Les éblouissements*, Seuil, 1987.

¹²⁷ *Ibid.*, cubierta posterior.

¹²⁸ François Bon, *Rolling Stones. Une biographie*, Fayard, 2002, p. 10.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

siempre serán la excepción... ese genio que se abre a pesar de todo y con frecuencia se impone no le pertenece más que a ella, y no podría, sin caer en una extraña ilusión, ser autoridad para otros".¹⁴² A partir de mediados del siglo, los retratos cedieron su lugar a las biografías concebidas como una fase preliminar a todo razonamiento científico en su acceso a la literatura: "Ya no tengo más que un placer, analizo, herborizo, soy un naturalista de las mentes".¹⁴³ Este trabajo de vinculación pretende, entonces, unir la escritura literaria a elementos biográficos, a un contexto específico para dar valor a su sentido: "Cada obra de un autor visto, examinado de esa manera, en su momento, después de haber sustituido su marco y de haberlo rodeado de todas las circunstancias que lo vieron nacer, adquiere todo su sentido –su sentido histórico, su sentido literario– y retoma su grado justo de originalidad, de novedad o de imitación".¹⁴⁴

La otra fuente de inspiración de esas reseñas biográficas literarias y, por tanto, de la "viobra", es la psicología tal como la define el historiador Hippolyte Taine. Cree restituir "las reglas de la vegetación humana"¹⁴⁵ de manera muy determinista sobre el modelo de las ciencias de la naturaleza. En el prólogo a su libro sobre *La Fontaine et ses Fables* [La Fontaine y sus fábulas], asemeja la creación de un poema a un fenómeno bioquímico: "Podemos considerar al hombre como un animal de especie superior, que produce filosofías y poemas de manera similar a los gusanos de seda que hacen sus capullos, y a las abejas que hacen sus colmenas".¹⁴⁶ El biógrafo es, ante todo, de acuerdo con Taine, un observador a la manera del zoólogo o del botánico que clasifica en su herbario sus retratos psicológicos. Taine aspira a "adivinar la verdadera historia, la de las almas, la profunda alteración que sufren los corazones y las mentes según los cambios del medio físico o moral en el que están inmersos".¹⁴⁷ Taine se acerca a la biografía de la misma manera en que la medicina se acerca a la disección de cuerpos, en busca de las partículas significantes del funcionamiento de la psique humana en su singularidad:

Acabo de releer a Hugo, Vigny, Lamartine, Musset, Gautier, Sainte-Beuve, como tipos de la pléyade poética de 1830. ¡Cómo se equivocó toda esa gente! ¡Qué idea

¹⁴² *Ibid.*, p. 1158.

¹⁴³ Sainte-Beuve, *Cahier brun*, manuscrito conservado en la biblioteca de Lovenjoul en Chantilly, p. 25.

¹⁴⁴ Sainte-Beuve, *Nouveaux Lundis*, Michel Lévy, t. III, 1865, p. 23.

¹⁴⁵ Hippolyte Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, Hachette, 1863, XLIII.

¹⁴⁶ Hippolyte Taine, *cf.* en Georges May, "Sa vie, son œuvre. Réflexions sur la biographie littéraire", en *Diogène*, n° 139, jul.-sept. 1987, p. 35.

¹⁴⁷ Hippolyte Taine, *Pages choisies*, ed. Victor Giraud, Hachette, 1909, p. 6.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

De esa manera, podemos seguir los usos de Baudelaire en los manuales escolares.¹⁵⁹ A principios del siglo xx, Baudelaire todavía huele demasiado a azufre como para que se lo admita al breviario nacional; su temperamento “bilio-nervioso” provoca, ante todo, un rechazo, o hasta una condena al infierno. Habrá que esperar hasta después de la Segunda Guerra Mundial para que Baudelaire obtenga el rango de las glorias del patrimonio literario nacional. El gran manual de las décadas de 1950 y de 1960, el famoso Castex y Surer, cuenta la vida de Baudelaire bajo la rúbrica “Carrera”, subdividida en tres momentos; este trayecto se dedica a dar las claves de la obra: “Baudelaire fue toda su vida un desdichado. Sufrió debido a su soledad moral, a sus apuros económicos, a sus decepciones profesionales, a sus taras físicas. Todas esas miserias explican la profundidad de su abatimiento”.¹⁶⁰ La psicología es el recurso que provee las claves esenciales para entrar en el mundo de Baudelaire. Todos los manuales tienen una trama que sigue la genealogía del genio Baudelaire, sus estudios, su dandismo, sus viajes, sus amores, su uso de estupefacientes, su enfermedad y su muerte, y con ello hacen funcionar “el torno de la explicación: la obra es fuente de la biografía, la vida es fuente de la obra”.¹⁶¹ Como afirma Claude Abastado, esas presentaciones biográficas de Baudelaire en los manuales escolares pretenden explicar la obra por el hombre, mientras que, de hecho, la explican por “una imagen ideal”.¹⁶²

Esta búsqueda del detalle, de lo minúsculo, y la fetichización de los objetos concretos que fueron del universo cotidiano de los héroes del pasado (como el verdadero sombrero de Napoleón o la cafetera de Balzac, sacralizados por haber estado en contacto directo con el cuerpo del biografiado, que sería la clave de interpretación de la obra literaria), es decir, la verificación de un verdadero conocimiento posible del biógrafo sobre el biografiado se ha visto ridiculizada de modo irónico por el escritor inglés Julian Barnes en un sabroso relato que cuenta los desencuentros de un biógrafo en búsqueda del verdadero perico de Flaubert.¹⁶³ Su alegoría pretende demostrar que finalmente hay que dejar en paz a los escritores y limitarse al estudio de sus obras sin tratar de rastrear los índices dejados por un individuo detrás de sus libros. Julian Barnes estudia el caso de un escritor, Flaubert, quien hizo valer, más que otros, la significación de su obra y la insignificancia del escritor como personalidad privada. No obstante, seguimos persiguiéndolo hasta pretender, como Sartre,

¹⁵⁹ Claude Abastado, *op. cit.*, pp. 199-209.

¹⁶⁰ Pierre-Georges Castex y P. Surer, *Manuel des études littéraires françaises. XIX^e siècle*, Hachette, 1950, p. 262.

¹⁶¹ Claude Abastado, *op. cit.*, p. 207.

¹⁶² *Ibid.*, p. 208.

¹⁶³ Julian Barnes, *Le perroquet de Flaubert* (1984), Stock, 1992.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

verdad que Proust, sin embargo, no dedujo de ahí que la vida sería la clave de la obra. La relación entre el autor y su personalidad también existe en él, pero más bien aconseja partir de la obra en la medida en que ella expresa la verdadera vida del escritor, su verdadero yo, el que se expresa en la escritura. A partir de ese enfoque, podemos restituir el vínculo dialéctico que une al autor como yo psíquico, como lo que Proust llama “el yo oscuro”, con lo que él escribe. Proust aconseja, empero, un método que se mantiene a distancia de la vida privada del escritor, ya que considera que apegarse a éste nos aleja de lo que suscita el interés del lector, lo que constituyó su vida misma, es decir, la escritura. Alejarse nos condena a dejar de lado su singularidad.

Michel Schneider se dedica a esta búsqueda en el interior de la obra para lograr un mejor conocimiento íntimo de la personalidad de Proust. Ve la relación con “Mamá” un estudio privilegiado, porque esta designación es la de su única pertenencia: “Mamá es la madre inmortal, la que no puede, no debe morir nunca. Decir ‘mi madre’ es aceptar la idea de su muerte”.¹⁷⁶ Schneider extrae aprendizajes valiosos de esos vaivenes entre las menciones de la imagen de “Mamá” en la obra de Proust y las relaciones reales de Marcel con su madre. Cuando ella muere en 1905, Marcel tenía treinta y cuatro años, y nunca había dejado la casa paterna. Esa muerte fue para él una ruptura instauradora que comenzó con un sufrimiento tan insoportable que tuvo que ser hospitalizado, pero llegará el tiempo que él considerará el de “la emancipación de las lágrimas”, al fin del cual habrá dedicado a “Mamá” *En busca del tiempo perdido*. Hasta ese entonces, es verdad que escribía, pero, sobre todo, comentarios del acto de lectura. Se prohibía a sí mismo escribir verdaderamente en primera persona, pero la ausencia de su madre lo autorizó al acto de escritura como negación de una separación imposible y, sin embargo, irreversible: “Toda obra es tal vez una negación de la separación mayor... Sé bien que estás muerta, pero haré como si no lo supiera”.¹⁷⁷ Michel Schneider llega a postular la hipótesis de que *En busca del tiempo perdido* podría ser un hijo que Marcel le haya hecho a “Mamá”, a la vez que la obra sería el medio para hacer que su madre sea como un hijo, tal como parece expresar en un esquema de 1908: “El trabajo nos convierte un poco en madres. A veces, al sentirme cerca del final de mi vida, me decía, al sentir al hijo en mis entrañas y sin saber si tendría la fuerza necesaria para dar a luz, le decía con una suave y triste sonrisa: ‘¿Te veré alguna vez?’”¹⁷⁸

¹⁷⁶ Michel Schneider, *Maman*, op. cit., 1999, p. 33.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 163.

¹⁷⁸ Marcel Proust, *Carnet I*, 1908, cf. en Michel Schneider, *Maman*, op. cit., p. 223.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

elemento importante, una carencia constitutiva de su personalidad: “Lo que es seguro, es que apenas se puede uno imaginar más frialdad e indiferencia por parte de una madre con respecto a su hijo. Cuando acababa de traer a su hijo al mundo –todavía está en la cama del parto–, lo aleja de la casa como a un leproso. Se confía el bebé a una nodriza en la casa de la mujer de un gendarme y permanece ahí hasta la edad de cuatro años”.¹⁹⁵ Encontraremos huellas de esta dolorosa infancia en su novela *Louis Lambert*, en la que Balzac se desdobra en dos personajes, el poeta Lambert y el filósofo Pitágoras. Pero, para acentuar la identificación con su héroe, hace que Lambert sea huérfano de padre y madre. Encontrará un refugio en los libros que lee. Gracias a sus escritos, toma venganza de sus primeros tormentos y humillaciones, al igual que Balzac. Pero fue necesario pasar por un violento conflicto familiar, ya que los padres de Balzac lo obligaron a inscribirse a la carrera de Derecho, con la idea de que llegara a ser notario. Tuvo que batallar duro y su familia no hizo nada para permitirle dar libre curso a su vocación. Lo instaló en una buhardilla miserable en París, y sólo le dio un año para hacer sus pruebas, en una indigencia absoluta. Una vez más, las huellas de ese periodo se encuentran en *La piel de zapa*, novela en la que describe su lugar de vida como si surgiera del mundo carcelario, pero dice: “me gustaba mi prisión; era voluntaria”.¹⁹⁶ Obligado muy pronto a ganarse la vida por sí mismo, Balzac se puso a escribir para hacer frente a sus gastos, al principio modestos. Su gusto por la fastuosidad pronto lo llevó a una situación de servidumbre constante. Toda la vida se verá perseguido por sus acreedores y por problemas judiciales. Zweig da relieve a este escritor acorralado que trabaja como los condenados para pagar sus deudas: “Mientras más gana, más quiere ganar. Escribe de la manera como corre un prisionero, sin aliento, con los pulmones jadeantes, para escapar de la aborrecida prisión de la familia”.¹⁹⁷ La admiración que siente Zweig por Balzac no lo hace caer en una apología. Incluso es severo sobre esta primera fase, durante la que Balzac hacía “garabatos” en el transcurso de su aprendizaje, diez mil líneas de las cuales ni una es muestra de literatura: “Es prostitución, no puede darse otro nombre a ese emborronamiento, lamentable prostitución”.¹⁹⁸ Una vez más, la vida y la obra se cruzan. La novela *La piel de zapa* describe las desventuras y las derrotas sucesivas de la juventud de su héroe: “Estaba yo atormentado por una ambición excesiva, me creía destinado a grandes cosas, y me sentía en la nada”.¹⁹⁹ Balzac se inició en el amor con

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 15.

¹⁹⁶ Honoré de Balzac, *La peau de chagrin*, cf. en Stephan Zweig, *ibid.*, p. 37.

¹⁹⁷ Stefan Zweig, *Balzac. Le roman de sa vie*, op. cit., p. 60.

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 63.

¹⁹⁹ Honoré de Balzac, *La Peau de chagrin*, cf. en Stefan Zweig, *Balzac...op. cit.*, p. 73.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

LAS BIOGRAFÍAS ESCRITAS POR POLÍTICOS

Hay un caso que requiere –más que otros– este tipo de “explicitación” de las motivaciones del “Yo” del biógrafo: el de las biografías escritas por hombres políticos. En ese plano, se puede hablar de verdaderas “afinidades elegibles” entre los responsables políticos y su circunscripción electoral transformada, en ese caso, en región de arraigo. Después de ir de Matignon, Alain Juppé se pone como meta escribir una biografía de Montesquieu: “Me lancé a ese reto”.²¹⁰ El antiguo Primer Ministro, alcalde y diputado de Burdeos, se replegó sobre su identidad regional, la de su legitimidad política pasada, y –con esa obra– asoció su nombre con el de Montesquieu, indiscutible gloria de la ciudad de la que él es responsable. De esa manera, elogia a los bordeleses con vistas a las próximas elecciones. En efecto, los bordeleses llevan alto la bandera que llaman de las tres M: Montaigne, Montesquieu y Mauriac. No obstante, Alain Juppé no se permite ceder a la tentación que lleva a los encargados de la política, una vez destituidos de su gran responsabilidad, a dedicarse a la biografía histórica. Prefiere valorar el carácter siempre actual de las posturas enunciadas por el autor de *El espíritu de las leyes* y ver en esa obra una posible forma de tomar fuerza, así como un medio para volver a surgir en el combate político, esta vez con mejores armas. Como conclusión de su biografía, Alain Juppé no disimula la adecuación que él postula entre un lugar, un hombre ilustre y el legado histórico que cree personificar: “Si elegí hablarles de Montaigne, por supuesto que ahí también hay mucho de Burdeos. Su nombre, su estatua, sus libros, sus admiradores y los especialistas de su obra se reúnen allí más frecuentemente que en otros sitios”.²¹¹ Valiéndose de este arraigo reencontrado, el biógrafo político puede entonces integrarse en su modelo como el inspirador, el gran hombre que va a permitirle reponer las fuerzas y preparar un regreso violento al primer plano del escenario. El autor proclama, a la vez, la actualidad de una figura y la actualidad de la naturaleza de su mensaje; para Montesquieu, el de la resistencia al absolutismo, el de la anticipación de las libertades: “Durante 250 años, su mensaje sigue siendo de una actualidad candente, ya que claramente ahí, entre el despotismo y la libertad, cruza la línea divisoria”.²¹² Llega entonces la posible identificación del “Yo” del biógrafo y del biografiado: “Viví veinte o treinta años de enfrentamiento ideológico entre el partido del despotismo, para hablar como Montesquieu, y el partido de la libertad: desde mi entrada

²¹⁰ Alain Juppé, *Montesquieu. Le moderne*, Perrin/Grasset, 1999, p. 12.

²¹¹ *Ibid.*, p. 265.

²¹² *Ibid.*, p. 267.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

todo su encanto para seducir a un Speer que no se adhirió verdaderamente a la ideología del régimen y que, sin embargo, estaba listo para seguir a Hitler a cualquier sitio, sin reservas.

La práctica que consiste en explicitar sus motivaciones personales, su relación subjetiva con el objeto de la investigación, no se limita al trabajo de los biógrafos comprometidos con una causa política. Es de uso común en los historiadores profesionales, aunque la relación establecida sea más externa, menos pasional. También puede ser la oportunidad de situarse en relación con el género biográfico mismo. Ha sido, durante mucho tiempo, objeto de un verdadero tabú entre los historiadores culturales. Cuando Pierre Sorlin se propone publicar su biografía de Waldeck-Rousseau en 1966, está consciente de ir a contracorriente de una historia que privilegia las lógicas holísticas y cuantitativas, y adopta una postura, ante todo defensiva, al presentar su proyecto como separado del género, y apegarse –sobre todo– a restituir las intenciones de una época, puesto que es la única manera de que se le escuche un poco: “Las biografías tienen, hoy, mala prensa. Parece como si los individuos no hicieran la historia, y los hombres ilustres interesan menos que las masas. Describir minuciosamente el trayecto de Waldeck-Rousseau constituye un proyecto anacrónico y, por demás, vano: la existencia del antiguo presidente del consejo deja tan poco lugar para lo pintoresco que no atrae a ningún escritor.... El presente trabajo no es, por tanto, una ‘vida de Waldeck-Rousseau’”.²³⁸ Dos años más tarde, en 1968, Jean-Marie Mayeur expresa el mismo sentimiento de estar en una situación incómoda con su tiempo cuando escribe la biografía del abad Lemire:²³⁹ “La biografía ya no se dedica al honor. La historia religiosa misma, que sin embargo cultivó ese género con predilección, parece haberlo abandonado... El conocimiento de una época es indispensable para la comprensión de un hombre. A la inversa, en el espejo de una existencia, se reflejan los problemas de un tiempo. Si, ante todo, se quiere llegar a la comprensión de las corrientes de ideas y de mentalidades, la biografía puede ser valiosa”.²⁴⁰

La implicación del biógrafo puede ser pasional, como es el caso de Régine Pernoud, quien dedicó la parte esencial de su vida de investigadora a Juana de Arco. No sólo publicó una biografía de ella: “La Persona, sola, frente a las ideologías asfixiantes, a los fanatismos que matan, ésa es Juana

²³⁸ Pierre Sorlin, *Waldeck-Rousseau*, Armand Colin, 1966, p. 7.

²³⁹ El abad Lemire nació en el norte de Francia en 1853. Descendiente de una familia de agricultores, fue elegido diputado en 1893 y reelegido hasta su muerte en 1928.

²⁴⁰ Jean-Marie Mayeur, *Un prêtre démocrate. L'Abbé Lemire 1853-1928*, Casterman, 1968, p. 9.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

del tipo de Balzac, Stendhal y Chateaubriand contribuyeron a propagar esa imagen. El punto de vista de Tulard pretende “despojar a Murat de sus dos leyendas”.²⁸⁹

La desaparición de un reino y de sus circunstancias es evidentemente, con mucha frecuencia, el momento de cristalización de una imagen que va a perdurar mucho tiempo, pero a la que los historiadores pueden volver más tarde a partir de nuevas inflexiones. Ése es el caso de Hélène Carrère d'Encausse cuando publica la biografía de quien fue despojado del trono por la revolución de 1917 en Rusia, el último zar Nicolás II.²⁹⁰ Aunque mantuvo la imagen de un zar insulso, incapaz de comprender su siglo y sus desafíos, veleidoso, sometido a las peores influencias y sin voluntad real, su biógrafa nos presenta al último de los Romanov como aquel que trató de llevar a Rusia a la modernidad, sin por ello separarla de sus tradiciones. Por tanto, su fracaso es el de una tensión llevada conscientemente hasta el paroxismo, hasta el punto de ser vivida como su “verdadero drama interior”.²⁹¹ El proyecto biográfico de Carrère d'Encausse encuentra su origen en la idea de hacer valer el punto de vista historiador ante imágenes que habían prevalecido hasta entonces. Sobre todo los bolcheviques bosquejaron el retrato de un Nicolás II sanguinario, imagen que predominó hasta 1989: “Tanta malevolencia nos llama a una reevaluación más equilibrada del zar y de lo que trató de llevar a cabo”.²⁹² Sin tener que defender lo contrario de esta imagen peyorativa y correr el riesgo de caer en la apología de una hagiografía, la autora ve en ese zar un anti-Pedro el Grande, y un anti-Lenin, por su voluntad de combinar modernidad europea y espíritu ruso por la vía de las reformas. Pero los obstáculos que había que superar y el desencadenamiento de la guerra llevaron la delantera e hicieron que fracasara ese proyecto que, sin embargo, se había presentado con una voluntad muy firme.

Aquello con lo que el biógrafo se encuentra confrontado no es ineludiblemente una leyenda negra; también puede apoyarse en el mito fundador que está dispuesto a rectificar cuando pasa el relato hagiográfico por el tamiz de una desmitificación. Stephen B. Oates se asigna esa meta con respecto a Lincoln: ver a través de la bruma del héroe legendario para “describir al Lincoln de carne y hueso”.²⁹³ El biógrafo busca la dimensión humana más allá de las diversas narraciones de santificación. También predomina la le-

²⁸⁹ *Idem.*

²⁹⁰ Hélène Carrère d'Encausse, *Nicolas II, la transition interrompue*, Fayard, 1996.

²⁹¹ *Ibid.*, p. 15.

²⁹² *Ibid.*, p. 473.

²⁹³ Stephen B. Oates, *Lincoln*, Fayard, 1984, p. 13.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

de vergüenza. Una protesta en mí en contra del personaje que yo era”.³⁰² Lacouture supo transformar ese sentimiento de culpabilidad en la capacidad para magnificar la acción y sus héroes. Lo que él no pudo ser, se lo procuró al convertirse en el cantor de la gloria de los otros.

Cuando terminó la guerra, Lacouture, que había participado en la liberación de algunas ciudades del Suroeste con la 2ª. División, estaba deseoso de seguir con el compromiso, sobre todo por lo tardíamente que lo adquirió. Decide seguir los pasos del General Leclerc, nombrado comandante superior en Indochina: “Lo que – sobre todo – propició mi decisión fue la fascinación que ejercía en mí el General Leclerc. El gusto por el ‘héroe’”.³⁰³ Esta propensión a estar sometido a la influencia de figuras heroicas se ve reactivada por la pasividad que no se perdona en tiempos de guerra. Expresa con mucha lucidez y franqueza ese arrebató de subjetividad del biógrafo que implica, según él, el acto biográfico: “Tal vez mis biografías son autobiografías de sustitución, un juego de papeles disfrazados... Como buen combatiente de la Resistencia, tal vez nunca hubiera pensado escribir una vida del General De Gaulle... Ofrecerse en la carencia propia, un deseo de ‘súper ego’. Designar, honrar a los mejores, a los más eminentes, era parte de nuestra educación, nos gustaban los héroes”.³⁰⁴

Empieza en Vietnam su actividad de periodista: Está a cargo de un diario, *Caravelle*, dirigido a los militares, y presenta otro, *Paris-Saigon*, que milita a favor de la paz. Esta actividad lo pone en contacto con los más altos funcionarios. Así es como asiste a la firma de los acuerdos entre el Vietnam de Hô Chi Minh y el de la Unión francesa del 6 de marzo de 1946. Está en ese entonces en el meollo del suceso, verdaderamente embriagado con la posibilidad que le ofrece su actividad para satisfacer su curiosidad en todos los sitios a donde quiera ir: “La historia me requiere, los personajes me fascinan”.³⁰⁵ Sin embargo, la política de artillería que lleva a cabo Thierry d’Argenlieu en diciembre de 1946 pronto hace obsoleto el acuerdo firmado por el General Leclerc. Poco interesado en enemistarse, Lacouture se vuelve colaborador de su amigo Georges Buis en Rabat, en el servicio de prensa del general residente del gobierno francés. Sus posturas anticolonialistas no fueron bienvenidas y, por tanto, tuvo que irse de Marruecos en 1949 y entrar al diario *Combat*, y luego a *Le Monde*. En 1953, volvió a salir de Francia para representar a la Agencia parisina de información en El Cairo. En esos

³⁰² Jean Lacouture, *Profession biographe, op. cit.*, p. 33.

³⁰³ *Ibid.*, p. 35.

³⁰⁴ *Ibid.*, p. 36.

³⁰⁵ *Ibid.*, p. 52.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Una vez consagrado como biógrafo, Lacouture vuelve a su primer deseo, el de hacer revivir a esa persona familiar desde su infancia, a aquel de quien dirá que es su “santo-patrón” y su “estrella de Belén”: François Mauriac, de quien publica la biografía en 1980.³²¹ Por ese libro, recibe el primer premio de la biografía de la Academia Goncourt. Esa elección de Mauriac le conmueve al punto que dice a un periodista del *Sud-Ouest*: “Éste es el hombre que yo hubiera querido ser”, lo que sitúa al biografiado en una posición de tal proximidad que las fronteras entre autobiografía y biografía tienden a difuminarse. Más que para otras aventuras, podemos seguir lo que de él dice su editor en Seuil, Paul Flamand: “Las biografías que escribió son parte de su biografía propia”, o aún más, su amigo y colega en *Le Monde* Jacques Nobécourt, cuando habla de “novela familiar” y de “autobiografía soñada”.³²² Con Mauriac, vuelve a encontrar su ambiente bordelés de buena burguesía, cultivado y católico: “En cierto sentido, me acerco a los míos cuando hablo de Mauriac”.³²³ Lo que más lo seduce de Mauriac es lo que también busca en todos sus personajes: su carácter discrepante, contradictorio, que provoca reacciones cada vez únicas ante lo inédito. Está fuertemente enraizado en su medio, con el que no rompe, y se mantiene a la vez siempre a distancia de él, por lo que toma posturas no conformistas, como en el caso de los archivos de la descolonización argelina, sobre los que está en total oposición con su familia de pensamiento. Este personaje doble, con trayectoria sin trazar, tiene todo para seducir a Lacouture, que es aficionado a la complejidad de lo humano: “Para el biógrafo, Mauriac es un sujeto maravilloso, porque uno está constantemente en lo sinuoso, porque ninguna de sus elecciones es jamás sencilla”.³²⁴ Ese arrebató sin reservas del biógrafo por restituir el tormento de su personaje fue para él una aventura riesgosa, peligrosa por lo cercana y, sobre todo, como lo confiesa, “el libro más apasionado que he escrito”.³²⁵

La otra biografía de adhesión y de arrebató sin reservas es la que hace de Pierre Mendès France:³²⁶ “Si sólo hubiera tenido que escribir dos biografías en mi vida, me quedaría con Mauriac y Mendès”.³²⁷ Lacouture parte de su admiración por el hombre y su política, y se defiende, ante quienes le reprochan no haber sido suficientemente crítico, diciendo que hizo una hagiografía. Sin embargo, reconoce la evidencia de una biografía muy subjetiva, en la que el

³²¹ Jean Lacouture, *François Mauriac*, Seuil, 1980.

³²² Paul Flamand y Jacques Nobécourt, *cf.* en Sylvie Crossman, *op. cit.*, p. 274.

³²³ Jean Lacouture, *Profession biographe*, *op. cit.*, p. 118.

³²⁴ *Ibid.*, p. 124.

³²⁵ *Ibid.*, p. 129.

³²⁶ Jean Lacouture, *Pierre Mendès France*, Seuil, 1981.

³²⁷ Jean Lacouture, *Profession biographe*, *op. cit.*, p. 82.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

II LA EDAD HEROICA

I. LA HISTORIA MAGISTRA

La biografía es un género antiguo que se difundió alrededor de la noción de *bioi* (*bios*), que no sólo remite al hecho de describir “la vida”, sino una “manera de vivir”. En la antigüedad griega, esta noción se relacionaba con un saber filosófico y hacía referencia, como en el *Gorgias* de Platón, a la moralidad. Esta pertenencia del género a la esfera del juicio a partir del cual se evalúa tal o cual actitud con la voluntad de transmitir valores edificantes para las generaciones futuras es un rasgo fundamental que encontramos a lo largo de toda la trayectoria histórica del género biográfico. Durante mucho tiempo, ese modo de escritura incluso tuvo su marca singular: “La distinción entre biografía e historia es tan antigua como la historiografía griega”.¹

La biografía apareció al mismo tiempo que el género histórico en el siglo V a. C. Como lo hace notar Arnaldo Momigliano, esto no es un mero azar, aunque “la biografía nunca fue considerada, en el mundo clásico, como historia”.² Sin embargo, hay que esperar hasta la época helenística para que la noción de biografía se establezca alrededor de la noción de *bios*. En un mundo en el que el individuo no tiene existencia más que por su capacidad de personificar un tipo, una función social, las biografías se dedican a elaborar el retrato de personajes representativos de los valores esperados en las carreras de la magistratura, del ejército y de la política. No queda nada de

¹ Arnaldo Momigliano, *Problèmes d'historiographie ancienne et moderne*, Gallimard, 1983, p. 108.

² Arnaldo Momigliano, *Les origines de la biographie en Grèce ancienne*, Circé, 1971, p. 25.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

arrebato afectivo, hasta el punto de que Vauvenargues escribió a Mirabeau: “Lloraba de alegría cuando leía esas *Vidas*: No pasaba ni una noche sin hablar con Alcibíades, Agésilas y otros”.¹⁶ Más tarde, Napoleón también hizo de él su modelo y llevó con él, a todos los viajes de su gran aventura, las *Vidas paralelas*. No deja de comparar su propio destino al de los héroes de Plutarco: “Empezamos con Aníbal (la campaña de Italia), sigue Alejandro (Egipto), pronto se impone César, pero también Solón y Pericles, y todo se termina con Temístocles”.¹⁷ La influencia de la obra de Plutarco se incrementa hasta la Restauración. Hasta entonces, como lo señala su biógrafo Jean Sirinelli, encontramos sus *Vidas* “en todas las casas nobles y burguesas”.¹⁸ Sin embargo, a partir de la Restauración, el brillo de la estrella biográfica se debilita durante mucho tiempo y el género se hunde en el descrédito de una forma de escritura que sólo hacen los polígrafos sin talento ni competencia.

Plutarco, como buen conocedor de la Grecia donde vivió sus primeros años de formación, concibió sus biografías siguiendo pares binarios, confrontando los méritos y los defectos de un héroe griego y uno romano. Por ser platónico, siente poco gusto por la historia y se prohíbe escribir sobre ella, disociando en seguida su escritura biográfica del género histórico: “No escribimos Historias, sino *Vidas*”, especifica en su prólogo a la “Vida de Alejandro”.¹⁹ Hace inmediatamente explícito aquello en lo que difiere el tema de su curiosidad del género histórico, y define su ambición al agregar: “y además no siempre son las acciones más brillantes las que muestran mejor la virtud o el vicio: Un pequeño hecho, una palabra o una broma frecuentemente revela mejor un carácter que los combates sangrientos, las batallas arregladas o los escaños más importantes”.²⁰ Lo que está en el meollo del proyecto de Plutarco es dar a leer los rasgos sobresalientes de un carácter psicológico en sus ambivalencias y su complejidad, e inaugura así el género de la vida ejemplar con pretensiones morales: “Al inscribir en una doble referencia a Aristóteles y a la pintura, Plutarco reivindica para el biógrafo el derecho a estilizar la realidad de la experiencia vivida para permitirle valorar los testimonios y hacerlos accesibles a todos”.²¹ Esta vocación de la biografía para universalizar es la vocación de ser, según la caracterización de Cicerón,

¹⁶ Vauvenargues, carta XXII, mayo 1740, en *Œuvres posthumes*, 1857, p. 193.

¹⁷ François Hartog, *op. cit.*, p. 35.

¹⁸ Jean Sirinelli, *Plutarque*, Fayard, 2000, p. 7.

¹⁹ Plutarco, “Vie d’Alexandre”, en *Vies parallèles*, 1, Garnier-Flammarion, 1995, p. 39.

²⁰ *Idem*.

²¹ Jacques Revel, “La biographie comme problème historiographique”, en *Montagnes Méditerranée. Mémoire. Mélanges offerts à Philippe Joutard*, publicado por la Universidad de Provenza, 2002, pp. 471-472.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

empeña un papel importante y que, por tanto, requiere un relato detallado para esclarecer rasgos de su personalidad, y el nivel de los hechos (de los que no es más que un participante secundario) que constituyen el cuadro, el marco puramente ilustrativo de una evocación sumaria.³² Esta atención singular permite a Plutarco describir cómo un verdadero héroe puede a veces jugarse el destino al desplegar lo que los griegos llamaban la *Metis*, o sea, una forma de inteligencia hecha de astucia, de sentido táctico, de cambio de dirección. Eso es lo que utiliza un héroe como César cuando se encuentra a la cabeza de una armada inferior en número y toma decisiones extremas: “Se embarcará hacia Brindes, a espaldas de todo el mundo, en un barco con doce remos, aunque el mar estaba repleto de naves enemigas. Por tanto, de noche, disfrazado de esclavo, se embarcó”.³³ Lo que importa a Plutarco es esa confrontación entre los imperativos de un mundo exterior trágico y la manera de reaccionar del héroe. De ahí el hecho de que el biógrafo Plutarco arme excelentemente la intriga al desarrollar el drama. Por lo contrario, no da más que una importancia secundaria a la cronología que queda imprecisa. Resulta de ahí un modo de causalidad muy distinto al de la causalidad factual utilizada en general en el discurso historiador. Lo importante es considerar el pasado como un recurso factual para una edificación moral y psicológica. En ese sentido, Alejandro es ejemplar por las cualidades que le permiten ir por delante de su destino sin fallar en su tarea. Si bien la Fortuna lo ayudó, “su estrategia pesó más para la victoria que los favores de la Fortuna”.³⁴ Sus cualidades de estrategia prevalecen y explican su victoria contra Darío. Además, incluso fue capaz de superar su victoria al hacer muestra de generosidad ante su adversario cuando se encargó de los miembros de su familia asegurándole que “no les faltarán los honores de los que gozaron con Darío”.³⁵ Alejandro acumula cualidades. Incorruptible, justo con sus súbditos, siempre actúa con una frugalidad cercana al ascetismo, y lleva a cabo (gracias a la acumulación de tantas virtudes) la hazaña de hacer que se doblegue la Fortuna en caso necesario.

La manera en la que Plutarco trata el tiempo es relativa a su postura de biógrafo y al objetivo que se asigna de aprender la lección de cada episodio en el plano moral. Resulta de ello un relato discontinuo, en ruptura con la continuidad histórica. Da prioridad al relato de detalles para hacer que el lector

³² Françoise Frazier, *Histoire et morale dans les Vies parallèles de Plutarque*, Les Belles Lettres, 1996, p. 18.

³³ Plutarco, “Vie de César”, en *Vies parallèles*, I, *op. cit.*, 38, p. 160.

³⁴ *Ibid.*, 20, p. 59.

³⁵ *Ibid.*, 21, p. 61.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

entendido y en lo que no hay contradicción. Suetonio es un erudito, no sólo atraído por la filología, sino que manifiesta un gusto profundo por todo el universo concreto”.⁴⁹ Además, gracias a la protección del emperador Adriano, puede tener acceso a los archivos imperiales que está encargado de clasificar. Así pudo consultar documentos secretos y correspondencias privadas. En su época, se podía tomar como modelo de escritura la biografía novelizada apoyada en un impulso lírico que tiene al lector en atención constante y que es, o bien fuente de proyección de identidad, o biografía más erudita. Dentro ese segundo tipo de biografía, destacan los relatos de vidas de Suetonio que, en un estilo muy cuidado y con el sentido del detalle significativo, lleva a lo esencial al evocar la trayectoria de los Césares.

Su búsqueda casi intemporal de descripción de las diversas personalidades según categorías psicológicas, así como una percepción a distancia de objetivación, lo presentaron como un modelo totalmente opuesto al de Plutarco. Este último es “el representante de un género biográfico patético, dramático y artístico, mientras que Suetonio ilustra un género más reflexivo, realista, impersonal”.⁵⁰ Sin embargo, parece que se ha exagerado la oposición entre los dos maestros de la biografía. Suetonio no buscaba el detalle por el detalle y se presentaba como portador de una concepción del mundo y de la moral al igual que su colega mayor, Plutarco. Aunque se abstiene de decir al lector sus preferencias personales, es partidario de los principios del Imperio romano y acepta el principado, lo que revela su adhesión al régimen de Augusto, que aprueba por haber renunciado definitivamente al régimen republicano. Contemporáneo y cercano al emperador Adriano, parece haber hecho de ese emperador el modelo a partir del cual disminuyen las cualidades y los defectos de los Césares. Adriano sería indirectamente el ideal en el que las “Vidas” toman un valor demostrativo. Suetonio encuentra en Adriano su propia preocupación por el orden moral y su deseo de equilibrio entre generosidad y rigor en la administración de las finanzas del Estado. En el campo de la política exterior, Adriano aparece como el paladín de un “imperialismo estático” cuya meta principal es defender las fronteras del Imperio sin nuevas pretensiones expansionistas: “Esta obra no podía más que favorecer la imagen de Adriano en la opinión pública y secundar sus propósitos”.⁵¹ Suetonio escribe sobre el pasado de Roma con el deseo de aclarar y defender en el presente los impulsos políticos que él mismo experimenta como actor.

⁴⁹ Jacques Gascou, “Introduction”, en Suetonio, *Vies des douze Césars*, op. cit., p. 14.

⁵⁰ Eugen Cizek, *Structures et idéologies dans “Les vies des douze Césars” de Suétone*, Les Belles Lettres, 1977, p. 27.

⁵¹ Jacques Gascou, “Introduction”, en Suetonio, *Vies des douze Césars*, op. cit., p. 30.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

lo sagrado; su ambición es hacerlas ejemplares para el resto de la humanidad. Como género literario, su régimen de verdad sigue siendo distinto del que se espera del historiador. Lejos del pacto de verdad que presupone la escritura historiadora, la vida de santo enseña a su lector algo totalmente distinto a un hecho verificado. En la época medieval, la hagiografía fue un género floreciente: “En la Edad Media, el género literario más extendido y más popular era la hagiografía, las ‘Vidas’ de santos”.⁶¹ Las hagiografías toman prestada de los Evangelios la tensión constante entre el ser y el parecer. Se trata, más que de conocer la vida auténtica de un individuo, de buscar la edificación del lector.⁶²

Como nos lo enseña Michel de Certeau, las hagiografías se preguntan, muy especialmente, sobre la concepción del mundo transmitido por la hagiografía y no sobre la vida efectiva del santo cuya vida se relata. Son un concentrado de la percepción, de la relación con el mundo de un momento, de una conciencia colectiva. El documento hagiográfico responde a una organización textual específica, la de las *Acta sanctorum*: “La combinación de los actos, de los lugares y de los temas indica una estructura propia que se refiere, no sólo fundamentalmente a ‘lo que ocurrió’, como hace la historia, sino a ‘lo que es ejemplar’”.⁶³ El relato de vida tiene valor de testimonio de una trayectoria de la experiencia, la de la relación con Dios de parte de quien fue canonizado como santo. La hagiografía responde a una estructura particular en la que “la individualidad cuenta menos que el personaje”.⁶⁴ A diferencia de la biografía que despliega una evolución en el tiempo de las potencialidades del individuo, la hagiografía postula que todo se da desde el origen. La hagiografía favorece las descripciones espaciales de lugares sagrados para enraizar ahí la figura santa que es su espíritu protector. No utiliza la narración más que como medio. Por su parte, la biografía favorece la narración, la trayectoria de una existencia en el tiempo, y no atribuye a la descripción de los estados del alma, a los retratos y bosquejos de actos y obras, más que un papel secundario para presentar la lógica narrativa temporal. Para la hagiografía, el desarrollo de la historia no es más que epifanía progresiva de un estado inicial de vocación o de elección del santo según una concepción, en el fondo, teleológica. La vida de este último se sitúa en una temporalidad fija, la de la constancia con la que hay que llevar al propio ser, hasta el punto de que

⁶¹ Aaron J. Gourevitch, *Les catégories de la culture médiévale*, Gallimard, 1983, p. 8.

⁶² Véase H. Delehaye, *Les légendes hagiographiques*, Bruselas, Société des Bollandistes, 1955.

⁶³ Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, Gallimard, 1975, p. 275.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 281.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

La hipótesis de Alain Boureau es la de una totalidad significativa de la *Leyenda dorada*, que ofrece un sistema más allá de su apariencia de simple yuxtaposición de narraciones singulares y discordantes. Esta realización de Voragine es una tentativa sincrética que une las diversas filiaciones hagiográficas a la ambición pragmática de servir de apoyo a la predicación. El orden de los ciento ochenta capítulos sigue el año litúrgico. Alain Boureau distingue ahí cuatro tipos históricos de santos. Primero los santos originarios que se vieron favorecidos por un contacto directo con Cristo. Son los apóstoles como ese San Andrés que fue a unirse a Jesús, quien “le hablaba con *familiaridad*”.⁷⁹ Luego vienen los santos antiguos que son fundamentalmente los mártires de los primeros siglos hasta la conversión de Constantino, como San Etienne torturado por los judíos celosos de sus milagros. Cuando la muchedumbre se arrojó sobre él y lo sacó de la ciudad para lapidarlo, Etienne se arrodilló y gritó: “¡Señor, no consideres como pecado lo que hacen!” “Con ello, el mártir imitó a Cristo”.⁸⁰ En tercer lugar, los santos históricos son los doctores, confesores, abades y obispos del siglo IV al VII, como san Rémy, cuya vida fue escrita por el arzobispo de Reims, Hincmar, en el siglo IX. Él fue quien bautizó a Clodoveo, el rey de Francia, quien prometió a Dios convertirse al cristianismo si le daba la victoria sobre sus enemigos. Queda, en último lugar, una parte más reducida para evocar a los santos contemporáneos de los siglos XII y XIII como santo Tomás de Canterbury, obispo y mártir que dejó la corte real para retirarse junto al obispo de Canterbury. Fue el sucesor de este último, por petición del rey. Pero ese nombramiento estuvo fundado en un malentendido, puesto que el rey de Inglaterra pensaba instrumentalizar a Tomás, mientras que el nuevo obispo quería defender escrupulosamente las prerrogativas de la Iglesia. La decisión que tomó Tomás con mano de hierro lo llevó a un exilio de siete años y su regreso no calmó la ira real: El rey envió a la soldadesca a matarlo. Al ver avanzar a sus asesinos, Tomás les respondió: “Estoy listo a morir por Dios y por la defensa de la justicia, y por la defensa de las libertades de la Iglesia”. Una vez dicho eso, “tendió su venerable cabeza bajo la espada de los impíos que le cortaron la parte alta del cráneo e hicieron que cayera su cerebro en el suelo del templo. Así es como Tomás sufrió el martirio, en el año del Señor 1174”.⁸¹

Como lo señala Alain Boureau, el relato biográfico pierde el contenido espiritual y se limita a una narración puramente factual. El punto de vista se hace exterior y da una impresión de intemporalidad. Esta pérdida de la

⁷⁹ Jacques de Voragine, *op. cit.*, p. 7.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 47.

⁸¹ *Ibid.*, p. 63.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Dios”.⁹² André Vauchez desplaza, por tanto, una oposición, que se da menos entre santidad imitable y santidad admirable, ambas como dimensiones esenciales de cualquier hagiografía, y más como un cambio que se sitúa en el relato mismo de las vidas de santos menos glorificadas y que enfatiza especialmente la intensidad de la fe y, por tanto, de “la ejemplaridad del santo”.⁹³

Esta transformación de la hagiografía en el siglo XII corresponde a un momento general de individuación, de progresión de la “conciencia de sí”, como lo analiza el medievalista Jean-Claude Schmitt.⁹⁴ En efecto, contrasta los progresos de la individualización en la sociedad occidental a partir de varios signos. Por una parte, el desarrollo del género biográfico, con una atención muy particular hacia la singularidad de las trayectorias de los individuos. Por otra, señala una interiorización de la vida moral especialmente vinculada a una intencionalidad del sujeto; la evolución de la hagiografía participa claramente de esta tendencia. De ahí resulta el enfoque de nuevas técnicas de aprendizaje del discernimiento que serán llevadas al paroxismo mucho más tarde en el siglo XVI con el fundador de la Compañía de Jesús, Ignacio de Loyola. En tercer lugar, la *auctoritas* pierde su eficacia para dar lugar a lógicas racionales y críticas, de las cuales Abelardo es uno de los defensores más fervientes. Finalmente, se requiere especialmente del mundo afectivo para expresar los sentimientos del amor y de la muerte. ¿Puede decirse, entonces, que en ese momento se descubrió al individuo? Jean-Claude Schmitt da una respuesta matizada y prudente al definir al individuo del siglo XII como la expresión de un “yo” (*self*) “pero en el sentido cristiano, es decir, la idea de que el hombre no puede realizarse más que en una relación íntima con Dios; además, tampoco puede realizarse solo, sino solamente en el seno de grupos y de redes”.⁹⁵ Sin embargo, la creciente diversificación de redes sociales distintas durante los siglos XII y XIII ofrece al individuo una nueva posibilidad: la de elegir.

Esta mutación tiene como efecto –sobre la escritura de hagiografías– presentar a algunos santos como figuras más familiares. Así es como se publicaron biografías de santos laicos, como la de la beguina María de Oignies, que publicó Jacques de Vitry en 1215 y que goza de gran notoriedad en la historia de la hagiografía occidental. Además, como lo demuestra André Vauchez, esta hagiografía cubre un tercer y nuevo aspecto por ser obra de

⁹² André Vauchez, *Saints, prophètes et visionnaires...*, *op. cit.*, p. 65.

⁹³ *Ibid.*, p. 66.

⁹⁴ Jean-Claude Schmitt, “La découverte de l’individu: Une Fiction historiographique?”, en Paul Mengal y Françoise Parot (dir.), *La Fabrique, la figure et la feinte*, Vrin, 1989, pp. 213-236.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 225.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

cuando el relato de Juana contribuye a reforzar la noción de infalibilidad del pontífice. Sin embargo, en el siglo XVI, los protestantes se apoderan de Juana para desacreditar a Roma. El papa personificaba al Anticristo y Juana se convertía en la prueba misma de la inversión satánica que reinaba en Roma. Juana no se recuperó de esta guerra de religiones. Una vez demonizada por los luteranos, la Iglesia oficial la abandonó porque vio en ella una pura elucubración. A pesar de que deja la escena de la institución religiosa, la vida de Juana invade masivamente el campo literario, en el que hace una segunda carrera y se convierte en fuente intensa de inspiración aun para los novelistas contemporáneos.

La pregunta que debe plantearse el historiador no es, por tanto, solamente la pregunta clásica de saber si Juana existió o no. Es bastante evidente que nunca hubo una papisa Juana. Sin embargo, esta afirmación no atañe “más que a *una* verdad de Juana, la más pobre: El hecho de creer en la existencia de la papisa o de rechazar esa creencia constituye también un objeto histórico”.¹⁰³ Pero la leyenda, por su capacidad de provocar una cristalización de la creencia y de organizar el campo de las representaciones, es un acontecimiento histórico en sí mismo. El historiador coordina una doble trayectoria a la que procede Alain Boureau. En un primer tiempo, él desmitologiza, deconstruye su objeto de creencia, y en un segundo momento, reconstruye la funcionalidad de ésta en los marcos significantes. En su manera de restituir este suceso histórico, Alain Boureau da prioridad a la dimensión pragmática, la de los usos de Juana, del mismo modo que Wittgenstein decía: “No busquen los significados, busquen su uso”. La tarea del historiador consiste en señalar las variaciones en los distintos registros de su utilización y la proliferación de sentido que ellos transmiten.

Algunos personajes imaginarios pueden ser, como Juana, objeto de una rica historicidad. Pero también tenemos el caso inverso de grandes fundadores de instituciones que curiosamente no pasaron a la posteridad o vieron truncada su trayectoria o sus escritos. Es el caso del fundador de Fontevraud, Robert d'Arbrissel (ca.1045-1116), exhumado recientemente por el medievalista Jacques Dalarun.¹⁰⁴ El historiador ha descubierto, en el curso de su búsqueda sistemática de las fuentes fontevistas, toda una parte faltante de la segunda vida del santo, llamada la *Vita altera*. La trayectoria de ese predicador itinerante es, en efecto, un poco incendiaria para la época.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 324.

¹⁰⁴ Jacques Dalarun, *L'impossible sainteté. La vie retrouvée de Robert d'Arbrissel (1045-1116), fondateur de Fontevraud*, Cerf, 1985, y *Robert d'Arbrissel. Fondateur de Fontevraud*, Albin Michel, 1986.

El fundador de Fontevraud nació hacia 1045 en la diócesis de Rennes en Arbrissel, en un momento de recuperación del eremitismo en esa región del Oeste de Francia. Robert d'Arbrissel buscó la compañía de las mujeres, no para transgredir lo prohibido ni sus votos de castidad, sino para exponerse mediante la ascesis al fuego de la carne. En su orden religiosa, los hombres están obligados a obedecer a las mujeres quienes, no obstante, siguen siendo para él seres extraños. Evidentemente, esta proximidad y esta inversión de los usos jerárquicos crearon un escándalo y explicaron la censura póstuma de la que fue objeto, así como la vida truncada que de ello resulta. El historiador busca aquí el olvido organizado para restituir lo auténtico de una trayectoria, por lo menos asombrosa en el siglo XII.

De manera significativa, a solamente un año de distancia (1985-1986), podemos oponer dos actitudes a propósito del tipo de posicionamiento de la historia cultural frente al género biográfico. En 1985, las prevenciones estigmatizantes de Pierre Toubert, quien escribió el prólogo de esa publicación y quien, a pesar de elogiar el descubrimiento y la conducta de la investigación de Dalarun, ve en ésta algo totalmente distinto a un esbozo biográfico: "Al hacer a un lado el proyecto fútil de sacar una biografía de Robert por la que nadie lo conocería jamás, él prefirió comprender el sentido de una experiencia de santidad".¹⁰⁵ Sin embargo, un año más tarde, en 1986, la obra, esta vez con un prólogo de Georges Duby, se publicó como una biografía de Robert.

Por lo demás, Jacques Dalarun publicó algunos años más tarde otra biografía dedicada a una santa cuya trayectoria también se encuentra en tensión entre la santidad y la herejía, el ascetismo y la rebelión.¹⁰⁶ Al señalar los *topoi* de la época, Dalarun pasa por el tamiz la crítica hagiográfica dedicada a esta santa originaria de Romaña, en Italia, donde nació hacia 1260. A los 24 años, Clara de Rimini había ya perdido a su madre, su marido, su suegra, su padre y su hermano. Como frecuentemente es el caso después del siglo XII, la santidad no es inmediata; según su biógrafo, la heroína trató de volver a contraer nupcias y tuvo una vida de disipación y de lujo hasta los treinta años de edad. Indirectamente, la hagiografía transmite el mensaje sobre las vanidades de todos los deseos de este mundo. ¿Cómo, después de un inicio tan poco conforme con el modelo de la santidad, Clara de Rimini puede llegar a ella? La puerta es ciertamente estrecha, pero se entreabre en ese fin del siglo XIII. El acontecimiento-ruptura se produce brutalmente gracias a la intervención de "allá arriba". En la iglesia de Rimini, Clara escucha una voz que la hunde en la melancolía cuando le pide encarecidamente que se consagre únicamente

¹⁰⁵ Pierre Toubert, prólogo a Jacques Dalarun, *L'impossible sainteté...*, *op. cit.*, p. 10.

¹⁰⁶ Jacques Dalarun, *Claire de Rimini*, Payot, 1999.

a la alabanza y a la memoria de Dios. En una segunda ocasión, fue la Virgen quien se le apareció rodeada de ángeles; esta aparición llegó a ser decisiva en su conversión a una nueva vida gobernada por la santidad. Toma entonces los hábitos religiosos y se lanza en cuerpo entero en una penitencia tanto severa como extrovertida. El propósito que aquí tiene el biógrafo es evidente: “Clara no fue ‘creada religiosa’. Se hizo religiosa”.¹⁰⁷ Esta voluntad intangible pasa por una disciplina extrema del cuerpo, en un verdadero adiestramiento que consiste en maceraciones y violencias que forman un martirio voluntario. En cualquier clima, Clara caminaba descalza, dormía sobre tablas duras y usaba un tronco como almohada; tratando de permanecer despierta el mayor tiempo posible durante la noche para no perder ni un momento del tiempo consagrado exclusivamente a la devoción. Ejemplifica el modelo de los Padres del desierto a quienes imita para llegar a la santidad.

Esta conversión en su radicalidad pasa por la desmesura que se codea con la herejía; pronto se designa y denuncia a Clara como ‘*patarine*’ que en ese fin de siglo XIII significaba “hereje”. El calificativo es grave en un momento en el que la Inquisición se asegura de separar a los buenos de los malos. Los inquisidores franciscanos se desencadenan entonces contra Clara, que inicia un nuevo periodo de su vida al reagrupar a su alrededor a una pequeña comunidad de religiosas. La hagiografía recopila esta vez testimonios directos de monjas que vivieron al lado de su madre espiritual. La Providencia hizo de ella la santa que lleva al prójimo al camino de la salvación: “Llevó su ambición hasta el fin, esa necesidad obstinada de hablar mucho sobre Dios... Salió victoriosa y reafirmada de la prueba”.¹⁰⁸

Al final de su lectura de la hagiografía en la que el historiador Dalarun encuentra los grandes *topoi* de la época, él confirma el carácter fascinante de la relación establecida por la hagiografía con su heroína. Esta pasión se transforma en escritura y se pliega a sus leyes: “El trabajo del hagiógrafo es meter lo insólito en el sobre de la escritura; convertir lo más extraño en una serie de convenciones tipológicas; crear texto, pulido, continuo, tranquilizador”.¹⁰⁹

El final de la Edad Media ofrece una tensión un poco distinta en las vidas que se transforman al ritmo de una individualización acelerada. Los asuntos temporales toman una consistencia propia y son fuente de tensiones nuevas y extremas que se traducen por la doble coacción, no siempre posible de combinar, entre la misión de servir a la Iglesia y la de servir al Estado.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 47.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 168.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 216.

Esta tensión está en el centro de las cuatro biografías sucesivas que escribió Bernard Guénéé.¹¹⁰ Para señalar de manera significativa un cierto número de evoluciones, el historiador eligió cuatro trayectorias tomadas del mismo medio social, el de los prelados, con la intención de aportar, gracias a esos casos singulares, respuestas a preguntas generales. El movimiento histórico señalado es el del galicanismo creciente de un Estado que ha empujado a la sombra a la Iglesia y que crece hasta el punto de afirmar su autoridad sobre ésta. Los prelados cuyas vidas se describen se sitúan en un periodo que va de los primeros años de finales del siglo XIII a fines del siglo XV. Tienen en común “tener que vivir, en esos tiempos difíciles e inciertos, en la Iglesia y en el Estado, entre la Iglesia y el Estado”.¹¹¹ Ni verdaderamente ilustres ni verdaderamente anónimos, esos cuatro prelados pertenecen todos a una elite social, aunque no estén en la cima. Forman una clase de cadena solidaria durante más de dos siglos, y son testigos, debido a lo que vivieron de manera singular, tanto de ellos mismos como de su tiempo. Así, de Bernard Gui a Thomas Basin, pasando por Gilles Le Muisit y Pierre d’Ailly, un largo periodo libera sus representaciones, sus esperanzas y sus tensiones.

Esos cuatro prelados no nacieron en las más altas esferas de la sociedad. Su origen social no los predestinaba a ser prelados; se necesitaba voluntad y ambición para llegar hasta ahí. El más privilegiado fue Pierre d’Ailly, quien llegó a ser cardenal: “Mis cuatro prelados... los cuatro fueron ambiciosos”.¹¹² ¿Pero a qué institución hay que consagrarse en ese deseo de triunfo, cuando la situación ofrece la complejidad creciente de relaciones que se han vuelto inextricables entre la Iglesia y el Estado? Hay que hacer obra de obediencia y avenirse a las reglas instituidas para que a uno se le atribuyan responsabilidades nuevas, pero las fidelidades son múltiples y hacen imposible avenirse a todas las peticiones. Bernard Guénéé describe la singularidad de las situaciones conflictivas, gracias a una concentrada atención en el camino seguido por cada uno de esos cuatro biografiados.

Citando a Anatole France, para quien la historia estadística es a la historia narrativa lo que la patata es a la rosa, agrega: “Por mi parte, al escribir esas cuatro vidas, no quise sustituir con rosas las patatas que me han alimentado durante tanto tiempo. Quise, en esas biografías, reconciliar la rosa y la patata”.¹¹³

¹¹⁰ Bernard Guénéé, *Entre l’Eglise et l’Etat. Quatre vies de prélats français à la fin du moyen-âge (XIII^e-XV^e siècle)*, Gallimard, 1987.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 19.

¹¹² *Ibid.*, p. 25.

¹¹³ *Ibid.*, p. 47.

3. LA FÁBRICA DE LOS HÉROES

La noción de héroe atraviesa la historia profana en su curso de descristianización. Favorece una transmisión de lo sagrado y replantea la vida de los antecesores mitad-hombres, mitad-dioses de la antigüedad. Esta referencia heroica se instala en el centro del discurso histórico y se convierte en un recurso importante para armar la intriga novelesca. El personaje principal “se refiere a la vez a procesos estructurales internos en la obra (es el personaje con el retrato más rico, con la acción más determinante, con la aparición más frecuente, etc.) y a un efecto de referencia axiológica a sistemas de valores (es el personaje que el lector sospecha que asume y personifica los valores ideológicos ‘positivos’ de una sociedad –o de un narrador– en un momento dado de su historia)”.¹¹⁴ La valorización del héroe lleva al extremo la tensión entre lo particular y lo universal. ¿De qué manera es el héroe la simple personificación de sus cualidades particulares y cómo expresa una dimensión más general que lo supera y lo trasciende? Esta pregunta remite a la idea de “grandeza histórica”, cuya problemática planteó Jacob Burckhardt en el siglo XIX.¹¹⁵ Ésta no se deja encerrar en una definición estricta e inmutable, ya que “la verdadera grandeza es un misterio”,¹¹⁶ según Burckhardt. Sus criterios son a la vez inciertos, desiguales e ilógicos. La condición de posibilidad de la grandeza remite a la incompletitud que sentimos en su ausencia, y a su presencia y su vínculo con los acontecimientos históricos.

Cada época se reconoce en sus héroes y vuelca en ellos –ya sean de una época lejana, cercana o presente– sus propios valores. El héroe cristaliza en él una simbolización colectiva como lo percibe el sociólogo durkheimiano Czarnowski: “El héroe es un hombre que ha conquistado, ritualmente, por lo méritos de su vida o de su muerte, el poder efectivo inherente a un grupo o a una cosa a los que representa y de quienes personifica el valor social fundamental”.¹¹⁷ A la manera de los santos de la segunda generación de hagiografías, aquélla en la que un acontecimiento se rompe y revela una santidad que no estaba forzosamente inscrita en la cuna a partir de un suceso de vocación iluminadora, la existencia del héroe se prueba por la manera de afrontar y de triunfar sobre la adversidad a cambio de un sufrimiento. Ese comportamiento encuentra su última concretización en el sacrificio para el

¹¹⁴ Philippe Hamon, *Texte et idéologie*, PUF, 1984, p. 47.

¹¹⁵ Jacob Burckhardt, *Considérations sur l'histoire universelle*, Payot, PBP, 1971.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 237.

¹¹⁷ S. Czarnowski, *Le culte des héros et ses conditions sociales. Saint Patrick, héros national de l'Irlande*, Alcan, 1919.

que el héroe está listo en relación con la causa que defiende. Por su sacrificio voluntario, “él *hace existir el valor que motiva su sacrificio como principio trascendente*”.¹¹⁸ Al mismo tiempo que se transforma la hagiografía a fines de la Edad Media, durante los siglos XIII a XV, progresa un género biográfico laico, el de la biografía caballerescas que enaltece como héroes a esos caballeros cuya influencia social viene a enfrentarse con la primacía de los clérigos y frecuentemente la cuestiona. Se trata, antes que nada, de asegurar el dominio de un poder todavía frágil y de consagrar a los reyes en sus prerrogativas. Guillermo el Bretón canta así a la gloria de Felipe Augusto en el siglo XIII en sus *Philippide*. Pero los duques y los príncipes también son tema de biografías que restituyen su vida y milagros: “la Guerra de Cien Años dio un nuevo auge al culto de los héroes”.¹¹⁹

Las biografías caballerescas son, por lo general, obras por pedido y alaban a la vez las proezas militares y un estado de ánimo, una concepción del mundo propia de los caballeros, a través de trayectorias singulares y ejemplares, ya sean las de Guillermo el Mariscal, Bertrand du Guesclin, Boucicaut, Louis de Gavre, Jean d’Avesnes... Esas biografías son el resultado de un proceso de laicización y, a la vez, de reivindicación de la identidad de un linaje en su arraigo espacio-temporal. Se integran en el seno de una genealogía de la que la biografía es al mismo tiempo la ejemplificación y la afirmación de una conciencia de sí de un grupo social. En esas vidas heroicas de los caballeros, la relación con la verdad es tan ambivalente como en el discurso hagiográfico: “La verdad se mide, por tanto, con el rasero de una ética y no con el de los hechos. Se opone a dos formas de mentira que degradan al hombre, una por exceso y otra por defecto”.¹²⁰

La biografía caballerescas permanece relacionada con el género épico y extrae sus fuentes de inspiración de la literatura, especialmente en los cantares de gesta y en la tradición oral. De ahí resulta un género en tensión constante entre historia y ficción, hasta el punto de que el medievalista Jean Dufournet define la biografía de Boucicaut como “biografía novelizada”. En esos relatos de vida encontramos los motivos épicos y las manifestaciones de lo maravilloso que acompañan las escenas de batallas y sus gestas militares. Lo que guía la acción sigue siendo algo divino y se manifiesta, por lo general,

¹¹⁸ Jean-Pierre Albert, “Du martyr à la star. Les métamorphoses des héros nationaux”, en Pierre Centlivres, Daniel Fabre y Françoise Zonabend (dir.), *La Fabrique des héros*, ed. MSH, 1998, p. 20.

¹¹⁹ Elisabeth Gaucher, *La biographie chevaleresque. Typologie d’un genre (XIII^e-XV^e siècle)*, Champion, 1994, p. 12.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 85.

en un momento anterior al acto, a través de un sueño: “Los sueños confieren a la biografía la dimensión trágica de lo ineludible, y al personaje principal, la grandeza de quien cumple un destino excepcional, concebido para él”.¹²¹ Después de un sueño en el que Cristo le recordó el sufrimiento de su pasión, el caballero Gilles de Chin decidió partir a las Cruzadas.

A diferencia del santo en la hagiografía, el individuo no es el recinto de la voz divina, pero sus aires épicos se deben, en mucho, a la atención de Dios, que a cada instante lo protege y actúa como la armadura que le permite superar los obstáculos. Para el biógrafo, el caballero es un elegido de Dios cuya trayectoria está balizada con pruebas dolorosas. Debe experimentar, en efecto, conspiraciones y traiciones, a cambio de múltiples heridas físicas y psíquicas: “La calumnia desempeña el papel de someterse a prueba”.¹²²

Elisabeth Gaucher distingue dos modelos posibles de esas biografías caballerescas. Por un lado, el modelo “hiperbiográfico”, caracterizado por una focalización exclusiva del autor en el héroe que evoluciona en un universo cuasi intemporal construido a su medida. Por otro, el modelo histórico relata las raíces espacio-temporales del héroe y las interacciones entre su medio y su acción, como es el caso de las biografías de Guillermo el Mariscal, Bertrand du Guesclin o Boucicaut. En los dos casos de figuras, la relación con la realidad histórica a la que se refieren permanece marcada a la vez por una evocación de aquello que retuvo la memoria colectiva y por la imaginación del autor. En ese sentido, la biografía caballerescas nos enseña más sobre el biógrafo que sobre el biografiado, y también más sobre la imagen que el grupo de caballeros transmite de sí mismo que sobre las condiciones concretas de vida.

Estas biografías revelan la realización progresiva de un individualismo que abre brecha en una sociedad todavía estructurada esencialmente por instituciones fuertes con rituales intangibles. Por lo general, el relato biográfico narra la historia de una trasgresión, y el héroe metaforiza la posible liberación de las prohibiciones familiares para construir su destino personal: “El género biográfico consagra el triunfo del individualismo por la escenificación de un héroe que adapta los valores de su grupo a los de su determinación individual”.¹²³

A partir del siglo XVI, los inicios de la época moderna amplían ese movimiento de individualización. Los letrados descubren con delicia los escritos de Plutarco, sus *Vidas paralelas*, que se traducen al francés para asegurarles una mayor difusión. Se desentierra el heroísmo a la antigua, con su deseo de

¹²¹ *Ibid.*, p. 118.

¹²² *Ibid.*, p. 134.

¹²³ *Ibid.*, p. 537.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

de este mundo. Es verdad que al mismo tiempo, como lo subraya Daniel Fabre, “el campo de encarnación del heroísmo está a punto de enrarecerse con el montaje de la maquinaria simbólica que es la monarquía absoluta y su corte”.¹³²

Todo el periodo del Renacimiento se dedica a encontrar, con base en el modelo antiguo, vidas ejemplares con el propósito de difundir las virtudes. Las biografías se encuentran así incluidas en una filosofía moral cuyos valores se vuelven autónomos en relación con los preceptos cristianos. La concepción de la biografía como *Magistra Vitae* vuelve a ser la dominante en el siglo XVI y se le agrega una preocupación particular por la retórica y, por tanto, por un retorno obligado a la obra de Cicerón, especialmente su *De Oratore*. Este periodo se desvía de las biografías caballerescas y de las hagiografías para consagrarse a su pasión por las biografías antiguas. Las *Vidas paralelas* de Plutarco, traducidas al francés por Amyot, vieron la décima reedición en el transcurso sólo del siglo XVI y las reediciones en latín son aún más numerosas. *Las Vidas de los doce Césares* de Suetonio se traducen cinco veces al francés y cuentan con nueve ediciones en latín en el mismo siglo.

La primera obra del Renacimiento en haber tratado de hacer que renaciera el género de las vidas antiguas se remonta al siglo XIV, con la publicación de Petrarca, *De Viris illustribus*. Petrarca colocaba en primer plano su ambición moral, y con ello estigmatizó al principio el gusto desenfrenado por la anécdota. Se mantiene definitivamente a distancia de lo que considerara simples cotilleos insignificantes: “¿De qué sirve, por ejemplo, saber qué esclavos o qué perros, qué bestias de carga o qué abrigos poseyó un hombre ilustre; cuáles eran los nombres de sus esclavos, y cómo era su vida conyugal, qué profesión tenía o cuál era su patrimonio?”¹³³ Por tanto, Petrarca delimita estrictamente su campo de investigación al relato de la vida pública de los hombres ilustres. Sin embargo, en un segundo prólogo, que es el prelude de la serie romana, acepta el uso de la anécdota, del detalle que atañe la vida privada de sus héroes. Confiesa haber caído en esa tentación para satisfacer su propio deseo y placer, que esta vez cree comunicar al lector más allá de la lección moral sobre las virtudes: “No puedo negar que, a fuerza de meditar sobre esos temas, me he desviado y alejado un tiempo del trabajo que había emprendido mientras gozaba al evocar para otros las costumbres de los hombres ilustres, su vida doméstica, las palabras que no necesariamente eran penetrantes ni serias, su apariencia física, su nacimiento y su tipo de

¹³² Daniel Fabre, “L’atelier des héros”, en Pierre Centlivres, Daniel Fabre y Françoise Zonabend (dir.), *op. cit.*, p. 235.

¹³³ Petrarca, *cf.* en Patricia Eichel-Lojkine, *op. cit.*, p. 37.

muerte".¹³⁴ La escritura que se extiende entre la ejemplaridad moral y las anécdotas singulares llegará a ser el modelo constitutivo del género biográfico en la modernidad. Petrarca retoma la trilogía antigua que marca el ritmo de la temporalidad de las Vidas: la Fortuna, la Virtud y la Fama. Esta tercera dimensión está bajo la responsabilidad del biógrafo y no se escapa de los avatares de la Fortuna hasta después de la muerte del héroe. Entonces, el juego se hace binario y la Fama se despliega, como ya decía Séneca sobre la Virtud: "La muerte libera al hombre del imperio de la fortuna. Entonces se acaban sus juegos y, lo quiera o no, la fama se une a la virtud, como la sombra a un cuerpo sólido".¹³⁵

En ese siglo XVI, el valor principal que irradia sobre las otras virtudes es el honor, puesto que esta noción incluye a la vez la virtud, su reconocimiento y su recompensa.¹³⁶ Ya que el criterio discriminatorio se encuentra situado en el marco del reconocimiento público, poco importa la intencionalidad del actor. Ésta no tiene verdadera significación, puesto que el hombre se reduce a la suma de sus acciones. En contraposición, el acceso a la fama que motiva el relato de una vida ya no pasa necesariamente por la carrera militar ni por las gestas militares. La pertenencia al linaje de los hombres ilustres se abre antes a los innovadores, a los eruditos, a los cortesanos, a los juristas, a los artistas, a los descubridores y a los pensadores. A la inversa, la prevención cristiana contra la usura, contra el dinero ganado en el tiempo que debe dedicarse a Dios, deja de lado a los actores de la gran revolución de los cambios en curso: "Los primeros grandes del capitalismo moderno, los comerciantes y los banqueros cuyo poder real ya no puede ignorarse, raramente figuran en las colecciones, o se tratan con cierto desprecio".¹³⁷ Al igual que la defensa del Estado en la antigüedad, la defensa de la nación hasta el sacrificio de uno mismo en la época del Renacimiento es un principio dominante, que discrimina o no a la fama.

La ambición de Maquiavelo de dirigirse al presente a partir de una relectura del pasado antiguo también lo condujo por el camino de la escritura biográfica con su *Vida de Castruccio Castracani*.¹³⁸ Concibió esta biografía en

¹³⁴ Petrarca, *ibid.*, p. 39.

¹³⁵ Petrarca, *Aux Amis, Lettres familières, Livres I et II*, J. Million, col. "Petite Collection Atopia", 1998, I, 2, p. 48.

¹³⁶ A. Jouanna, "La notion d'honneur au XVI^e siècle", en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 1968, t. xv, pp. 597-624.

¹³⁷ Patricia Eichel-Lojkine, *op. cit.*, p. 68.

¹³⁸ Maquiavelo, *Le Prince*, seguido de *La vie de Castruccio Castracani da Lucca*, Seuil, 1993.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

desplaza hacia una adecuación buscada entre el ejercicio de la libertad de actuar y de la autoridad que procura su éxito. Esta coincidencia a la que se dedica el hombre de *virtù* encuentra en su camino la fuerza inexorable de la *Fortuna*, del destino; el hombre ilustre debe alejarse de la mala fortuna. Un héroe de biografía como Castruccio va totalmente hacia un contra-finalismo que es él mismo finalista, puesto que se trata de despojarse del peso de la Fortuna: “Es evidentemente en el género de *la biografía* que el enigma de la historia se presenta del lado de su misterio. La biografía saca a la luz el punto de vista finalista de una vida de principio a fin y, así, estudia el enigma de la historia y la presenta de un cierto lado”.¹⁴¹

Entre los biógrafos importantes de ese siglo XVI, podemos mencionar a Théodore de Bèze,¹⁴² Paul Jove¹⁴³ y el cosmógrafo André Thévet.¹⁴⁴ Sin embargo, esas recopilaciones no sobrevivieron al tiempo, a la inversa de las de Plutarco o las de Suetonio, indudablemente porque se situaban en un momento de transición hacia una mayor emancipación del individuo y expresaban más una necesidad de captar la singularidad que una pertenencia a una colectividad heroica. Como lo analiza Patricia Eichel-Lojkine, al final de su recorrido por la escritura biográfica en el siglo XVI, el molde pronto se “romperá”. Se pensará que el modelo genérico es demasiado estrecho para restituir aquello que hace original una trayectoria de vida: “La escritura biográfica no tiene otra opción más que acercarse al individuo, adoptando el modelo de la monografía o de la autobiografía, o vaciarse de su sustancia, transformando las recopilaciones de Vidas y de retratos en diccionarios de los grandes hombres”.¹⁴⁵

En el siglo XVII, la ruptura moderna se amplía y se une a una aceleración del movimiento de individualización. Al mismo tiempo, la concentración de poderes entre las manos de la realeza tiende a enfocar las miradas en el destino de algunos individuos excepcionales por su papel, y especialmente del primero de ellos, el rey. Este último ya tiene, junto a él, a un historiógrafo encargado de dejar a la posteridad los efectos benéficos del reinado, una vez terminado. Los proyectos de escritura de la vida del rey se multiplican en la medida en la que personifica el poder del Estado por sí solo. Ese proyecto de pintar el retrato del rey fue tema de un apasionante análisis de Louis

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 145.

¹⁴² Théodore de Bèze, *Les vrais portraits des hommes illustres*, Slatkine, Ginebra, 1986.

¹⁴³ Paul Jove, *Elogia*, en *Ceuvres complètes*, Roma, 1972.

¹⁴⁴ André Thévet, *Les Vrais Portraits et vies des hommes illustres Grecs, Latins et Payens recueillis de leurs tableaux, livres, médailles antiques et modernes*, París, Veuve I. Kervert y Guillaume Chaudière, 1584.

¹⁴⁵ Patricia Eichel-Lojkine, *op. cit.*, pp. 343-344.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Pero la “heroización” tuvo un gran porvenir, especialmente durante los grandes acontecimientos traumáticos. La Revolución francesa, constitutiva de la identidad nacional, ve que sus actores –al calor mismo de la prueba– buscan las figuras con las que erigir héroes. Tocqueville incluso vio surgir, en la Revolución francesa, una religión que se creía nueva, producto de una verdadera transmisión de lo sagrado exaltada por el heroísmo revolucionario. Efectivamente, se buscan, en el instante mismo del acontecimiento, las figuras más adecuadas para cristalizar la nueva identidad, y se buscan con fervor, ya que el acontecimiento se ve como corte radical y como el inicio de tiempos nuevos, *tabula rasa* del pasado: “Esos sentimientos y esas pasiones se habían convertido para ellos en un tipo de nueva religión que, al generar algunos de los grandes efectos que se han visto producidos por las religiones, los liberaba de su egoísmo individual y los llevaba hasta el heroísmo y la devoción”.¹⁵⁷ Más allá del suceso de 1789, la pasión revolucionaria desarrolló el culto al héroe y fortaleció un género antiguo que empezaba a caer en desuso durante el siglo XVIII, al vestirlo de manera distinta. Esta reapropiación de la figura heroica no podía darse sin tensión ni metamorfosis, puesto que hasta entonces el héroe era la ejemplificación y la legitimación de la autoridad, si no del autoritarismo. La revolución, al presentarse como la continuación de una voluntad popular, no podía dejar de retomar el mito heroico tal cual, sin conferirle un nuevo significado.

El acontecimiento mismo constituye el esplendor y trasciende al individuo para hacer de él un héroe. Desempeña el papel de la aparición para el santo de la hagiografía y esto lo lleva hasta el sacrificio, hasta el martirio, para defender la causa revolucionaria. En ese sentido, al igual que Miguel Abensour, podemos ver en el “héroe revolucionario” la aparición de un nuevo actor en la escena política.¹⁵⁸ El caso de Marat es típico de un mártir inmediatamente magnificado con base en el entusiasmo popular a partir de su asesinato por Charlotte Corday el 13 de julio de 1793. Se organizaron veladas fúnebres en París y la Convención decidió otorgarle el honor de estar en el Panteón desde noviembre de 1793, cuyo acto tuvo lugar el 21 de septiembre de 1794: “El culto a Marat, debido a que fue contemporáneo del episodio descristianizador que se extendió de septiembre de 1793 a marzo de 1794, pareció sustituir por un momento a la tradición católica”.¹⁵⁹ Los actores mismos de la Revolución cultivaron la lectura de Plutarco y tenían la impresión de estar reviviendo

¹⁵⁷ Alexis de Tocqueville, *L'ancien régime et la Révolution*, Gallimard, 1967, p. 251.

¹⁵⁸ Miguel Abensour, “Saint Just. Les paradoxes de l'héroïsme révolutionnaire”, en *Esprit*, febr. 1989, pp. 60-81.

¹⁵⁹ Jean-Claude Bonnet, *Naissance du panthéon. Essai sur le culte des grands hommes*, Fayard, 1998, p. 274.

tiempos heroicos similares. Enfrentados con la amenaza permanente de la muerte para sí y para los otros, esos héroes revolucionarios movilizaron los modelos antiguos e hicieron en ellos una transferencia de lo sagrado que supuestamente los protegía. Robespierre estableció el culto al Ser supremo y se presentó como un “mártir viviente de la República”.

Miguel Abensour tomó el ejemplo de Saint-Just para ilustrar su tesis. Pronto se convirtió en símbolo del Terror y él mismo presentó a la Revolución como un “proyecto heroico”. La Revolución se percibe como un salto a lo desconocido: “Al encarnar la virtud, el héroe se ve investido con la misión de prefigurar *hic et nunc* la renaturalización, el hombre según la naturaleza. De ahí surge la tensión utópica que lo atraviesa, que lo habita”.¹⁶⁰ El héroe se encuentra, por tanto, sometido a prueba en el flujo de los acontecimientos revolucionarios; esta relación se invierte instantáneamente, ya que la Revolución necesita a sus héroes para legitimizarse por la sangre vertida de sus mártires. Saint-Just escribió, así, en julio de 1792: “Arránquenme el corazón y cómanselo; ¡se convertirán en lo que no son en lo absoluto: grandes!” Las fiestas cívicas difunden con largueza su imagen de símbolos de la libertad en curso. Sin duda alguna magnifican una tradición revolucionaria añeja y se exhuma a los Graco, a los Bruto, a Guillermo Tell, pero la autocelebración de los héroes se concentra en los muertos contemporáneos, los mártires, las víctimas de la fe nueva: “Bara, Viala, Marat, Le Peletier de Saint-Fargeau”.¹⁶¹ Los nuevos dirigentes incluso sueñan con una enseñanza de la historia que se reduciría a una simple galería de retratos que personifican los nuevos valores, ya que, según Sieyès: “No podemos fecharnos más allá de nosotros mismos”. La Revolución, que –como todo mundo sabe el día de hoy– va a comerse a sus propios hijos, engendró al héroe de los héroes en la figura de Bonaparte, dentro de la cual pronto se perfiló Napoleón. Como lo mostró muy bien Annie Jourdan,¹⁶² este héroe nacional contribuyó él mismo, con su entorno, a fabricar su imagen heroica. Su retrato en sus múltiples facetas resulta ser de una sabia construcción estratégica. Napoleón rápidamente comprende (ya que siempre vivía apegado a un ritmo constante de acontecimientos excepcionales, pero fugitivos) la necesidad de construir su propio icono, al usar el tiempo con arte para atribuir a las formas el hecho de que el héroe deje en ellas su huella indeleble. Su obsesión es darle profundidad al tiempo para enraizar su legitimidad y su anclaje; el resultado es presentar a un “Napoleón atraído por fuerzas opuestas: el sentimiento de que no se

¹⁶⁰ Miguel Abensour, “Saint-Just...”, *op. cit.*, p. 75.

¹⁶¹ Patrick Garcia y Jean Leduc, *L'enseignement de l'histoire en France de l'Ancien Régime à nos jours*, Armand Colin, 2003, p. 25.

¹⁶² Annie Jourdan, *Napoléon. Héros, imperator, mécène*, Aubier, 1998.

puede actuar sin tomar en cuenta el tiempo, y el deseo de querer acelerar su ritmo, con la esperanza de que nazca cuanto antes el tiempo pasado”.¹⁶³ Bonaparte se preocupa tanto por las representaciones de sí mismo y de sus hazañas, que las inventa, a voluntad, como esa famosa batalla del puente de Arcole, en la que aparece representado en el momento en el que se precipita con fuerza enarbolando una bandera, cuando ese acto heroico –que sí tuvo lugar– fue del General Augereau: “Pero los relatos del Estado Mayor y, sobre todo, el cuadro que se solicitó a Gros y que éste pintó en Milán desde el 30 de noviembre de 1796, exaltan la audacia inaudita de un solo guerrero y fijan en la memoria al famoso *Bonaparte en el puente de Arcole*”.¹⁶⁴

El siglo XIX pasa fundamentalmente a otro registro, pero la figura del héroe se perpetúa en él con los escritos del historiador inglés Thomas Carlyle (1795-1881), quien considera al héroe como la personificación de lo universal. Paradójicamente, Carlyle exalta al héroe como medio para salir de la contingencia histórica y de una forma de determinismo historicista según la cual el hombre es producto de su tiempo. Despojarnos de las necesidades del tiempo no es posible más que gracias a una voluntad heroica: “Sólo el gran hombre, expresión del libre albedrío, se cree capaz de afrontar a la multitud pasiva, prisionera de la necesidad”.¹⁶⁵ A una forma de historia historizante puramente factual, Carlyle opone al héroe como posible recuperación de sentido que permite el acceso a lo general, a lo universal. Mientras que estamos habituados a considerar una historia en la que se le da demasiada importancia a los individuos como un modo de discurso histórico que se pierde en los meandros de detalles insignificantes, Carlyle, a la inversa, cree tener acceso a lo que es más significativo, gracias a que empieza con la figura individual del héroe. La biografía se convierte, para él, en el Camino Real de la historia, y ya no en su molesto parásito, hasta el punto que considera que “la Historia del mundo no es otra que la biografía de los grandes hombres”.¹⁶⁶ Carlyle asume plenamente, como Jules Michelet, su subjetividad apasionada e incluso espera de su lector una identificación sin reservas. Concibe la biografía de modo cuasi-simbiótico, hasta el punto de que el historiador debe compartir las dichas y los tormentos de sus héroes: “No sólo hay que juzgar al héroe, sino transfundir en él nuestro propio ser”.¹⁶⁷ Esta visión le debe mucho al romanticismo de la época, y también a la transmisión casi mística de un histo-

¹⁶³ *Ibid.*, p. 290.

¹⁶⁴ Daniel Fabre, “L’atelier...”, *op. cit.*, p. 251.

¹⁶⁵ Sabina Loriga, “La biographie comme problème”, en Jacques Revel (dir.), *Jeux d’échelles*, Hautes Etudes-Gallimard-Seuil, 1996, p. 217.

¹⁶⁶ Thomas Carlyle, *Les Héros*, Maisonneuve et Larose, 1998, p. 55.

¹⁶⁷ Thomas Carlyle, “Metrical Legends of Exalted Characters by Baillie”, en *New Edimburg*

riador cuya materia heroica se considera como la expresión de la Providencia. Cada individuo erigido en héroe se percibe como una encarnación de Dios en este mundo, y su trayectoria biográfica describe, por tanto, el camino de la verdad. En este sentido, Carlyle exalta muchos héroes en el sentido antiguo del término, seres mitad-humanos, mitad-divinos, e invita a su lector a un verdadero culto del héroe para hacer contrapeso con la debilidad individual. Es el héroe contra el individuo, y la biografía se entiende, en este caso, como “un colirio para limpiar los ojos del egotismo”.¹⁶⁸ Paradójicamente, la focalización en la figura heroica presupone una renuncia de sí, una ascesis que da lugar a lo universal personificado.

Carlyle hace la tipología de esas encarnaciones en una obra que dedica a los héroes.¹⁶⁹ Distingue al héroe como divinidad y sigue el recorrido de Odin como ejemplificación del paganismo y de la mitología escandinava. Luego considera al héroe como profeta al mencionar a Mahoma y, a partir de él, la difusión del Islam. Según Carlyle, la figura del profeta confirma el progreso decisivo de la humanidad y de la sensibilidad, ya que Mahoma no es visto como un dios, sino como “un inspirado por Dios, un profeta”.¹⁷⁰ Con un trazo de la pluma, niega las teorías que hacen de Mahoma un impostor, y describe su trayectoria de modo apologético, sin ocultar su admiración por el hombre y la calidad de su mensaje, e insiste en la filiación que une el Islam con el cristianismo como simple forma derivada de él.

Luego viene otro tipo de héroe como poeta, y Carlyle da como ejemplos a Dante y a Shakespeare. Ese modo de encarnación de lo divino tiene el mérito de pertenecer al tiempo presente, mientras que el héroe-divino y el héroe-profeta se refieren a tiempos antiguos. A la inversa, en este caso “el poeta es una figura heroica que pertenece a todas las épocas”.¹⁷¹ Carlyle dedica su cuarta sección al héroe convertido en sacerdote. Toma como figuras epónimas a Lutero y a Knox. Su característica es estar cerca de la figura del profeta, ya que es necesario que en ellos brille “la luz de la inspiración celeste”.¹⁷² Evidentemente, como Carlyle es protestante, cuando se refiere a Lutero deja explotar su pasión religiosa, su adhesión a aquel que define un mensaje que

Review, p. 402, cf. en Sabina Loriga, “La biographie comme problème”, en Jacques Revel (dir.), *Jeux d'échelles*, op. cit., p. 218. Véase también Jacques Caban, *Thomas Carlyle ou le Prométhée enchaîné. Essai sur la genèse de l'œuvre de 1795 à 1834*, PUF, 1967.

¹⁶⁸ Ralph Waldo Emerson, *English Traits, Representative Men and Other Essays*, Londres, J. M. Dent, 1908, p. 172.

¹⁶⁹ Thomas Carlyle, *Les Héros* (1841), Maisonneuve et Larose, 1998.

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 71.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 115.

¹⁷² *Ibid.*, p. 159.

el historiador ha hecho suyo. Los comentarios que acompañan el relato de su vida atañen, entonces, a la hagiografía. Lutero ya era Lutero en la cuna: “Ese día nació el hijo que habían concebido: un héroe, cuyo fuego interior iba a brillar sobre el mundo durante largos siglos y aún brilla hoy. El mundo entero, toda la historia de la humanidad esperaba la llegada de este hombre”.¹⁷³ Lo que se despliega, su vida, está en perfecta adecuación con la misión que le “asignó la Providencia”.¹⁷⁴ Carlyle le debe su identidad a Lutero: a todo lo que se apega, es decir, el puritanismo inglés, el régimen representativo de la democracia británica, la conquista de América, los progresos económicos de Europa; le debe todo ello a Lutero, por la Reforma que logró. Toda la historia de la humanidad puede invertirse a partir del mensaje de un héroe, y Carlyle goza hablar con fervor de aquél a quien cree más allá de toda comparación: “Estoy seguro de que Lutero fue un auténtico gran hombre, en su inteligencia, en su valentía, en su sensibilidad y en su integridad, uno de los hombres más dignos de amor y más valiosos que el mundo jamás haya visto nacer”.¹⁷⁵

La siguiente sección está dedicada a los héroes como hombres de letras; Carlyle describe la biografía de Rousseau, Johnson y Burns. Una vez más, el hombre de letras se sitúa como el poeta en su propio mundo, y aún más, puesto que es una creación reciente de la modernidad. En último lugar, Carlyle ve al héroe como rey y distingue dos modos de encarnación del espíritu revolucionario moderno con los personajes de Cromwell y de Napoleón. El buen rey no se concibe aquí como aquel que encarna el absolutismo. Cristaliza en él las capacidades al ser “el hombre que puede” dentro de una posible perfección política: “Que en todos los países se encuentre ‘al hombre que puede’ más y mejor, que se lo eleve al rango supremo de la nación y que se le trate con la deferencia más leal: He ahí el verdadero medio para instaurar un gobierno perfecto”.¹⁷⁶ En este sentido, el único Gran Hombre histórico que surge de su obra es Cromwell y, sin embargo, no ha sido reconocido por la Historia”.¹⁷⁷ Esta trayectoria de humanización que lleva a la cuestión política sigue la línea de un progreso postulado por Carlyle según una forma continua. Fascinado por la ecuación biográfica, Carlyle dedica trece años de su vida a la publicación de una monumental biografía de Federico II.¹⁷⁸ Aunque Carlyle es sensible al paso progresivo de su tiempo, el siglo XIX, del

¹⁷³ *Ibid.*, p. 174.

¹⁷⁴ *Ibid.*, p. 175.

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 191.

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 260.

¹⁷⁷ Pierre Vitoux, “Carlyle et le culte du héros”, en *Romantisme*, 100, SEDES, 1998, p. 29.

¹⁷⁸ Thomas Carlyle, *History of Friedrich II of Prussia, called Frederick the Great*, Londres, Chapman and Hall, 1871.

héroe cuasi-divino al gran hombre secularizado, se mantiene apegado a la concepción americana del ser excepcional.

4. LOS GRANDES HOMBRES

La figura del héroe sufre una crisis en el transcurso del siglo XVIII. La filosofía de la Ilustración ha puesto en duda su carácter mitad-divino en nombre de la razón. Una sociedad que desea la paz considera, cada vez más, que los valores guerreros encarnados por el héroe son obsoletos. El 15 de julio de 1735, Voltaire escribió a su amigo Thiériot, a propósito de un relato que juzgaba demasiado militarista del reino de Luis XIV: “Una esclusa del canal que une los dos mares, un cuadro de Poussin, una bella tragedia, una verdad descubierta son cosas mil veces más valiosas que todos los anales de la Corte, que todas las relaciones de campañas militares. Usted sabe que para mí los grandes hombres van primero y los héroes al final. Llamo grandes hombres a todos aquellos que han descollado en lo útil o en lo agradable. Los saqueadores de provincia no son más que héroes”.

La crítica de Voltaire se incrementa con una propuesta que viene a remplazar al *héroe* con el *gran hombre*: “Su afirmación es muy sencilla: El héroe de los campos de batalla es dañino a la sociedad, mientras que el gran hombre le otorga el don de sus obras”.¹⁷⁹ Un poco más tarde, el autor del artículo “héroe” de la Enciclopedia, el caballero de Jaucourt, retomó e ilustró la frase de Voltaire.

El elogio de los grandes hombres llega incluso a convertirse en género literario que sustituye la oración fúnebre a mediados del siglo XVIII y constituye un “momento importante en el proceso de laicización de la memoria”.¹⁸⁰ La Academia francesa organiza ese nuevo entusiasmo al poner en competencia a los hombres de letras que deben rivalizar en sus talentos para conmemorar a tal o cual gran hombre en un concurso de elocuencia que tenía lugar cada año a partir de 1759. El primer laureado, el miembro de la Academia Antoine-Léonard Thomas (1732-1785) hizo de esta práctica retórica su especialidad, hasta el punto de llevarse el premio durante cinco años consecutivos y verse consagrado como “el Plutarco de Francia”: “Gracias a él, en gran parte, el elogio sustituye irreversiblemente a la antigua oración fúnebre”.¹⁸¹ Se elige poco a los reyes, y menos aún a los guerreros; el nombre

¹⁷⁹ Daniel Fabre, “L’atelier...”, *op. cit.*, pp. 239-240.

¹⁸⁰ Jean-Claude Bonnet, *Naissance du panthéon. Essai sur le culte des grands hommes*, Fayard, 1998, p. 53.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 67.

de los elegidos evoca bien los valores que se quieren transmitir a la sociedad, valores de humanidad, de moderación en el uso de las responsabilidades, de creatividad en su actividad. Los primeros concursos de alabanzas se dirigen, en efecto, además de a Carlos v, apodado “el Sabio”, a Descartes, Molière, Fénelon, Colbert, el duque de Sully...

Definitivamente, los éxitos militares en los campos de batalla aparecen como un legado efímero a los ojos de la solidez de las obras y descubrimientos de los grandes hombres cuya contribución a la humanidad es más constructiva en la edificación de un patrimonio cultural común. En el siglo de las Luces se insiste en los méritos personales y éstos se relacionan con su capacidad de universalizar. Montesquieu expresa con la misma radicalidad que Voltaire su preocupación por llevar a cabo una inversión de la glorificación que debe dejar las altas esferas de los seres excepcionales para dirigirse hacia el hombre común: “Nacidos para la mediocridad, nos sentimos abrumados por las mentes sublimes. Para que un hombre esté por encima de la humanidad, los otros deben pagar un precio muy alto”.¹⁸² En *El espíritu de las leyes*, concentra el interés en lo que califica de “grandes hombres moderados” y ve en ellos una ejemplificación de ese tipo de responsable en la persona de Carlomagno. Lo erige como modelo pedagógico, como modelo de estilo de vida para su tiempo: “Ese príncipe prodigioso era extremadamente moderado; su carácter era suave; sus modales, sencillos; le gustaba vivir con la gente de su corte... un padre de familia podría aprender, en sus leyes, a gobernar su casa”.¹⁸³ Sin embargo, Daniel Fabre nos advierte, con razón, de las extrapolaciones demasiado rápidas según las cuales ya no habría culto alguno al héroe si dependiera de las frases cáusticas de Voltaire, puesto que el mismo Rousseau es autor de una obra sobre las virtudes heroicas.¹⁸⁴

El siglo XIX, con la progresión de los valores liberales y democráticos, aliada ésta con el incremento del problema social, profundiza esta crisis del héroe al oponer a ella una estrategia de la sospecha para hacer valer otras lógicas más colectivas, dirigidas a la sociedad. En el plano literario, el cuestionamiento del genio solitario se incrementa con una inquietud por pluralizar los enfoques del individuo, como lo sugiere Victor Hugo en el prólogo de *Cromwell*: “Una descalificación y una ‘banalización’ del héroe, pasan, por tanto, a la vez como una descalificación de su ser y de su hacer, de lo que él es y de lo que él hace, o sea, como una cierta *desvalorización* y *desdramatización de su acción*, dos

¹⁸² Montesquieu, *Dialogue de Sylla et d’Eucrate* (1724), en *Œuvres complètes*, Seuil, 1964, p. 158.

¹⁸³ Montesquieu, *L’esprit des lois*, xxxi (xviii).

¹⁸⁴ Jean-Jacques Rousseau, *Discours de la vertu la plus nécessaire au héros*, 1751.

movimientos que están a la par con una *multifocalización* general del sistema de los personajes”.¹⁸⁵ El ascenso al poder de los personajes secundarios, así como la consideración de la psicología de las masas (Gustavo el Bueno) y de las peticiones de una opinión pública cuya existencia descubrimos: todo ello des-centra al héroe, tiende a banalizarlo, aunque el término se use todavía. Stendhal lo utiliza, pero, como lo subraya Philippe Hamon, lo hace en un contexto nuevo que hace manifiesto su carácter marginal, ya que el héroe revela, para él, una “cierta facticidad”.¹⁸⁶ Stendhal está en una constante distancia irónica, provoca una complicidad entre el narrador y el lector a espaldas del personaje que, aunque pocas veces está en situación heroica, se piensa como héroe, lo que multiplica el efecto de ironía. La literatura novelesca del siglo XIX escenifica bien al héroe, pero a partir de una postura distanciada e irónica que rompe con el *exemplum* que invitaba a la identificación: Pasamos así de una estética de la intensidad, de la concentración, de la focalización ideológica sobre un punto único, a una estética de la puntuación divisoria, de una escritura fonológica a una escritura dialógica (Bajtin).¹⁸⁷

Sin embargo, el héroe no desaparece del panorama, y la identidad patriótica que se refuerza en el siglo XIX incluso ve alguna llama nacionalista, exalta los valores heroicos de algunas figuras cuya temeridad, valor en el combate y don de sacrificio siguen alimentando el mensaje de una República siempre enfrentada con el fenómeno de la guerra. Es el caso explícito para los personajes más célebres del Panteón nacional que en ese entonces son Juana de Arco, Du Guesclin, Bayard y Napoleón. Pero es verdad que el siglo XIX va a ampliar el abanico de aquellos de quienes se relatan las gestas: “El Gran Hombre, a diferencia del héroe, siempre con botas y casco (real o simbólicamente), se presta a múltiples personificaciones, según los autores del siglo XVIII. Puede ser el atleta, el sacerdote, el defensor de la patria; puede brillar tanto en el orden de la inteligencia como en el de la acción guerrera. Puede ser el orador, el filósofo, el legislador, el magistrado, el negociante generoso, y también, ¿por qué no?, el mecenas”.¹⁸⁸ La ampliación del calificativo a lo que hasta entonces había estado reservado sólo a la esfera militar, viene acompañada de una actualización de la concepción antigua de Plutarco y Suetonio

¹⁸⁵ Philippe Hamon, *Texte et idéologie*, PUF, 1984, p. 70.

¹⁸⁶ *Ibid.*, p. 90. Ejemplo: Stendhal: “Confesaremos que nuestro héroe era mucho menos héroe en ese momento”, en *La cartuja de Parma*, cap. III, “Fabricio en Waterloo”; o también: “Lucien se creía el héroe de la conversación; nuestro héroe no soportaba ese placer”, en *Lucien Leuwen*, cap. IX.

¹⁸⁷ Philippe Hamon, *op. cit.*, p. 102.

¹⁸⁸ Jean-Noël Jeanneney, en Jean-Noël Jeanneney y Philippe Joutard, *Du bon usage des grands hommes en Europe*, Perrin, 2003, p. 17.

de vidas relatadas por su carácter ejemplar en el plano de sus virtudes, del respeto a la buena moralidad.

La idea de elogiar a los grandes hombres de la nación en un templo dedicado a ellos fue un proyecto anterior a la Revolución francesa, y se llevó a cabo con Quatremère de Quincy en abril de 1791, tras la muerte de Mirabeau. La asamblea decidió entonces que la nueva iglesia de Santa Genoveva estaría “dedicada a recibir las cenizas de aquellos que hubieran merecido la Patria”.¹⁸⁹ El nombre “Panteón francés” se adoptó el 19 de julio de 1791 y la inscripción grabada sobre el frontispicio define el objeto del nuevo culto: “A los grandes hombres, la patria agradecida”. El marco matricial de la discriminación para saber quién es un gran hombre es, por tanto, en seguida el marco nacional, pero el don para la patria lleva en sí mismo un mensaje que pretende universalizar. Madame de Staël pudo así proclamar que “los grandes hombres son todos compatriotas”.

El historiador del arte Jacob Burckardt, hostil a la idea de teodicea hegeliana, consideraba que el acceso a lo universal debía necesariamente pasar por el individuo, ya que su trayectoria concreta está hecha tanto de pruebas como de retos discriminantes en cuanto a su grandeza histórica. Él define la noción de gran hombre como influencia de su época y cree útil su existencia para el bien público: “Los grandes hombres son necesarios a nuestra existencia, con el fin de que el movimiento de la historia pueda periódicamente liberarse de las formas de vida puramente exteriores y muertas, así como de la palabrería racionalizadora”.¹⁹⁰ Pide a sus contemporáneos que estén atentos al surgimiento de la grandeza en todas sus formas. Según Burckardt, es perceptible, sobre todo, en las obras de arte, pero puede personificarse así en algunos otros individuos. El observatorio privilegiado para descubrir su existencia es la manera en la que se efectúa la confrontación del gran hombre con los acontecimientos históricos. La grandeza más irremplazable se encuentra incluso en la singularidad del acto creador; Burckardt da el ejemplo de descubridores como Cristóbal Colón; reconoce su grandeza y, a la vez, agrega que se puede imaginar un descubrimiento de América sin él, mientras que las obras de Esquilo, de Fidias, de Platón o de Rafael no podrían haberse llevado a cabo sin ellos.

El gran hombre es aquel que logra hacer coincidir su determinación personal y la voluntad colectiva de una época: “El destino del gran hombre es encarnar una voluntad que supere lo individual y que, según su punto de

¹⁸⁹ Véase Jean-Claude Bonnet, *Naissance du panthéon. Essai sur le culte des grands hommes*, Fayard, 1998.

¹⁹⁰ Jacob Burckardt, *Considérations sur l'histoire universelle*, Payot, PBP, 1971, p. 275.

partida, se llama o bien voluntad de una nación, o de una colectividad, o bien voluntad de una época".¹⁹¹ Esto legitima el hecho de dar importancia al destino y a la vocación de algunos individuos elegidos por el biógrafo por su capacidad de cumplir con las pruebas históricas de la grandeza.

Además de algunos grandes hombres homenajeados por la nación agradecida, el siglo XIX, después de la ruptura de la Revolución francesa, se esforzó por inscribir en un repertorio el vivero de los hombres que hubieran adquirido cierta notoriedad en su campo de competencia; vemos una proliferación de colecciones biográficas que tratan de articular individualidad y ejemplaridad. Uno de los artífices de ese tipo de obra biográfica es Charles Nodier: "Ya que la historia de los hechos está mezclada inseparablemente con la de los hombres, el biógrafo debe, en cuanto que es historiador, profundizar en su tema, elevarse naturalmente a la grandeza de los tipos, descender sin esfuerzo hasta las particularidades individuales, y sembrar las enseñanzas y el pensamiento en el tejido de sus narraciones. De lo contrario, la *Biografía* no es más que una nomenclatura sin movimiento y sin alma".¹⁹² La biografía se presenta, entonces, como una subdisciplina auxiliada por la historia, uno de sus múltiples materiales de base. Pierde, al mismo tiempo, su legitimidad en cuanto que es simple instrumento al servicio del noble trabajo del historiador. Mediante ese estado de avasallamiento reivindicado como tal, Gustave Vapereau define la función biográfica a mediados del siglo XIX: "Al reunir... el conocimiento exacto y completo de los hombres de nuestra época, teníamos un doble propósito: facilitar, en el futuro, la tarea de la historia, y satisfacer, en el presente, una curiosidad legítima".¹⁹³

Loïc Chotard señala desde principios del siglo XIX este verdadero entusiasmo, una pasión de los lectores por la biografía de los contemporáneos. Suscita una curiosidad a la que trata de responder Gustave Vapereau. Pone esta nueva pasión en relación con la pérdida radical de las referencias tradicionales en el transcurso del periodo revolucionario de 1789 a 1815, que provoca en el público el deseo urgente de situarse concretamente y con conocimiento de causa.¹⁹⁴ El hecho de restituir con precisión las trayectorias de aquéllos llamados a tomar responsabilidades también se ve como un principio de regulación según el cual cada aspirante a una posición de poder tendrá cuidado de actuar de acuerdo con el código moral vigente, ya que habrá

¹⁹¹ *Ibid.*, p. 268.

¹⁹² Charles Nodier, "Discours préliminaire", en L.-G. Michaud (dir.), *Biographie universelle ancienne et moderne*, nueva ed. Thoissier-Desplaces, t. 1, 1843, pp. v-vi.

¹⁹³ Gustave Vapereau, "Préface", en *Dictionnaire universel des contemporains*, Hachette, 1858, p. 1.

¹⁹⁴ Loïc Chotard, *Approches du XIX^e siècle*, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2000.

interiorizado el hecho de que, una vez en el poder, deberá rendir cuentas de la coherencia y la moralidad de sus elecciones y de su comportamiento: “El ojo del público que escruta sin cesar es del tipo transformado en un Dios de hoy, cuyas recompensas y castigos se distribuyen sin la mínima demora. Hay ahí una verdadera epifanía de la inmediatez”.¹⁹⁵ La diseminación de los sujetos biografiados es el corolario de una sociedad que se democratiza y añade al individuo un valor creciente. Ese vínculo, además, está explícitamente reivindicado por Baudelaire: “El inmenso apetito que tenemos por las biografías nace de un sentimiento profundo de igualdad”.¹⁹⁶

A lo largo de todo el siglo XIX, la biografía se mantiene, pero como subgénero. Se convierte en el atributo propio de los periodistas y especialmente de aquellos de la pequeña prensa con un gran tiraje. Uno de los casos más sintomáticos de los biógrafos de la época es el incendiario Eugène de Mirecourt, autor de cien retratos en sus *Contemporáneos*, publicados entre 1854 y 1856. Mirecourt concibe su trabajo de biógrafo como preliminar a la historia y al estudio de las obras literarias: “La reseña biográfica debe preceder a la crítica literaria”.¹⁹⁷ Esas pinturas de los contemporáneos, cuya legitimidad y utilidad reivindica Mirecourt, son –sin embargo– objeto de una controversia muy aguda y de resistencias reales. En los *Debates*, Jules Janin es muy polémico: “El biógrafo –dice– es un bandido de la casta de los del bosque de Bondy que golpean en las sombras y luego, cuando ven que les sangra el costado, huyen, llevándose el cuchillo sangrante que les servirá durante unos días para cortar el pedazo de pan pagado con tan gran hazaña”.¹⁹⁸ Por su parte, Mirecourt defiende el derecho del biógrafo a ir en busca de la verdad de sus personajes en todos los rincones, con el fin de satisfacer la curiosidad de lectores ávidos de aprender algo sobre la vida íntima de las personalidades que obtuvieron alguna gloria: “Sorprenderlos sin ropa como simples mortales, ahí hay, indiscutiblemente, un acicate poderoso, irresistible, un encanto al que todos cedemos”.¹⁹⁹ Mirecourt era un verdadero publicista sin escrúpulos y pagó caro el precio de sus audacias, porque nadie le perdonó haberse encontrado “sin ropa”. Después de un periodo de encarcelamiento en 1857, se lo consideró una verdadera peste entre los hombres de letras en

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 11.

¹⁹⁶ Charles Baudelaire, *Œuvres complètes*, ed. Ch. Pichois, Gallimard, Pléiade, t. II, 1976, p. 28.

¹⁹⁷ Eugène de Mirecourt, *Les Contemporains*, Pierre Dupont, p. 6; cf. en Loïc Chotard, *op. cit.*, p. 23.

¹⁹⁸ Jules Janin, cf. en Loïc Chotard, *ibid.*, pp. 24-25.

¹⁹⁹ Eugène de Mirecourt, prospecto de la edición belga de los *Contemporains*, p. 1; cf. en Loïc Chotard, *ibid.*, p. 25.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

la Sorbona como a un espectáculo. Taine incluso escribe que “se corría como a la Ópera”.²¹⁰ Desde la perspectiva definida por Victor Cousin, los historiadores románticos consideraban la historia como el despliegue inexorable de un plan presentado por una razón desconocida para la razón de los actores. Esto no excluye al gran hombre, pero con la condición de que encarne esta marcha histórica y se inscriba así en un camino teleológico.

El 26 de junio de 1828, Victor Cousin dedica su décima clase a los grandes hombres: “Hoy iremos de los pueblos a esos individuos eminentes que los representan en la historia, y a quienes llamamos grandes hombres”.²¹¹ La concepción que desarrolla está muy marcada por la influencia que ejerce Hegel sobre él. Una vez definido el pueblo a partir de una unidad ideal, la del espíritu, del Ser en su unidad, el gran hombre es su encarnación y participa, como individuo, de su espíritu. De ahí, Victor Cousin deduce la necesidad del gran hombre al mismo tiempo que afirma que “demasiada individualidad, o demasiado poca, matan por igual al gran hombre”.²¹² Lleva a cabo en su persona la armonía existente entre la particularidad y la generalidad. Esa armonía crea la verdadera grandeza y su belleza, según Cousin. Esa dialéctica de la individualidad y de la generalidad crea al gran hombre y el interés legítimo que provoca, ya que “la humanidad no tiene tanto tiempo que perder como para ocuparse de los individuos que no son más que individuos. Un gran hombre, señores, está igualmente alejado del original y del hombre común. A la vez, es pueblo y es él mismo”.²¹³

Victor Cousin piensa que los historiadores tienen razón de interesarse en los grandes hombres, pero además es necesario que no anulen lo que éstos representan: el pueblo, el espíritu de una época, el ser profundo que encarnan, porque de lo contrario, “un gran hombre sería un insulto para la humanidad”.²¹⁴ El gran hombre está pre-construido y llega al escenario de la historia para personificar una idea, desde un enfoque teleológico, según el esquema hegeliano que retoma Cousin: “Un gran hombre... viene para representar una idea, una idea y no otra cualquiera, hasta el punto de que esta idea tiene fuerza y vale la pena representarla, ni antes, ni después”.²¹⁵ El fatalismo subyacente de esta concepción es el de una ley inexorable de la

²¹⁰ Hyppolite Taine, *Les philosophes français au XIX^e siècle*, Hachette, 1857, p. 97.

²¹¹ Victor Cousin, *Introduction à l'histoire de la philosophie*, 1828, en Marcel Gauchet, *Philosophie des sciences historiques*, Points-Seuil, col. “L'histoire en débats”, 2002, p. 261.

²¹² *Ibid.*, p. 263.

²¹³ *Ibid.*, p. 265.

²¹⁴ *Ibid.*, p. 266.

²¹⁵ *Ibid.*, p. 267.

historia que trasciende a sus actores y funciona a sus espaldas. Un destino, que en otros tiempos se llamaba Providencia o Fortuna, guía sus pasos; el signo del gran hombre es su propio éxito, su capacidad de encarnar el destino del pueblo de quien es el portavoz en un momento preciso. En este sentido, y Cousin lo afirma claramente, es conveniente distinguir al individuo del gran hombre, quien no existe más que por su capacidad de encarnar el espíritu de su tiempo, y así cristalizar en él todo lo que hasta entonces sólo estaba latente. La gloria que de ahí resulta es indudable, en la medida en que es un juicio de la humanidad, ella misma subordinada a un *télos*.

Victor Cousin hace, en seguida, una distinción entre la historia y la biografía a partir de su concepción del gran hombre. Según él, este último está dividido en dos partes: Hay en él una parte que atañe a lo excepcional y una parte ordinaria: "Sólo la primera pertenece a la historia; la segunda debe abandonarse a las memorias y a la biografía; es la parte vulgar de esos grandes destinos; es la parte ridícula y cómica del drama majestuoso de la historia".²¹⁶ El elogio del gran hombre, la forma en que se lo evalúa, no tiene nada que ver con una rehabilitación del género biográfico que se considera en gran medida como un residuo, una forma de desecho insignificante lejos de la verdadera grandeza. Por ello no puede interesar a los historiadores; el siglo XIX considera esencial esta concepción en tanto que es el siglo de la historia en gran parte presentada como una cronosofía. De acuerdo con Cousin, el historiador está habilitado para abandonar el lado biográfico de los grandes hombres, ya que no es este aspecto el que la humanidad conserva y admira. La intencionalidad de los actores importa poco y solamente los hechos verificados, las conductas públicas, son dignas de atención.

¿En qué sector de la actividad humana pueden surgir más fácilmente los grandes hombres, según Cousin? Piensa que la religión no es la solución, puesto que requiere, de quien se dedique al sacerdocio, una total abdicación de sí mismo, una renuncia a la individualidad que será un obstáculo insuperable para su grandeza individual. Por lo contrario, valoriza dos géneros que se prestan para expresar la grandeza: la guerra y la filosofía. La razón obra a la vez en los campos de batalla y en las controversias filosóficas para imponer su ley de acuerdo con la concepción hegeliana de la historia, valorizando esos dos modos de expresión, la guerra y la filosofía. Cousin, en ese principio del siglo XIX, indica el camino que han seguido todos los historiadores de ese siglo, el de asumir una herencia histórica enraizada en el tiempo: o bien la figura del héroe guerrero, al convertirlo en la modernidad augurada por la

²¹⁶ *Ibid.*, p. 273.

Revolución francesa, o bien la figura del filósofo, representada por el ejercicio de la razón.

En esos años, en la filiación de Victor Cousin, se esboza una historia-ciencia con Quinet, Guizot, Thierry, Taine y Michelet, a la vez que sigue estando en tensión con el modelo artístico de la literatura.²¹⁷ Ni siquiera con un modelo extraído de la novela histórica de Walter Scott, Augustin Thierry, lector apasionado de su *Ivanhoe*, deja de defender una lectura de la historia que juzga científica. Incluso erige un motor del proceso histórico con lo que considera ser la guerra de las razas. La matriz de ese discurso histórico en tensión entre su vocación científica y su vocación artística es la edificación de la conciencia nacional que confiere a los historiadores un magisterio de primer plano a lo largo de todo el siglo XIX. En ese sentido, Augustin Thierry lleva a cabo una inversión radical que desplaza la mirada del historiador, hasta entonces concentrada en las elites del poder, hacia las masas, el pueblo, la clase media, a la que se otorga una gran importancia. Resulta de ahí una historia desde abajo, verdadero contrapunto en relación con la antigua glorificación de los héroes: “La historia de Francia, tal como nos la presentan los escritores modernos, ya no es la verdadera historia del país, la historia nacional, la historia popular... nos falta la historia de los ciudadanos, la historia de los súbditos, la historia del pueblo”; “nos precedieron de lejos, para abrirnos un gran camino, esos siervos de la gleba que levantaron, hace setecientos años, los muros y la civilización de las antiguas ciudades galas”.²¹⁸

La preocupación democrática por dar a las masas su justo lugar en la historia hizo que toda la generación romántica se apartara del género biográfico, que no podía (tomando en cuenta las huellas documentales existentes) más que provocar un relato que beneficiara a los gobernantes. Augustin Thierry, indudablemente el más reticente para admitir alguna personalización de la historia, por ser el más radical debido a su valorización de la guerra de las razas, admite –sin embargo– que es conveniente que haya grandes hombres, pero en los límites de una función precisa que deben cumplir en el proceso histórico. El gran hombre es, entonces, la encarnación, el portavoz, no de lo divino, sino de una nueva sustancia que habita y que, en ese siglo XIX, es el alma nacional.

Son raros, por tanto, los historiadores de esa época que se aventuraron a las biografías. Ernest Lavisse es un poco la excepción, ya que dedicó dos obras de tipo biográfico a Federico el Grande.²¹⁹ Pero también está Ernest

²¹⁷ Véase Marcel Gauchet, *op. cit.*

²¹⁸ Augustin Thierry, *Lettre sur l'histoire de France*, primera carta, 1820, en Marcel Gauchet, *ibid.*, p. 73.

Renan, ese historiador de la escuela metódica quien, a la vez que valoriza las cosas anónimas del espíritu, escribe una *Vida de Jesús*.²²⁰ Además, se explica a modo de justificación sobre lo que podría parecer paradójico a un historiador de oficio: “La primera vez que concebí una historia de los orígenes del cristianismo, lo que quería hacer, era, en efecto, una historia de las doctrinas en las que los hombres casi no desempeñarían parte alguna... Pero comprendí, desde entonces, que la historia no es un simple juego de abstracciones, que los hombres son en ella más que doctrinas. No fue una cierta teoría sobre la justificación y la redención lo que generó la Reforma: fue Lutero, fue Calvino”.²²¹

El gran historiador Jules Michelet no escribió realmente biografías. Sin embargo, dedicó su tesis doctoral, a los veintiún años de edad, a Plutarco y a sus *Vidas de hombres ilustres*; planteó el problema del lugar del heroísmo en el desenvolvimiento de la historia y se preguntó “en qué condiciones puede ser verdadera una biografía heroica, de qué manera el historiador podría hacer que ‘esos colosos que nos intimidan en la historia’ nos sean familiares, de qué manera podrían verse más claros por sus explicaciones, o ser admitidos en sus relatos”.²²² De hecho, construyó la gran obra que le tomó alrededor de cuarenta años, su *Historia de Francia*, al hacer una biografía de la nación francesa. Concibió y vivió a ésta como a una persona. Francia es una totalidad orgánica que no puede subdividirse. Está animada por un alma que la pone en marcha y, cuando Michelet se dedica a armar una intriga en su historia, tiene la oportunidad de hacer un verdadero traslado místico. Celebra a Francia como se celebra una misa. La inversión que de ahí resulta es espectacular, ya que la pasión que impulsa al historiador Michelet en su ambición de lograr la resurrección del pasado nacional, termina por crear una obra biográfica al darle su personalidad al historiador que él es: “Mi libro me creó. Soy yo quien fui su obra. Ese hijo hizo a su padre. Si primero salió de mí, de mi tormenta (confusión aún) de juventud, me devolvió mucho más en fuerza y en luz, incluso en calor fecundo, en poder real de resucitar el pasado. Si nos parecemos, está bien. Los rasgos que tiene de mí son en gran parte los que yo le debía, que tenía yo de él”.²²³

²¹⁹ Ernest Lavisse, *La jeunesse du grand Frédéric*, Hachette, 1891; *Le Grand Frédéric avant l'avènement*, Hachette, 1893.

²²⁰ Ernest Renan, *Vie de Jésus*, (1863), Arléa, 1992.

²²¹ Ernest Renan, *Vie de Jésus*, cf. en Alice Gérard, “Le grand homme et la conception de l'histoire au XIX^e siècle”, en *Romantisme*, op. cit., p. 42.

²²² Paul Viallaneix, “Le héros selon Michelet”, en *Romantisme*, 1-2, 1971, p. 103.

²²³ Jules Michelet, *Histoire de France*, prólogo de 1869, Marpon & Flammarion, 1879.

Michelet lleva a cabo un verdadero traslado de lo sagrado, y concibe la historia como mucho más que un oficio; es una vocación espiritual y una capacidad de volver a hacer vivir y a encontrar el sentido de la vida para los muertos. Al igual que para muchos historiadores de su generación, Francia sustituyó a Dios como encarnación de una ley trascendente: “Es a ti a quien pido ayuda, mi noble país; es necesario que hagas las veces del Dios que se nos escapa”.²²⁴ Michelet celebra a Francia y con ella al pueblo francés. Este último es una de sus abstracciones personificadas que dan impulso a su relato histórico. Incluso escribe un libro en 1846 al que da el título *El pueblo*, y expresa con precisión en su dedicatoria a Edgar Quinet: “Este libro es más que un libro; es mi mismo ser”. Para él, como lo vio claramente Roland Barthes, el pueblo desempeña el papel de piedra filosofal, de sustancia-clave, de fundamento ontológico de la historia, y Michelet se esfuerza por darle otra vez existencia gracias a la historia, al hacer hablar a los mudos, al dar la palabra a los sin-voz.

Michelet, impregnado de las tesis filosóficas de Vico, ¿abandonó –no obstante– totalmente el papel de los individuos y de las trayectorias biográficas en su *Historia de Francia*? Nada de eso es cierto; los personajes importantes cuya vida y milagros relata son plétora en su narración, pero están ahí como encarnación del espíritu general en su papel de grandes hombres. En ese sentido, el héroe de los héroes de su historia es incuestionablemente Juana de Arco, quien, además del hecho de representar al pueblo por su origen, forma parte de los oprimidos puesto que es mujer. El héroe, según Michelet, no es un gigante entre los enanos, y la lección de Juana de Arco lo demuestra muy bien, “a partir de entonces, veía en el héroe a una persona sencilla entre los sencillos, un niño entre los niños”.²²⁵ El gran hombre de Michelet es, por tanto, esta mujer, figura ideal de una gesta heroica llevada a cabo a lo largo de un calvario que sigue un cierto número de lugares desde la Revelación de las voces que la dirigen en el bosque hasta la Pasión sentida en Ruán. Símbolo del pueblo en cuanto que es una pastora inculta, símbolo de pureza en cuanto que es virgen, símbolo patriótico en cuanto que es mártir: El relato de su vida vale por su capacidad de representar la nación eterna para Michelet, y no como restitución de una trayectoria singular. Además, Michelet tiene cuidado de no personalizar demasiado su relato histórico: “No prodigo ningún héroe en mis libros”.²²⁶

²²⁴ Jules Michelet, *Journal*, t. 1, 7 de agosto de 1831, p. 83.

²²⁵ Paul Viallaneix, *op. cit.*, p. 107.

²²⁶ Jules Michelet, *Histoire de la Renaissance*, prólogo, en *Œuvres complètes*, Flammarion, 1974, t. IV.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

social, fuente de desesperación interior, ilumina la trayectoria del compositor mucho más que la referencia a un talento genial puramente interior, separado de la sociedad. Elias se mantiene ahí alejado de la concepción “heroicizada” de la creación: “Es una de las múltiples formas de deificación de los “grandes” hombres, cuyo revés es el desprecio de los hombres ordinarios. Por el hecho mismo de que se eleva a un individuo por encima de la medida humana, se rebaja a los otros”.²⁸⁵ No le satisface la dicotomía que se practica por lo general y que opone el artista genial, verdadero superhombre, al hombre Mozart, más o menos despreciado. Su tentativa de biografía socialmente situada quiere ser una alternativa de vocación heurística.

Hoy en día, Antoine Hennion, un investigador del Centro para la Sociología de la Innovación de Bruno Latour y Michel Callon en la Escuela de Minas, intenta un acercamiento sociológico de los compositores.²⁸⁶ Al retomar el modelo de las ciudades de Luc Boltanski y Laurent Thévenot, Hennion se interroga, junto con el musicólogo Joël-Marie Fauquet,²⁸⁷ sobre Juan Sebastián Bach, convertido en la personificación misma de la grandeza musical en la Francia del siglo XIX.²⁸⁸ Los autores se esfuerzan en pensar en los ingredientes característicos de esa grandeza y se convierten en críticos del enfoque que se limita exclusivamente a la vida del compositor y que considera que nuestro gusto contemporáneo es fruto de toda una historia, la de su huella, la de las distintas interpretaciones que se le han dado para que la conozcamos. Su proyecto tampoco es una historia de la recepción de Bach en el siglo XIX, que presupondría una obra ya constituida por entero. Los autores pretenden dar cuenta de los usos de Bach, y con ello evidenciar “el carácter activo y productivo del gusto”.²⁸⁹

Según los autores, este estudio de caso hace surgir un cambio cuando Bach se convierte en sinónimo de la música. El compositor cambia entonces de estatus y la música se convierte en Bach. A pesar de que los autores descubren, en el relato de vida, trampas, una intención moral y un exordio a la admiración y a la imitación, no pretenden descalificar el proyecto biográfico, sino “recalificarlo: subrayar en él explícitamente el carácter comprometido, actuante”.²⁹⁰

²⁸⁵ *Ibid.*, p. 82.

²⁸⁶ Véase François Dosse, *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*, La Découverte, 1995.

²⁸⁷ Joël-Marie Fauquet, *César Franck*, Fayard, 1999.

²⁸⁸ Antoine Hennion y Joël-Marie Fauquet, *La Grandeur de Bach. L'amour de la musique en France au XIX^e siècle*, Fayard, 2000.

²⁸⁹ *Ibid.*, p. 16.

²⁹⁰ *Ibid.*, p. 99.

De parte de la filosofía, Vladimir Jankélévitch, gran aficionado a la música, también dedica monografías a compositores. A diferencia del uso dominante en los musicólogos, mezcla la vida y la obra alrededor de un eje problemático que es el de su epistemología comprensiva, buscando en el músico una modalidad del pensamiento del tiempo, del instante, de lo impalpable, de lo fugitivo, de todo lo que escapa a la racionalidad racionalizadora. Encontramos toda la temática propia de este filósofo en su lectura de la vida de los músicos:²⁹¹ “En musicología, no se lo toma en serio puesto que no se lo considera musicólogo. Pero, según yo, es una de esas raras mentes que plantean la pregunta del porqué de la música. Elabora una filosofía de la creación musical en la que ambos, el tema y también el tiempo, son importantes. Resulta de ahí un análisis de la modernidad naciente, marcada por Bergson”.²⁹²

²⁹¹ Vladimir Jankélévitch, *Fauré et l'inexprimable*, Plon, 1974; *Debussy et le système de l'instant*, Plon, 1976.

²⁹² Bruno Moysan, conversación con el autor.

LA EDAD MODAL

.....

Ese segundo tiempo de la escritura biográfica, que corresponde a la vez a un momento histórico y a una modalidad del enfoque siempre real del género, consiste en descentrar el interés en la singularidad de la trayectoria descrita para verlo como representativo de un enfoque mayor. La biografía modal pretende llegar, a través de una figura particular, al ideal-tipo de la sociedad que esa figura representa. El individuo no tiene valor, entonces, más que en la medida en que ejemplifica lo colectivo. Lo singular se convierte en una entrada a lo general, y revela al lector el comportamiento promedio de categorías sociales de un cierto momento.

I. EL ECLIPSE DE LA BIOGRAFÍA

Como ya dejamos entrever, el siglo XIX, siglo de la historia, no es propicio para el florecimiento de biografías eruditas. La escritura biográfica –género de pacotilla, despreciado– se deja a los aficionados. A principios del siglo XX, la situación no mejora; incluso tiende a agravarse. La historia, en la cima de su gloria, en su verdadera edad de oro, se ve entonces cuestionada en su postura de maestra por las jóvenes ciencias sociales preocupadas, ante todo, por la científicidad, y especialmente por una sociología fuertemente inspirada en Durkheim y particularmente vindicativa. El durísimo asalto de los sociólogos a la fortaleza historiadora tuvo como efecto relegar aún más la biografía al gueto de la insignificancia.

En la base de esta relegación del género biográfico, podemos mencionar el cambio súbito que se dio desde fines del siglo XVIII de un régimen de

historicidad a otro. Como lo señaló Koselleck, la *historia magistra vitae*, que consistía en voltear a ver el pasado para preparar mejor el futuro al regresar a algunas figuras maestras de vida y sacar lecciones de la experiencia de los otros, es un *topos* en vías de disolución en la época moderna. Se crea un corte entre el pasado y un presente que voltea hacia un futuro considerado fundamentalmente distinto de la tradición, dirigido hacia el progreso y la modernidad. La experiencia tradicional se encuentra entonces desechada a la orilla de un camino que ya no está trazado. El pasado se sitúa, entonces, en una relación de discontinuidad con el futuro. La historia se convierte en ciencia de lo único, de lo singular y ya no de lo reiterable, de la ejemplaridad repetida: “El progreso va a ser la primera categoría en la que se expresa la definición del tiempo que trasciende a la naturaleza, inmanente a la historia. La filosofía, en la medida en que capta la historia-*Geschichte* en singular como un todo homogéneo y la transpone en términos de progreso, necesariamente priva de toda significación a la fórmula de una *Historia magistra vitae*”.¹ La historia se hace autónoma en el transcurso del siglo XIX. Se dirige a un *telos*, a un futuro que la lleva hacia un mundo mejor y diferente del pasado. En ese sentido, el estatus de la biografía se vuelve problemático, como lo señala Jacques Revel: “En todo caso, perdió el carácter de evidencia que fue suyo durante largos siglos”.²

Las ciencias sociales que nacen a principios del siglo XX son especialmente sensibles a esta mutación, porque están en situación de ruptura con la tradición académica, dirigidas hacia un futuro concebido como progreso y, además, en busca de un lugar en el campo de la legitimidad científica. En 1903, en la *Revue de synthèse historique* [Revista de síntesis histórica], el sociólogo durkheimiano François Simiand invitó a los historiadores, de manera polémica, a despojarse de sus tres ídolos: la cronología, la política y el ídolo biográfico:

El ídolo individual o la empedernida costumbre de concebir la historia como una historia de los individuos y no como un estudio de los hechos, costumbre que lleva todavía –por lo general– a ordenar las investigaciones y los trabajos en torno a un hombre, y no en torno a una institución, a un fenómeno social, a una relación que debe establecerse... Aun para un Colbert, no es seguro que el marco biográfico e

¹ Reinhart Koselleck, “*Historia magistra vitae*. ‘De la dissolution du *topos* dans l’histoire moderne en mouvement’”, en *Le futur passé*, (1979), ed. EHESS, 1990, p. 48.

² Jacques Revel, “La biographie comme problème historiographique”, en *Montagnes. Méditerranée. Mémoire. Mélanges offerts à Philippe Joutard*, publicado por la Universidad de Provenza, 2002, p. 473.

individual sea el mejor ni el más singular. Pero, ¿por qué no prohibir, en principio, esos estudios de instituciones llevados a cabo con motivo de un hombre secundario y no exigir el estudio de las instituciones mismas? Y, finalmente, ¿por qué no eliminar por completo, por lo menos de la historia científica, esos trabajos dedicados a simples y sencillas biografías del insignificante primo lejano de un gran hombre, y no juntar, en la historia anecdótica y la novela histórica, los “problemas laborales” con todas las “Familias de Napoleón”, ya que somos absolutamente ignorantes de la vida económica de Francia durante la Revolución y el Imperio? Los recursos humanos no son suficientemente numerosos, el tiempo no es tan abundante como para hacer esto o lo otro. Hay que sacrificar uno o el otro.³

Este ataque contra la biografía toma gran importancia en la medida en que el programa de Simiand se convierte en la matriz misma del paradigma de los *Annales* en 1929. Al mismo tiempo, es conveniente relativizar la ruptura que llevó a cabo la revista de Marc Bloch y Lucien Febvre en ese campo, ya que la historia académica de hecho abandonó el género biográfico a lo largo de todo el siglo XIX, y aun es el caso en ese principio del siglo XX.

La sociología pretende elucidar fenómenos sociales a partir de esquemas explicativos referentes a lógicas que se refieren únicamente a la sociedad. Durkheim considera que la sociología tiene vocación para llegar a ser “la ciencia social” que absorba, a su paso, todas las otras, gracias a su capacidad de convertirse en una ciencia nomológica. En nombre de la ruptura epistemológica, la sociología durkheimiana pretende eliminar la ecuación personal del investigador a partir de un estricto objetivismo de su método. Además, el objeto observado es simple y sencillamente cosificado, según el principio de que “los hechos sociales son cosas” y que esas cosas se manifiestan por la coacción que ejercen sobre el individuo: “Hecho social es cualquier manera, establecida o no, de hacer susceptible de que se ejerza sobre el individuo una coacción exterior o, aún más, que esté generalizada a toda una sociedad dada, a la vez que tiene existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales”.⁴ A partir de ese principio de exteriorización, las prácticas sociales, tanto las jurídicas, las morales, las económicas y las pedagógicas, como otras, son todas consideradas como cosas, de la misma manera como el físico observa su campo de experimentación. De ello resulta que es conveniente hacer sociología sociológicamente, es decir, nunca utilizar otros modos explicativos

³ François Simiand, “Méthode historique et science sociale”, en *Revue de synthèse historique*, 1903; reed. en Marina Cedronio (selección y presentación), *Méthode historique et science sociale*, Editions archives contemporaines, 1987, pp. 166-168.

⁴ Émile Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, (1895), PUF, 1963.

que no sean los que atañen a la sociología. Durkheim da como ejemplo un fenómeno que aparece como el más alejado de las causalidades colectivas y como el más cercano a lo íntimo: hace un estudio sobre el suicidio.⁵ Ese acto-límite aparece como un límite de la explicación sociológica en cuanto que es el acto más individual que existe, y Durkheim pretende señalar el reto para mostrar por qué la causa más eficiente debe buscarse, a fuerza de estadísticas, en el universo social.

El ser humano se considera entonces como “una cosa de la que dispone la sociedad”, y “la conciencia individual... es una simple dependencia del tipo colectivo de la que se siguen todos los movimientos”.⁶ Durkheim considera que la científicidad de la sociología se apoya en el carácter exógeno de las leyes sociales en relación con las lógicas individuales. La sociedad funciona para él de acuerdo con los principios de una física social en cuanto que ésta es un sistema de fuerzas que actúa sobre los individuos. No cambia nada el hecho de que él rechace justificadamente ese sistema; los principios durkheimianos se basan en una ontología social. Esa sociología pretende sacar a la luz un cierto número de leyes intangibles, fuertes causalidades, para demostrar la legitimidad y la eficacia de esta nueva disciplina como una ciencia totalmente aparte. A partir de esos principios, la variable humana, individual, pierde toda pertinencia e incluso se convierte en algo contra lo que tienen que prevenirse las ciencias sociales.

A partir de los años treinta, Marcel Mauss modera un poco esta concepción al hacer una reflexión menos mecanicista. De esa manera, menciona, en su diálogo con Janet y Piaget en 1931, la necesidad de una “ciencia específica de lo individual” y de una “fenomenología del individuo”.⁷ Experimenta ese enfoque en un artículo publicado en 1938 en el que pluraliza la noción de persona,⁸ pero sólo para reducir la noción de persona a una configuración particular respecto a la civilización, la de las sociedades occidentales. En definitiva, llega a compartir el punto de vista de Durkheim sobre un modo de individuación que es resultado sólo del proceso de complejidad de la sociedad: “El Mauss moralista se encuentra con Durkheim; aparece un temor en su sociología: que lo social no se disuelva, que el individuo no se hunda”.⁹ Mauss elabora para ello la noción de “persona” y de “yo”, como sociólogo, y

⁵ Émile Durkheim, *Le suicide*, (1897), PUF, 1967.

⁶ Émile Durkheim, *De la division du travail social*, PUF, 1967, pp. 100-101.

⁷ Marcel Mauss, *Œuvres*, t. 3, Minuit, 1969, p. 298.

⁸ Marcel Mauss, “Une catégorie de l’esprit humain: la notion de personne, celle de ‘moi’”, en *Sociologie et anthropologie*, PUF, 1950; reed. col. “Quadrige”, 1983.

⁹ Patrick Beillevaire y Alban Bensa, “Mauss dans la tradition durkheimienne. De l’individu à la personne”, en *Critique*, nos. 445-446, jun-jul. 1984, p. 541.

abandona los componentes lingüísticos y psicológicos: “Mi tema es absolutamente otro, y es independiente. Es un tema de historia social”.¹⁰ Propone una trayectoria temporal y espacial que pase por la antigüedad, el cristianismo y el estudio de diversas civilizaciones, y de ahí deduce el carácter reciente de la noción de persona, su carácter situado en una civilización particular, occidental, y la ausencia de garantía en cuanto a su futuro: “¿Quién sabe incluso si esa ‘categoría’, que todos aquí creemos que tiene un fundamento, será siempre reconocida como tal? Sólo se forma para nosotros, en nosotros”.¹¹

Cuando los historiadores Lucien Febvre y Marc Bloch lanzaron en 1929 su nueva revista que hizo escuela, *Annales d'histoire économique et sociale* [Anales de historia económica y social], asimilaron el programa durkheimiano y a la vez lo adaptaron al campo del historiador. Retomaron especialmente por su cuenta el ataque de François Simiand contra la tribu historiadora; el nuevo discurso historiador que defendían derribó los tres ídolos denunciados. El género biográfico forma parte, como la historia política, de los sacrificados en el altar de la ciencia, y durante mucho tiempo, puesto que la parte referente a lo biográfico en la revista fluctuó de 1929 a 1976 entre 0% y 0.7% del contenido de los artículos.¹² Es verdad (hablaremos de esto después) que la obra misma de los dos historiadores Marc Bloch y Lucien Febvre no se separa tan radicalmente de las tentativas biográficas que no la dejan pensar el contenido de su revista. Pero el hecho está ahí, la elección a favor de fenómenos que masifican disminuye el peso de los individuos en la historia. Las últimas frases de Marc Bloch en su obra de 1940, publicada de forma póstuma en 1946, *L'étrange défaite* [La derrota extraña], suena –por lo demás– a autocrítica y como a un replanteamiento de un cierto fatalismo del discurso de los *Annales* por haber favorecido con demasiada exclusividad el juego de fuerzas masivas, y con ello negado el papel de los individuos: “Estaba mal interpretar la historia”.¹³

El marxismo, que favorece una lectura integral de lo social y de la lucha que se libraba entre las clases sociales, tampoco otorga un lugar significativo a las lógicas individuales. El género biográfico se considera un viejo legado de la burguesía cuyo defecto esencial es ocultar la verdadera intención: disfrazar las desigualdades. Por tanto, es fuente de alienación para los lectores a quienes se ofrece a buen precio una pseudo-revanche por el sueño sobre su

¹⁰ Marcel Mauss, “Une catégorie...”, *op. cit.*, p. 335.

¹¹ *Ibid.*, p. 362.

¹² Véase François Dosse, *L'histoire en miettes. Des “Annales” à la “nouvelle histoire”*, La Découverte, 1987; reed. Pocket, 1997.

¹³ Marc Bloch, *L'étrange défaite*, (1940), ed. Francs-Tireurs, 1946, p. 189.

triste suerte cotidiana. El especialista de la crítica literaria Georges Lukacs dedica un capítulo crítico al género biográfico en su obra publicada en 1947, *Le roman historique* [La novela histórica].¹⁴ Fácilmente podremos seguir a Lukacs cuando realza la aporía biográfica en su incapacidad para restituir la riqueza y la complejidad de la realidad, pero seremos más escépticos cuando niega que cualquier enfoque de tipo psicológico sea pertinente en la comprensión de la obra de los autores estudiados. La elucidación de la literatura no puede provenir de su anclaje infraestructural, económico-social: “Las obras biográficas de nuestro tiempo, en vez de mostrar las grandes relaciones sociales objetivas y sus reflejos objetivos en la ciencia y el arte, se deleitan en describir de manera pseudo-artística, psicológicamente ‘profunda’, cada ocasión particular. Frente a ello, debemos plantear con mucho rigor la necesidad de describir las grandes relaciones objetivas”.¹⁵ Según Lukacs, las consideraciones psicológicas no atañen al campo causal: Son puramente contingentes y, en ese sentido, deben desecharse a favor de regularidades contextuales para hacer aflorar la cadena real de las causas. De acuerdo con Lukacs, el interés por la vida privada de los autores no tiene importancia. Toma el ejemplo de lo que pudiera ser una biografía de Marx que nos revelara que va y viene en su cuarto, lo que testimonian los recuerdos de Lafargue, que fuma sus puros, que sus notas, manuscritos y numerosos libros están dispersos sobre su escritorio sin orden alguno: “Todo ello es históricamente auténtico, pero, ¿hemos dado un paso que nos acerque a la gran personalidad de Marx?”¹⁶

Durante la posguerra, en 1949, Claude Lévi-Strauss retomó por su cuenta, esta vez en nombre de una antropología conquistadora, el reto de François Simiand, al comenzar así su artículo sobre las relaciones entre la historia y la etnología: “Ha pasado más de medio siglo desde que Hauser y Simiand expusieron los puntos de principio y de método que, según ellos, distinguían a una de otra: la historia y la sociología”.¹⁷ Lévi-Strauss considera que la historia no ha cambiado fundamentalmente, mientras que la sociología se ha transformado en un proyecto antropológico mucho más ambicioso, científico y capaz de representar por ella sola “la ciencia social” deseada por la escuela durkheimiana. En ese importante artículo retomado al principio de la obra *Antropología estructural*, en 1958, en el momento en el que el estructuralismo comenzaba a aparecer como la lengua común y el paradigma

¹⁴ Georges Lukacs, “La forme biographique et sa problématique”, en *Le roman historique*, (1947), Petite Bibliothèque Payot, 1977, pp. 343-368.

¹⁵ *Ibid.*, p. 349.

¹⁶ *Ibid.*, p. 353.

¹⁷ Claude Lévi-Strauss, “Histoire et ethnologie”, en *Revue de Métaphysique et de Morale*, año 54, nos. 3-4, 1949, p. 363; reed. en *Anthropologie structurale*, Plon, 1958, p. 3.

potencialmente unificador para todas las ciencias humanas, Lévi-Strauss lamenta que la disciplina histórica permanezca desesperadamente determinada por lógicas de tipo individual. El historiador “estudia siempre individuos, ya sea que éstos sean personas o acontecimientos, o grupos de fenómenos individualizados por su posición en el espacio y en el tiempo”.¹⁸ Por lo contrario, la antropología es capaz de superar, según Lévi-Strauss —que acaba de ser nombrado miembro del Colegio de Francia en 1960—, la separación entre ciencias de la naturaleza y ciencias humanas, y “no se desespera de encontrarse entre las ciencias naturales a la hora del juicio final”.¹⁹ A diferencia del historiador, condenado a los fenómenos conscientes considerados insignificantes, el etnólogo tiene acceso a los fenómenos inconscientes de una sociedad: “El etnólogo camina por delante, buscando tener... cada vez más inconsciente hacia el cual dirigirse, mientras que el historiador avanza, por así decirlo, a contracorriente, con los ojos fijos en las actividades concretas y particulares”.²⁰ Aunque la historia permanece confinada al campo de lo individual y de lo consciente, representa el nivel más pobre de las ciencias del hombre, ya que “la conciencia es el enemigo secreto de las ciencias del hombre”.²¹

La tentación de utilizar la vida del escritor para aclarar su obra dio lugar a una lucha homérica (reveladora de los envites del periodo estructuralista que oponía la nueva crítica a la antigua Sorbona): la batalla que libraron Roland Barthes y Raymond Picard a propósito del clásico de los clásicos, Racine, convertido en objeto de litigio y de escándalo. El material biográfico se sirve de este envite. La confrontación se sitúa en un momento privilegiado, a mediados de los años sesenta, en el campo de la tragedia. Opone dos protagonistas de estatus opuesto: Raymond Picard, de la venerable Sorbona, y Roland Barthes, que habla de una institución moderna pero marginal. Todos los ingredientes están reunidos, por tanto, para un duelo dramatizado. Ese combate marca un hito y los campos respectivos lo ponen de relieve para fortalecer sus respectivas trincheras; es el sitio de implicación, la fuente de identidad separada de una historia literaria, sujeta, a partir de entonces, a la confrontación de dos lenguajes ajenos uno al otro.

A partir de 1960, Roland Barthes escribe “El hombre raciniano”, que se publica en el Club francés del libro como ensayo introductorio en la edición del Teatro de Racine, y un artículo sobre Racine que se publica en

¹⁸ *Ibid.*, en *Anthropologie structurale*, *op. cit.*, p. 8.

¹⁹ Claude Lévi-Strauss, “Leçon inaugurale au Collège de France”, (1960), en *Anthropologie structurale deux*, Plon, 1973, p. 29.

²⁰ Claude Lévi-Strauss, “Histoire et ethnologie”, en *Anthropologie structurale*, *op. cit.*, p. 32.

²¹ Claude Lévi-Strauss, *Revue internationale des sciences sociales*, 1964, p. 583.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

que no es especialista. Para Picard, Barthes es “el instrumento de una crítica visceral”²⁸ que se apropia de una jerga pseudo-científica para mencionar lo inepto y lo absurdo, todo en nombre de un saber biológico, psicoanalítico, filosófico... Picard denuncia la tendencia a la generalización, a tomar el caso concreto, singular, de ese juego crítico que confunde las pistas, como si fuera una categoría de vocación universal. Con ese ritmo, el de la indeterminación moderna, según Raymond Picard, mezcla de impresionismo y de dogmatismo, “puede decirse cualquier cosa”.²⁹

Es, por tanto, un contraataque obligado de parte de un Picard que no está personalmente dotado para el estudio de Barthes sobre Racine. Además, Barthes se sorprende por la violencia de la polémica emprendida contra él. Responde a Picard mediante la publicación de *Crítica y verdad*³⁰ en 1966, año que corresponde al apogeo del paradigma estructuralista. La línea de defensa barthesiana frente a Picard es doble; reivindica los derechos del crítico como escritor, portador de sentido, verdadero creador en su propia lectura activa de la obra y, además, se convierte en representante de un discurso más científico que ya no considera la escritura como *decorum*, sino como fuente de verdad. Desde esa perspectiva, Barthes se apoya en toda la corriente estructuralista y menciona también el trabajo de Lacan, de Jakobson, de Lévi-Strauss... A la historia de la literatura tradicional, a fuerza del trabajo de deconstrucción de las ciencias humanas, sustituye una “ciencia de la literatura”³¹ y se convierte en su portavoz. Esta ciencia no se define como una ciencia de los contenidos, sino de las condiciones del contenido, o sea, de sus formas. No nos sorprende ver que Barthes encuentra el modelo de esta ciencia en la lingüística: “Su modelo será evidentemente la lingüística”.³² El lenguaje es, por tanto, el verdadero “sujeto” que sustituye la noción de autor. La investigación de un sentido oculto y último de la obra es vana, porque se apoya en una noción de sujeto que, de hecho, es una ausencia: “La literatura no menciona nunca más que la ausencia de sujeto”.³³ Al anunciar el nacimiento de una etapa histórica nueva fundada en la unidad y la verdad de la escritura, Barthes menciona la ambición de toda una generación que ve en la explosión del discurso crítico de las ciencias humanas un modo de escribir unido a la creación propiamente literaria. Evidencia y desestabiliza un discurso universitario que pretende ser sordo a un habla cada vez más exigente.

²⁸ *Ibid.*, p. 52.

²⁹ *Ibid.*, p. 66.

³⁰ Roland Barthes, *Critique et Vérité*, Seuil, 1966.

³¹ *Ibid.*, p. 56.

³² *Ibid.*, p. 57.

³³ *Ibid.*, p. 71.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Sin embargo, partiendo de la legitimidad de esta alerta, Olivier Schwartz sugiere distinguir dos planos: el registro biográfico en el sentido más amplio, y un registro más limitado, el de los “efectos biográficos” en el sentido en el que los critica Bourdieu y en el que remiten a un “yo”, a una intencionalidad fuerte y todopoderosa: “Si concedemos a Bourdieu la crítica del “efecto biográfico”, queda un problema: ¿está el registro biográfico entero ordenado exclusivamente para la producción de ese efecto?”⁶⁶ Schwartz ya no concuerda con Bourdieu en esta generalización abusiva y descalificadora. Por el contrario, hace valer otras funciones, formas y modulaciones del registro biográfico. Toma el ejemplo de los relatos de vida que inducen una cierta forma de teatralidad; sitúa a éstos como una forma de “catarsis” entrecortada de rupturas y de incertidumbres: “El narrador es aquí un sujeto enfrentado con una historia que no llega a hacer suya. Ésta puede oponerse a él por la opacidad que ahí encuentra”.⁶⁷ Estas zonas de opacidad experimentadas, esta tensión constante del conflicto de una construcción fragilizada por una trayectoria sinuosa puede conducir a la trasgresión de las normas y constituir “una dimensión ‘barroca’ de la biografía”.⁶⁸ Lo propio de ese sujeto barroco, divergente, es hacer imposible la totalización y, por tanto, el efecto-biográfico denunciado justificadamente por Bourdieu. Se entrega a la pluralidad, a un campo de fuerzas presentado por lo múltiple.

El sociólogo Howard S. Becker ya se había preocupado por esta toma de consideración de la diversidad, especialmente con ocasión de la reedición de la biografía escrita por Clifford Shaw.⁶⁹ De acuerdo con Howard S. Becker, para comprender y restituir el campo de los posibles y explicar los comportamientos sociales, corresponde al sociólogo partir, ante todo, del discurso de los actores: El método biográfico puede concebirse como una pieza que debe agregarse a la constitución de un mosaico: “La imagen del mosaico es útil para reflexionar sobre un proyecto científico así. Cada pieza agregada al mosaico enriquece un poco más nuestra comprensión del conjunto del cuadro”.⁷⁰ Esta combinación es la base del interés de la biografía de Stanley en *The Jack Roller* a partir del momento en el que se integra en el conjunto de trabajos de la escuela de Chicago. El estudio del trayecto de un delincuente sirve como prueba, como poner a prueba el marco teórico de análisis del

⁶⁶ Olivier Schwartz, “Le baroque des biographies”, en *Les Cahiers de philosophie*, n° 10, 1990, p. 177.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 177.

⁶⁸ *Idem.*

⁶⁹ Clifford Shaw, *The Jack-Roller*, Chicago, The University of Chicago Press, 1930.

⁷⁰ Howard S. Becker, “Biographie et mosaïque scientifique”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, nos. 62-63, jun. 1986, p. 106.

fenómeno marginal. Puede invalidarse la hipótesis teórica si no es compatible con el trayecto singular recompuesto gracias al método biográfico y no a la inversa. No es el caso biográfico quien debe plegarse a las exigencias de la tabla de lectura que se le aplica. Además, el enfoque biográfico ofrece la ventaja de un acceso a los procesos de subjetivación de las normas institucionales y permite por sí solo restituir los dinamismos que están en juego: “La biografía puede dar sentido a la noción así utilizada de ‘desarrollo de proceso’”,⁷¹ por el acceso que se hace posible puesto que se observan en él interacciones simbólicamente mediatizadas.⁷²

Esta perspectiva está especialmente abierta hoy en día por los trabajos de Bernard Lahire, quien, después de haber insistido sobre el carácter plural del hombre,⁷³ vuelve a las prácticas culturales de los franceses para hacer valer en ellos la heterogeneidad y el carácter singular de las combinaciones personales. Al separarse radicalmente de la visión estrechamente polemológica adoptada por Bourdieu en *La distinción*,⁷⁴ muestra cómo un mismo individuo puede tener gustos que se consideran altos en la gama de la escala de distinción, muy sofisticados, y a la vez gozar del mayor placer en actividades que se perciben como vulgares. Estos gustos culturales aparecen en su estudio, a la vez transversales a los cortes sociales y a la distinción entre cultura legítima e ilegítima.⁷⁵ Bernard Lahire recuerda así que Wittgenstein no encontraba mayor placer que ir a ver esas películas de serie B, y que Sartre leía con más gusto las novelas policíacas de la “serie negra” que a Wittgenstein. Tal pluralización del cuerpo social en individuos singulares y divergentes, incluyendo a ellos mismos, no es en lo absoluto un rechazo justificado de la trayectoria sociológica; por el contrario, la enriquece y la abre a la riqueza del continente biográfico de la pluralidad de las trayectorias individuales.

Se trata, entonces, de llevar a cabo la objetivación de la subjetividad y la subjetivación de la objetividad. Desde un enfoque cercano, que pone toda la atención en la diversidad de las temporalidades, Frédéric de Coninck y Francis Godard procedieron a hacer una distinción de las formas temporales de causalidad en el modelo biográfico.⁷⁶ Distinguen un modelo arqueológico

⁷¹ *Ibid.*, p. 108.

⁷² Véase George H. Mead, *Mind, Self and Society*, Chicago, The University of Chicago Press, 1934.

⁷³ Bernard Lahire, *L'homme pluriel. Les ressorts de l'action*, Nathan, 1998.

⁷⁴ Pierre Bourdieu, *La distinction*, Minuit, 1979.

⁷⁵ Bernard Lahire, *La culture des individus. Dissonances culturelles et distinction de soi*, La Découverte, 2004.

⁷⁶ Frédéric de Coninck y Francis Godard, “L'approche biographique à l'épreuve de l'interprétation”, en *Revue française de sociologie*, xxxi, 1989, pp. 23-53; véase también, sobre

centrado en la investigación de un punto de origen pertinente a partir del cual todo se derivaría. El investigador está ahí, en busca del acontecimiento fundador, estructurante, lo que puede ocultar muchas variantes que van de la utilización de la noción bourdieusiana de *habitus* a la utilización –más tarde– de la noción propia de psicoanálisis. Otro modelo es el del recorrido que desplaza la cuestión central en torno a fases de transición de un estado a otro, con la posibilidad de hacer prevalecer, ya sea la forma sucesiva, el orden de aparición de los acontecimientos, o situaciones de bifurcación. Finalmente, con el modelo estructural, prevalece la idea de una pre-estructuración de las trayectorias de vida en torno a evaluaciones que le son externas. Los autores aconsejan combinar esos modelos en la medida en la que cada uno tomado por separado tiene como efecto empobrecer la interpretación que se inclina por un logicismo estéril y reductor. Se trata entonces de combinar los encadenamientos, las concordancias y discordancias a partir de “conceptos biográficos intermediarios de alcance limitado”.⁷⁷ Sin embargo, esta combinatoria no tiene la pretensión de agotar un sentido siempre abierto, no saturado, ya que “el sentido de la vida de los sujetos nunca puede reducirse ni decidirse”.⁷⁸

Encontramos esta pluralización no reductora en un modelo sociológico hoy enriquecido para los historiadores, el de las economías de la grandeza, o modelo de las “Ciudades”, que llevó a Luc Boltanski y a Laurent Thévenot a construir una verdadera gramática de la acción como modelo esclarecedor de los comportamientos sociales. Esta gramática también es perfectamente apropiada para dar cuenta de la complejidad de las trayectorias individuales experimentadas por la pertenencia a muchos mundos, a muchas economías de la grandeza. Encontramos ese modelo de las “Ciudades” como modelos de grandeza de los individuos en *De la Justificación*.⁷⁹ La aportación evidente que representa la búsqueda de Boltanski y Thévenot se sitúa, sobre todo, en su capacidad de pluralizar el mundo social y de evitar así el dilema constante entre holismo e individualismo.

Confrontados con una fuente constituida por las justificaciones dadas por los actores, Luc Boltanski y Laurent Thévenot deben tomar en serio lo que dicen, sus intenciones explícitas, sus motivaciones. En esa medida rom-

las cuestiones de pluralización temporal, Jean-Claude Chamboredon, “Pertinence et fécondité des histoires de vie? Le temps de la biographie et les temps de l’histoire. Remarques sur la périodisation à propos de deux études de cas”, en Philippe Fritsch, *Le sens de l’ordinaire*, CNRS, 1983.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 52.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 53.

⁷⁹ Luc Boltanski y Laurent Thévenot, *De la Justification, Les économies de la grandeur*, Gallimard, 1991.

pen, gracias a la búsqueda misma, con la filosofía de la sospecha y la postura de revelación de la mala fe de la sociología crítica. Esta ruptura se duplica al tomar en cuenta la capacidad real, al dar forma a una competencia propia de los actores cuando argumentan su caso en relación con la justicia. Deben proceder a hacer una simetría, a desplazar el campo de competencias, dominio exclusivo –hasta entonces– del sociólogo, hacia el actor, hacia lo justiciable. El seguimiento preciso de la argumentación de las personas inculminadas permite romper con el esquema monista según el cual todo partiría de un estado de dominación que sólo se mantiene por el poder de los fuertes sobre los débiles. Se inicia entonces todo un proceso de intensificación, en generalización interna al desarrollo de la justificación. Existe, por tanto, un eje grande/pequeño que configura toda una economía de grandezas. A partir de ahí, los autores de la investigación van a llevar a cabo la ruptura decisiva al afirmar que las grandezas no son las mismas para todos, que hay muchas y de naturalezas distintas, lo que invalida cualquier análisis fundado en oposiciones únicas. El proyecto se articula entonces en torno a dos ejes que se combinan: el eje singular/general y la pluralidad de las grandezas. Para hacer valer la generalidad de su caso, los actores de conflictos tienen necesidad de demostrar el carácter público de aquello que motiva sus conflictos. En efecto, tienen necesidad de referirse a principios superiores de justicia, a una escala de valores compartidos, legitimados. Esta ambición de universalidad fundamenta, además, la distinción entre las grandezas orientadas siempre hacia una mayor universalidad y los valores que permanecen con dimensión local y singular. Las grandezas mismas son inconmensurables y definen, cada una, un mundo común de equivalencias, una humanidad común.

El problema es delimitar cuáles son esas grandezas o esas “Ciudades”. Se elabora entonces una tabla de lectura del mundo a partir de tópicos representados por “Ciudades” diferentes fundadas cada una en sus propios principios de equivalencia. Los pensamientos filosóficos crean muchos instrumentos heurísticos para la construcción de esta gramática de la justificación, no por una preocupación sobre la historia de la filosofía o sobre la convocación del saber filosófico para aclarar lo social en un segundo nivel, sino más como metaforización de lo social, como metafísicas políticas necesarias al despliegue de la razón práctica y similares al papel que desempeñaban las cosmogonías en las sociedades primitivas. Deben articularse esos modelos con la investigación del campo que está en curso, cuya teoría sigue relacionada con el trabajo empírico de observación. Es la situación que desempeña el papel más importante de determinación del comportamiento y de ajuste de los procedimientos de justificación. Ese modelo dinámico, unido a una inteligibilidad de la acción, permite evitar los dos escollos de la introspección

de las intenciones implícitas, por una parte, y de la objetivación mecanicista que tiende a doblar la acción a causalidades sistémicas, por otra. Por tanto, puede tener un valor heurístico absolutamente esencial en la escritura de las biografías al hacer valer la pertenencia de cada una a “Ciudades” de naturaleza diferente que hacen que los análisis en términos de reducción de un nivel sobre otro se vuelvan caducos.

3. LA BIOGRAFÍA SOCIAL

La biografía, esa “minusválida de la historia”, para retomar la fórmula de Marc Ferro,⁸⁰ conoció en los historiadores un largo periodo de penumbra, pero no por ello está menos presente en dosis homeopáticas en los historiadores eruditos. Por lo general, las tentativas biográficas de esos historiadores sirven para ilustrar un contexto, un momento, una categoría social. Son, entonces, como las califica Giovanni Levi, “biografías modales”.⁸¹ En el caso de esa figura, la biografía sólo es válida como ejemplificación, como ilustración de comportamientos, de creencias propias de un medio social o de un momento particular. Vale por su capacidad generalizadora y casi remite a la noción weberiana de ideal-tipo, referente al *habitus* de comportamientos de tal o cual categoría social.

Cuando Lucien Febvre inicia su obra sobre Rabelais, no le interesa tanto la singularidad de este último como el utillaje mental de su época, que trata de comprender a distancia y que cree restituir al utilizar el universo de Rabelais. Por tanto, conserva el tipo de binomio constituido por la confrontación entre el individuo Rabelais y las categorías mentales de su tiempo. En ese sentido, Lucien Febvre se dedica, de manera polémica, a una proyección anacrónica de las categorías del presente sobre el pasado. Pretende mostrar que la falta de creencia era imposible en esa época, que existía un cristianismo propio de Rabelais. Considerar a Rabelais como profeta del ateísmo indica, según Febvre, un anacronismo, que es “el pecado más imperdonable de todos”.⁸²

Lo que cuenta es el utillaje mental y éste es tributario del individuo. Este último no es más que el resultado de un tejido entre el estado de la lengua en un léxico y su sintaxis, el de sus útiles, el del lenguaje científico disponible y,

⁸⁰ Marc Ferro, “La biographie, cette handicapée de l’histoire”, en *Le Magazine de l’histoire*, abril 1989.

⁸¹ Giovanni Levi, “Les usages de la biographie”, en *Annales E.S.C.*, nov.-dic. 1989, p. 1329.

⁸² Lucien Febvre, *Rabelais ou le problème de l’incroyance au XVI^e siècle*, (1942), Albin Michel, 1968, p. 15.

finalmente, el del sistema de percepción del ambiente, ahí donde se unen tres soportes: lingüístico, conceptual y afectivo, que regulan las “maneras de pensar y de sentir”. Esta pregunta exige una interrogación doble sobre la persona de Rabelais y sobre las categorías mentales de su siglo. El plan de la obra responde a esta problemática, con una primera parte situada con el título valorizador, y que inicia con el individuo: “Rabelais, ¿el ateo?”, y una segunda parte de mayor espectro titulada: “Creencia y descreencia”. El ángulo biográfico se hace necesario por el examen de ese binomio: “Ante nosotros, algunas de las grandes mentes del siglo XVI. Y primero Rabelais. En su fuero interior, ¿quién fue en verdad este hombre?”⁸³ Para responder esa pregunta, debemos colocar la ecuación individual en el éter que era suyo, no aislar al individuo del contexto al que se encuentra unido al punto de no ser más que su emanación: “En verdad, la monografía separa lo que no es más que un retrato en busto, sin segundo plano ni ornamento. Nada de pensamiento religioso (ni de pensamiento, a secas), sin importar lo puro o desinteresado que sea, que dé color general a la atmósfera de una época”.⁸⁴ Febvre se enfrenta en esa obra con la tesis de Abel Lefranc, quien hizo de Rabelais un racionalista antes de tiempo, un librepensador. No obstante, el utillaje mental del siglo XVI no permitía, a los ojos de Febvre, irrumpir en un pensamiento lógico que nació más tarde en el siglo XVII cartesiano, con Galileo y la Gramática de Port-Royal. Muestra hasta qué punto el cristianismo dirige totalmente la vida colectiva e individual del siglo XVI: “Era el aire mismo que se respiraba”.⁸⁵ En oposición a la tesis de Lefranc que presentaba a Rabelais como precursor y jefe de filas de un largo linaje de agnósticos, señala que los escritos de Rabelais se alimentan de la cultura de los Evangelios: “La omnipotencia de Dios, su poder infinito, su poder absoluto sin límites: eso es lo que los textos de Rabelais exaltan ante todo y de todas las formas”.⁸⁶ En ese universo anterior a la gran división instituida por la Reforma en tiempos en los que el Evangelio parecía un bloque indivisible, insuperable, un credo instituido por todos para siempre, un verdadero zócalo de identidad, y “en tanto que la inspiración divina no era cuestionada, en tanto que no se llevaba a cabo un examen de las preguntas de fechas, de procedencia, de filiación”,⁸⁷ nadie pensaba que podría darse una ruptura radical en el cristianismo. Esas condiciones mentales de la época ni siquiera permitían que pudiera vislumbrarse, según Lucien Febvre, una posición de ateísmo en un “siglo que quiere creer”.⁸⁸

⁸³ *Ibid.*, p. 13.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 15.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 308.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 225.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 421.

⁸⁸ *Ibid.*, título de la conclusión, pp. 419-428.

El otro desplazamiento que Febvre llevó a cabo en relación con la ecuación individual propia del género biográfico es el de un cuestionamiento que se refiere menos a las innovaciones, a las audacias del pensamiento, que a los límites de lo pensable, a las permanencias de las mentalidades, a los automatismos de comportamiento: “El individuo siempre es sólo aquello que su época y su medio social permiten que sea”.⁸⁹ Por tanto, la biografía sólo tiene pertinencia como ilustración de esas categorías que determinan su curso. El contexto prevalece y el individuo queda reducido a no ser más que su pálido reflejo. Así, en su *Martín Lutero*, Febvre confronta la psicología de un individuo, Lutero, con el universo mental de la Alemania del siglo XVI.⁹⁰ De su encuentro nace la Reforma de la Iglesia, la disidencia con Roma. Febvre rompe con las distintas formas de “heroización” de Lutero. Para él, ya no es el peso del individuo lo que se encuentra valorizado; es el universo mental que prevalece, sitio de encuentro de aspiraciones individuales y colectivas. Esta psicología retrospectiva o psicología histórica tiene como vocación, según Febvre, restituir los marcos mentales de los periodos pasados, romper con la concepción de una naturaleza humana atemporal, inmutable, igual que con toda forma de anacronismo. La biografía que Febvre dedica a Lutero sólo toma en cuenta una parte, la primera, la de la vida del Reformador. Se dedica, sobre todo, a los años anteriores a 1525, fecha en la que Febvre confirma un “repliegue sobre sí mismo”. Por lo contrario, le interesa el joven Lutero que va a derribar el orden antiguo. Febvre parte de la singularidad del “joven Lutero, y su fuerza, y su impetuosidad, y todo lo que aportaba de nuevo al mundo al ser él mismo. Obstinadamente él mismo. Nada más que él”.⁹¹ La adecuación improbable entre ese carácter impetuoso y la cultura alemana en su punto de cristalización de la década de 1520 es el verdadero tema de estudio de un Febvre que se defiende de haber escrito una biografía: “¿Una biografía de Lutero? No. Un juicio sobre Lutero, menos aún”.⁹² Pero, después de lo que puede parecer como una forma de negación, define inmediatamente su proyecto que no es más que de tipo biográfico, como puede juzgarse: “Dibujar la curva de un destino que fue sencillo pero trágico; señalar con precisión algunos puntos verdaderamente importantes por los que pasó; mostrar cómo, bajo la presión de qué circunstancias, su primer impulso tuvo

⁸⁹ Lucien Febvre, “Histoire et psychologie”, en *Encyclopédie française*, 1938, t. VIII; reed. en *Combats pour l'histoire*, Armand Colin, 1953, p. 211.

⁹⁰ Lucien Febvre, *Martin Luther, un destin*, (1928), col. “Quadrige”, PUF, 1988.

⁹¹ *Ibid.*, p. IX, prólogo a la segunda edición (1944).

⁹² *Ibid.*, p. VII, prólogo a la primera edición (1927).

⁹³ *Idem.*

que atenuarse y modificar su trazado primitivo; platear, así, a propósito de un hombre de vitalidad singular, ese problema de las relaciones del individuo y de la colectividad, de la iniciativa personal y de la necesidad social que es, tal vez, el problema capital de la historia: Ése fue nuestro propósito”.⁹³

Esa legitimación del discurso biográfico por su valor de ejemplificación de un medio más grande o de un momento singular se encuentra muy frecuentemente en los historiadores biógrafos, pero –sobre todo– recientemente, ya que el género no olía a santidad en la cultura erudita. Cuando Pierre Sorlin publicó, en pleno periodo antibiográfico, en 1966, el *Waldeck-Rousseau* que extrajo de su tesis, se defiende de haber querido escribir una “vida de Waldeck-Rousseau” de la que especifica, por lo demás, que no hubiera tenido ninguna importancia, porque carece desesperadamente de lo pintoresco: “Waldeck-Rousseau se ve aquí como testigo de la burguesía francesa durante la segunda mitad del siglo XIX”.⁹⁴ Y el historiador concluye su tesis sobre el ideal-tipo que está en el horizonte de su investigación. Waldeck-Rousseau “es un tipo de burgués francés destacado, a fines del siglo XIX o, más precisamente aún, de burgués provincial convertido, gracias al dinero y a la política, en un gran burgués parisino”.⁹⁵

En 1968, cuando Jean-Marie Mayeur publica su tesis, una biografía del abad Lemire, ve a su héroe como representativo de un medio particular, el de los católicos franceses bajo la Tercera República, inspirados por Le Play, La Tour du Pin y Henri Lorin. Este sacerdote parlamentario fue elegido durante 35 años para ocho legislaturas, en la misma circunscripción de Hazebrouck en el norte de Francia. Se singulariza por su compromiso en el mundo político y por la duración de su arraigo electoral, pero “por mucho, el ideal político del abad Lemire es característico de todo el personal republicano en tiempos de la ‘República de los diputados’”.⁹⁶ Además, “las ideas sociales y políticas del abad Lemire no son de una originalidad especial”.⁹⁷ La restitución de su trayectoria biográfica constituye, ante todo, un simple apoyo elegido para mejor mostrar cómo ciertos medios católicos sociales respondieron a las peticiones de su tiempo: “En muchos sentidos, en efecto, el hombre es representativo. Cuando está aislado, ese mismo aislamiento es revelador”.⁹⁸

⁹⁴ Pierre Sorlin, *Waldeck-Rousseau*, Armand Colin, 1966, p. 7.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 493.

⁹⁶ Jean-Marie Mayeur, *Un prêtre démocrate. L'Abbé Lemire, 1853-1928*, Casterman, 1968, p. 606.

⁹⁷ *Idem.*

⁹⁸ *Ibid.*, p. 605.

⁹⁹ Jean-Louis Bourgeon, *Les Colbert avant Colbert*, PUF, 1973.

Con la misma inquietud por superar la ecuación puramente personal y de alcanzar un grado superior de generalización, Jean-Louis Bourgeon propone lo que califica de “ensayo de biografía social” con el caso de Colbert.⁹⁹ Su intención es insistir en el arraigo de un logro político que le debe mucho a su tejido social, a toda una filiación genealógica mediante la cual se entrevé que la visibilidad realza un milagro, sino un ascenso progresivo: “Tendemos demasiado a olvidarlo cuando hablamos de su hijo Jean-Baptiste: Si éste, después de haber hecho fortuna, sirvió a su familia, fue inicialmente porque ella lo colocó en posición de profundizar y de tener éxito”.¹⁰⁰ Las preguntas que se planteó esta “biografía social” se salen del marco de la monografía de los Colbert, que sólo figura como ilustración. Se trata de preguntarse si una familia de comerciantes posee un dinamismo superior al de los miedos de la aristocracia nobiliaria, o también si el testimonio de la huida de una cierta burguesía hacia la función pública para asegurar su ascenso social no puede verse matizado al tomar en consideración los medios del negocio particularmente activos, y cuya fortuna puede convertirse en fuente de ascenso al más alto nivel del poder, como lo confirma el caso de los Colbert.

Encontramos, todavía en 1985, en Serge Berstein esta ambición generalizadora a partir de un caso biográfico. La dimensión de modalización es, en efecto, explícita en su obra dedicada a Édouard Herriot.¹⁰¹ Al defenderse, él también, de ceder al canto de las sirenas de un género aún despreciado, considera que una biografía clásica de Herriot no tendría más que un interés histórico muy limitado, y define su proyecto como más amplio, al elegir la figura biográfica por su capacidad ilustrativa: “El interés del estudio de Édouard Herriot es que su caso no está en lo absoluto aislado, sino que es significativo del comportamiento de toda una generación alimentada por los valores de fines del siglo XIX, de la época de las grandes luchas por la República”.¹⁰² Esta adecuación de una figura singular con un medio y una época es lo que investiga el historiador, cuyo verdadero tema es el contexto histórico mismo más que el individuo biografiado.

Aún más recientemente, cuando el género biográfico ya no se consideraba deshonroso, Jean-Christian Petitfils inscribe su biografía de un gran personaje como el rey Luis XIV desde una perspectiva abiertamente modal. El rey-sol ya había dado lugar a una literatura muy abundante. Entre los detractores y los admiradores del personaje, después de la defensa de François

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 13.

¹⁰¹ Serge Berstein, *Édouard Herriot ou la République en personne*, PENSF, 1985.

¹⁰² *Ibid.*, p. 11.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Esas biografías ilustrativas enraizadas en un mundo que explica su trayecto tienen el mérito de conservar esta tensión propia de la historia entre la coherencia de un destino individual y su anclaje social. Sin embargo, podemos lamentar, con Giovanni Levi, que en numerosos estudios modales de ese tipo, “el contexto frecuentemente se describa como rígido, coherente, y que sirva de telón de fondo inmóvil para explicar la biografía. Los destinos individuales se arraigan aquí en un contexto, pero no actúan sobre él, no lo modifican”.¹²⁴ Más frecuentemente, el contexto sirve, según Giovanni Levi, para llenar las lagunas documentales de la biografía, y se utiliza como telón de fondo frecuentemente demasiado sistemático con relación al despliegue biográfico que tiene poco efecto retroactivo en su medio de origen. El historiador británico Charles Firth hizo la analogía entre ese tipo de práctica y la del sándwich: un poco de contexto, un poco de biografía, un poco de contexto...: “El resultado de ese trabajo cotidiano de censura es deprimente: El tiempo histórico aparece como un fondo de escena fijo, sin huellas digitales”.¹²⁵

La prosopografía es un género ya muy antiguo que tiene como objeto volver a situar las características de un grupo al desmultiplicar los datos de todos sus miembros. En eso se acerca a la biografía, pero sin detenerse en la singularidad de la trayectoria de cada uno. En un primer sentido, significa el establecimiento y la yuxtaposición de reseñas individuales, pero, al hacerlo en serie, va a presentar un modo de esclarecimiento útil para la historia política y social. Se empleó mucho este género en el siglo XVIII por la aristocracia inglesa; fue sobre todo un instrumento privilegiado utilizado en historia romana. A fines de los años cincuenta, se llevó a cabo un proyecto de prosopografía del Imperio cristiano. Los británicos se ocuparon de investigar los medios militares y políticos,¹²⁶ mientras que los franceses, bajo los auspicios de Henri-Irénée Marrou, adoptaron una separación geográfica de las regiones del Imperio romano. Esta investigación sobre los cristianos del Bajo Imperio iniciada por Marrou continuó más allá de su muerte, y fue publicada por André Mandouze.¹²⁷

¹²⁴ Giovanni Levi, *loc. cit.*

¹²⁵ Sabina Loriga, “La biographie comme problème”, en Jacques Revel (dir.), *Jeux d'échelles*, Hautes Études, Gallimard, Seuil, 1996, p. 230.

¹²⁶ A.-H.- M. Jones, J.-R. Martingale y J. Morris, *The Prosopography of the later Roman Empire*, Cambridge, 1971.

¹²⁷ André Mandouze (dir.), *Prosopographie chrétienne du Bas Empire*, CNRS, 1982. El volumen dedicado a la prosopografía del África cristiana incluye 2 964 personajes y tiene como objetivo un mayor conocimiento de ese medio por el posible encuentro de todas las reseñas biográficas individuales.

Esas investigaciones pretenden definir tipologías sociales mediante cotejos, promedios y diferencias. Su primer propósito es la restitución de medios sociales. El valor heurístico del método fue defendido especialmente por Claude Nicolet, quien lo considera especialmente útil para el estudio de tipo ecuestre¹²⁸ y, por tanto, un método eficaz para la historia social. Claude Nicolet ve en el historiador de la antigüedad Émile Belot (1829-1886) al verdadero iniciador de la prosopografía tal como se utilizará de ahí en adelante en los estudios de historia romana. En el segundo volumen de su gran obra sobre los caballeros romanos,¹²⁹ Belot examina casos individuales y esboza cotejos, a partir de ellos, para reconstituir la historia de sus familias. Al principio, las investigaciones prosopográficas sobre la historia romana consistían en establecer nomenclaturas en el modo del diccionario biográfico, con el nombre genérico de *Onomastica*. En un segundo momento, se procedió a la reagrupación de los individuos que tuvieran características comunes, especialmente en el plano de su inserción profesional, de su función social. La historia romana, muy concentrada en las titulaciones, desarrolló especialmente este aspecto de la investigación. Esos estudios parten del punto de vista individual, para llegar luego a un nivel colectivo: “La prosopografía, para lograr resultados vívidos, supera el punto de vista estrictamente biográfico o aun genealógico y, al practicar sistemáticamente la *puesta en serie*, acepta desembocar en los métodos de la historia social”.¹³⁰ La esfera de la prosopografía es, por tanto, esencialmente modal y el apoyo individual sólo tiene estatus como grado cero para tener acceso a la norma social general según el rigor de las leyes estadísticas que no aceptan excepciones, ya que se rechazan por insignificantes.

La prosopografía es un método de tres dimensiones: el tiempo, el espacio y el papel desempeñado: “Ese último punto permite distinguirla de un simple anuario”.¹³¹ En ese campo, los análisis y comentarios están prohibidos. Sólo es lícita la información puramente factual, producto puro de un trabajo de erudición. Sin embargo, pueden cuestionarse los límites de un

¹²⁸ Claude Nicolet, “Prosopographie et histoire sociale: Rome et l’Italie à l’époque républicaine”, en *Annales, E.S.C.*, no. 25, 1970, pp. 1209-1228; véase Claude Nicolet, *L’Ordre équestre à l’époque républicaine. 2. Prosopographie des chevaliers romains*, E. de Boccard, 1974.

¹²⁹ Émile Belot, *Histoire des chevaliers romains considérée dans ses rapports avec celle des différentes constitutions de Rome*, Durand et Pedone-Lauriel, 1872.

¹³⁰ Claude Nicolet, “Prosopographie et histoire sociale: Rome et l’Italie à l’époque républicaine”, en *Annales, E.S.C.*, *op. cit.*, p. 1216.

¹³¹ Claire Sotinel, “Prosopographie et biographie”, en *Problèmes et Méthodes de la biographie*, Actas del coloquio, La Sorbona, 3 y 4 de mayo de 1985, Sources, p. 149.

género, como lo hace Claire Sotinel, quien trabaja, con Charles Pietro en la elaboración de una prosopografía de la Italia cristiana: “Me parece imposible disociar la prosopografía del uso que puede hacerse de ella, aun cuando el trabajo se limita provisionalmente a la redacción de reseñas”.¹³²

Como lo afirma Jacqueline Lalouette, “la prosopografía no se quedó confinada a la historia antigua. Todos los otros periodos históricos se ven, más o menos rápidamente, afectados por este enfoque”.¹³³ En los años setenta, algunos congresos de medievalistas presenciaron la apropiación progresiva del método por los historiadores especialistas de ese periodo. En el marco de ese nuevo interés, Kart-Ferdinand Werner sitúa, a partir de 1967, un proyecto de historia por medio de personas citadas en las fuentes de la Alta Edad Media del siglo IV al XII.¹³⁴ En 1985, el grupo de investigación que él dirige ya había recopilado 300 000 fichas. Uno de los participantes de ese grupo, Martin Heizelmann, afirma el vínculo indisoluble entre ese sector de la investigación y la biografía,¹³⁵ y se une a la definición que preconizó Jean Maurin del género prosopográfico: “La prosopografía es la investigación de los elementos comunes y de las diferencias presentadas mediante biografías particulares”.¹³⁶ El mismo Heizelmann, para sus propios trabajos sobre hagiografías en las que es difícil encontrar huellas biográficas verídicas, utilizó la prosopografía al aislar ciertos elementos, y llegó a “datos objetivos”.¹³⁷ Para acompañar y orquestar el desarrollo de ese sector, en 1980 George Thomas Beech lanzó una revista con el título evocador del nuevo interés de los medievalistas en ese tipo de investigación, *Medieval Prosopography* [Prosopografía medieval], y en 1983, la revista *Le médiéviste et l'ordinateur* [El medievalista y la computadora] dedicó su décimo número a la prosopografía.¹³⁸

Algunas investigaciones contemporáneas también utilizaron ese método para estudiar grupos sociales. Especialmente es el caso del historiador italiano Maurizio Gribaudo a propósito de los obreros de Turín a principios

¹³² *Ibid.*

¹³³ Jacqueline Lalouette, “De l'exemple à la série: histoire de la prosopographie”, en *Siècles, Cahiers du Centre d'histoire des entreprises et des communautés*, n° 10, “Etudes prosopographiques”, Universidad Blas Pascal, Clermont-Ferrand II, 1999, p. 14.

¹³⁴ Karl-Ferdinand Werner, “Problèmes de l'exploitation des documents textuels concernant les noms et les personnes du monde latin, III^e-XII^e siècles”, en *Informatique et histoire médiévale*, Actas del coloquio de Roma, 27-29 mayo de 1974, Roma, 1977.

¹³⁵ Martin Heizelmann, entrevista en *Problèmes et Méthodes de la biographie*, Actas del coloquio, La Sorbona, 3 y 4 de mayo de 1985, *op. cit.*, p. 234.

¹³⁶ Jean Maurin, *Annales, E.S.C.*, n° 37, 5/6, 1982, p. 825.

¹³⁷ Martin Heizelmann, *loc. cit.*

¹³⁸ Información extraída de Jacqueline Lalouette, *loc. cit.*

del siglo xx.¹³⁹ Gribaudo fue en busca de una restitución histórica de ese universo industrial, y se dio cuenta, en el transcurso de su investigación, de que implícitamente había negado la importancia de las historias y de las perspectivas de los individuos, “como si los miles de individuos que poblaban las fábricas y los barrios de Turín evaluaran su posición y sus posibilidades, y tomaran sus decisiones sin verse influidos por sus experiencias pasadas ni por sus propias aspiraciones”.¹⁴⁰ El historiador empieza, entonces, un largo trabajo de búsqueda sobre el pasado familiar de los individuos; las formas de movilidad social se convierten en el centro de su investigación. El autor constituye un corpus de trayectorias familiares de más de 2 000 personas. Esa etapa prosopográfica le permitirá reconstituir las carreras profesionales y las distintas formas de relaciones familiares de su medio de obreros de Turín, al dar valor a la diversidad y a la complejidad.

Durante una mesa redonda en 1979 sobre la elaboración de un diccionario de las elites de la Francia moderna y contemporánea, el especialista de la historia de la administración de marina bajo el Antiguo Régimen, Marc Perrichet, abogó por la prosopografía como método científico. Incluso la opone radicalmente a la biografía clásica:

Indudablemente, hay por lo menos dos tipos de biografías. La que se practica más comúnmente busca y utiliza documentos, de preferencia narrativos, para describir un destino individual ilustre, dramático, o simplemente pintoresco. El medio ambiente sólo es el ornamento de la aventura, y la historia se ve engalanada con todos los atractivos de la novela. A esa forma de biografía y, espero que sólo a ella, es a la que Gaston Zeller calificaba de cizaña en el campo de la historia. Hay otro enfoque que se propone, ante todo, esclarecer el documento escrito que el historiador convierte en su maná. Este enfoque pretende identificar tanto a los que utilizan la pluma como a aquellos a quienes se dirigen, conocer su medio familiar y social, la educación que recibieron, la carrera a la que se dedicaron o buscaron.¹⁴¹

La publicación de colecciones de reseñas biográficas se considera un instrumento importante del conocimiento histórico, como la que publica François Bluche en su “diccionario genealógico”, en la que establece la filiación de 600 magistrados del parlamento de París entre 1715 y 1771.¹⁴² Por su parte,

¹³⁹ Maurizio Gribaudo, *Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XX^e siècle*, EHESS, 1987.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 15.

¹⁴¹ Marc Perrichet, “Pour une prosopographie de la France moderne”, en *Pour une prosopographie des élites françaises (XVI^e-XX^e siècles)*, mesa redonda, París, 27 oct. 1979, CNRS, p. 4.

¹⁴² François Bluche, *Les magistrats du parlement de Paris au XVIII^e siècle*, Economica, 1986.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Esa biografía inacabada de Sartre revela el proyecto de un enfoque fenomenológico y existencialista que pretende utilizar las distintas ciencias humanas: el psicoanálisis, la historia, la sociología, sin jamás ceder a ninguna de ellas, proponiéndoles un giro unitario gracias a la restitución de una trayectoria biográfica examinada desde un punto de vista reflexivo, y que valoriza un recorrido de las vivencias del sujeto estudiado: Flaubert. En ese sentido, Sartre no acepta la noción de “inconsciente” del psicoanálisis freudiano, ni la noción de lucha de clases del marxismo, pero permanece cercano a ambas. Esa biografía de Flaubert lleva a cabo, a gran escala, el proyecto definido desde 1952 en su *Saint-Genet*:

Mostrar los límites de la interpretación psicoanalítica y de la explicación marxista, y mostrar que sólo la libertad puede dar cuenta de una persona en su totalidad; hacer ver esa libertad enfrentada con el destino, primero aplastada por sus fatalidades, y luego volviéndose a ellas para digerirlas poco a poco; probar que el genio no es un don, sino el producto que se inventa en los casos desesperados; reencontrar la elección que un escritor hace de sí mismo, de su vida y del sentido del universo hasta en los rasgos formales de su estilo y de su composición.⁵²

Finalmente, ¿de quién habla Sartre?, ¿de Genet, de Flaubert o de sí mismo? Indudablemente, una circularidad une esas distintas trayectorias de obstáculos con su producto: la escritura. Al escribir Flaubert, Sartre se escribe a sí mismo, y postula, por tanto, una omnisciencia que le permite probar sus hipótesis interpretativas. Esa tentativa de biografía existencialista sigue siendo un bella obra, una tentativa siempre sugerente de biografía total, unitaria. No es nada menos, y su incompletitud también es ahí un síntoma, un aspecto de aporía. ¿Cómo puede reconstituirse esa totalidad a distancia a partir de algunos fragmentos de información, de huellas parciales? Sartre apuesta bien, pero es una apuesta imposible; de cualquier modo, Sartre tiene el mérito de haber ido hasta el fin de sus intuiciones y de sus presupuestos filosóficos.

Para Sartre, la característica ontológica del ser humano se sitúa en una nada en la que se arraiga la libertad, y que escapa a todo determinismo: “La libertad es el ser humano que saca a su pasado del juego al generar su propia nada”.⁵³ La libertad está separada de toda historicidad, de toda forma de identidad. Sin embargo, podemos preguntarnos con Ricœur si un rechazo puede ser su propio origen: “¿Puede una negación empezar en sí misma?”⁵⁴

⁵² Jean-Paul Sartre, *Saint-Genet. Comédien et martyr*, (1952), en Jean Genet, *Œuvres Complètes*, t. 1, Gallimard, 1996, p. 645.

⁵³ Jean-Paul Sartre, *L'Être et le Néant, op. cit.*, 1948, p. 66.

⁵⁴ Paul Ricœur, *Histoire et Vérité*, (1955), Seuil, 1964, p. 352.

Ricœur no refuta el recorrido del acto anulador a partir de la finitud de la existencia, sino que lo retoma en forma que lo supera. La reflexión filosófica debe, entonces, apoyarse en el núcleo de afirmación que contiene el acto de desgarramiento de lo dado, el acto de rechazo, de desprendimiento. En ese sentido, Ricœur rechaza justificadamente la falsa alternativa sartreana entre una libertad-nada, por una parte, y el ser petrificado en la esencia del otro. Ricœur aconseja plantear la pregunta del ser en su apertura. La filosofía de la nada le parece, entonces, como una filosofía truncada que no representa más que una vertiente, la única mitad de sombra de un acto total amputado de su parte luminosa sin la cual el acto mismo de negatividad no hubiera sido posible. Esta dimensión de luz se abre en un actuar; no en un desprendimiento o un desgarramiento, sino en un compromiso. La náusea no es, por tanto, el acompañamiento ineludible de ese recorrido nocturno: “Bajo la presión de lo negativo, de las experiencias negativas, tenemos que reconquistar una noción del ser que sea *acto* más que *forma*, afirmación viva, poderosa de existir y de hacer existir”.⁵⁵

2. LOS RELATOS DE VIDA

La sociología ha contribuido con fuerza a un retorno de la sensibilidad biográfica con el éxito que tuvieron, en los años setenta, los relatos de vidas anónimas que permitían ver ese mundo que habíamos perdido debido a la modernización acelerada. Los relatos de vida realzan, esencialmente, una escritura de tipo autobiográfico, proveniente de quienes no escriben; habría que preguntarse, al igual que Philippe Lejeune, para saber si pertenecen al género biográfico. Esos relatos señalan un género afín, pero distinto por el método de investigación que presuponen por parte del investigador. Se trata, según Philippe Lejeune, de un género híbrido, entre autobiografía y biografía: “Lo más sencillo es utilizar la expresión ‘relato de vida’, que nunca ha servido para designar otro género, y que ya se ve favorecido por algunos de aquellos que ejercen ese método de investigación”.⁵⁶

La desaparición del paradigma estructuralista⁵⁷ y las interpelaciones de un acontecimiento como mayo de 1968, con su parte de exigencia y de reconocimiento de la dimensión vivida de la historia, han contribuido a un cambio decisivo en las ciencias humanas. Los años setenta dieron lugar, en

⁵⁵ *Ibid.*, p. 360.

⁵⁶ Philippe Lejeune, *Je est un autre*, Seuil, 1980, p. 230.

⁵⁷ Véase François Dosse, *Histoire du structuralisme*, t. 2, *Le chant du cygne*, La Découverte, 1992.

gran medida, a la publicación de memorias, de testimonios acompañados frecuentemente de una visión nostálgica de ese “mundo que hemos perdido”.⁵⁸ Hasta ese entonces, se había considerado al individuo como una variable que había que excluir del discurso erudito. Primero los sociólogos, y luego los historiadores, se esforzaron por rehabilitar al individuo, al actor como entidad pertinente de sus investigaciones. En cuanto al público, se apasiona en esos años por relatos de vida de los anónimos, de los sin-título, de los sin-tierra, que se transformaron en verdaderos *best-sellers*. Se relata la Francia de antaño según lo vivido por tal oficio desaparecido o por tal identidad local en vía de extinción.

El acontecimiento editorial que sirve de modelo viene del extranjero. Se trata de la historia establecida por un antropólogo, Oscar Lewis, de una familia de subproletarios de México, con la que estableció lazos de amistad durante seis años, y con la que llevó a cabo horas de entrevistas grabadas.⁵⁹ A partir de esa publicación, el sociólogo francés Daniel Bertaux inicia toda una corriente de la sociología francesa en el estudio de los relatos de vida: “Al leer *Los hijos de Sánchez*, adquirí definitivamente el interés apasionado por los relatos autobiográficos... El entusiasmo y la emoción experimentados en la lectura de esa obra permanecieron conmigo durante muchos años”.⁶⁰ El historiador del IHTP* Michaël Pollak opina lo mismo que su colega sociólogo: “*Los hijos de Sánchez* de Oscar Lewis, ilustre ejemplo del método biográfico en etnología, tiene todas las cualidades de una novela familiar, lo que no le quita nada de su cientificidad”.⁶¹ En el transcurso de los años setenta, se publicaron los grandes éxitos de la colección “Terre Humaine” de la editorial Plon. Resulta de ahí todo un trabajo fecundo de deconstrucción de la dimensión de ficción que a la vez se transformó en objeto de estudio para los sociólogos.⁶² Así, Jacques Peneff se pone como tema “los mitos” en los relatos de vida, y trata de objetivizar y de tipologizar las intrigas socialmente constituidas que sirven de referencias a las autobiografías.⁶³ Jacques Peneff

⁵⁸ Peter Lasslet, *Un monde que nous avons perdu*, Flammarion, 1969.

⁵⁹ Oscar Lewis, *Les Enfants de Sanchez*, Gallimard, 1963.

⁶⁰ Daniel Bertaux, *Histoires de vies –ou récits de pratiques? Méthodologie de l'approche biographique en sociologie*, Convention CORDES, n° 23, 1971, Informe final mecanografiado, t. 1, marzo 1976, p. 1.

* N. del Tr.: El Instituto de Historia del Tiempo Presente (IHTP) es un instituto de investigación del CNRS francés (Centro Nacional de la Investigación Científica) que estudia la historia del mundo contemporáneo a partir de 1914, de manera multidisciplinaria y comparativista.

⁶¹ Michaël Pollak, “Pour un inventaire”, en *Cahiers de l'IHTP*, no. 4, 1987, p. 25.

⁶² Véase *La biographie, usages scientifiques et sociaux*, Politix, n° 27, FNSP, 1994.

⁶³ Jacques Peneff, “Le mythe dans l'histoire de vie”, en *Sociétés*, no. 18, 1988.

publica el resultado de las investigaciones sobre la vida sindical, y luego sobre los empresarios argelinos, basadas en los relatos de vida.⁶⁴ Esta intrusión de lo biográfico y de la autobiografía en las ciencias sociales desestabiliza algunos postulados “científicos” en nombre de los cuales esa dimensión había sido apartada hasta ese momento de las investigaciones eruditas, puesto que esos relatos se sitúan en un espacio medio entre escritura y lectura literarias, así como entre escritura y lectura científicas. De ahí se desarrolla una reflexión sobre las relaciones entre ficción e historia que lleva a preguntarse sobre lo que es la construcción de un relato. Como lo subrayó Michel de Certeau, se da una tensión necesaria entre esas dos dimensiones, ya que tanto la historia como la sociología progresaron y se profesionalizaron al rechazar la ficción en el pasado. La biografía es, entonces, la oportunidad para que esas dos disciplinas se adhieran a una epistemología del intervalo, media, que Certeau define por su oxímoron “ciencia-ficción”.

Al principio, sociólogos y periodistas dedican la atención y la pluma a recopilar relatos de vida destinados a conocer un gran éxito público. Las colecciones disfrutaban de ese nuevo maná: “Terre Humaine” en Plon, pero también “Mémoire vive” en las ediciones Seghers, la serie “Vécu” en Laffont, “Témoigner” y “La vie des hommes” en las ediciones Stock, “Témoins” en Gallimard, “Actes et Mémoires du Peuple” en Maspero, “Mémoires du peuple” en las ediciones Jean-Pierre Delarge... Los éxitos se multiplican, y a la cabeza está el triunfo del famoso *El caballo del orgullo*, del bretón Pierre-Jakez Hélias.⁶⁵ El novelista Alain Prévost, predecesor en relación con esa indeterminación de fondo, ya había tenido mucho éxito en 1966 al interrogar a un campesino de la región de la Beauce.⁶⁶ En 1975, el periodista Serge Grafteaux se convierte en el especialista del género.⁶⁷

Esos relatos presuponen una implicación participante del investigador. A veces son el resultado de encuentros fortuitos y fecundos, como es el caso de Adélaïde Blasquez, emigrada española, hija de un oficial del ejército republicano antifranquista, de origen modesto porque comenzó a trabajar a los dieciséis años y se hizo novelista en el exilio. Su encuentro con su vecino jubilado Gaston Lucas dio lugar a la publicación de un relato de vida de ese

⁶⁴ Jacques Peneff, “Autobiographies de militants ouvriers”, en *Revue française de Science politique*, no. 29, 1979, pp. 53-82; *Industriels algériens*, ed. CNRS, 1981.

⁶⁵ Pierre-Jakez Hélias, *Le cheval d'orgueil. Mémoires d'un Breton en pays bigouden*, Plon, 1975.

⁶⁶ Alain Prévost y Ephraïm Grenadou, *Grenadou, paysan français*, Seuil, 1966.

⁶⁷ Serge Grafteaux, *Mémé Santerre*, J.-P. Delarge, 1975; *La mère Denis*, J.-P. Delarge, 1976; *Auguste Moÿse, champenois*, 1978; *Léon Gantier, cap-hornier*, J.-P. Delarge, 1978.

antiguo cerrajero.⁶⁸ Gaston Lucas se instaló en ese inmueble del 14.º distrito de París, desde principios de los años treinta; Adélaïde Blázquez era su vecina desde hacía doce años. Pero esa proximidad desempeñó, sobre todo, el papel de filtro, al principio, ya que “para nosotros, el vecino es un enemigo en potencia que conviene mantener a distancia”.⁶⁹ Fue necesario que se produjera un drama para que el verdadero encuentro tuviera lugar. En 1972, la mujer de Gaston Lucas toca, llorando, a la puerta de Adélaïde. Su marido se había encerrado en la cocina, había abierto el gas para terminar con su vida y no quería saber nada más. Adélaïde Blázquez logra introducirse en la cocina con el consentimiento del suicida: “Nos vimos. Me permití un gesto de ternura, puse mi mano sobre su hombro. Él sonrió, sin decir palabra. Cuando le pedí permiso, con mímica cómica, de volver a cerrar la llave del gas, me concedió el permiso con el mismo modo gracioso”.⁷⁰ Este estremoso encuentro permite cerrar el gas y abrir el habla de la que nace ese relato de vida: “Gaston se prestó al proyecto con el fervor con el que hubiera llevado a cabo una obra de herrería. Durante más de seis meses, nos reunimos en mi casa todas las mañanas, frente a una grabadora, y contestó todas mis preguntas”.⁷¹

Otro gran éxito, sobre la temática de la migración interior, es la entrevista hecha por el sociólogo Maurizio Catani con la narradora Suzanne Mazé.⁷² Ella nació en 1902 en Cossé-le-Vivien en la Mayenne, dejó su región natal para seguir a su marido relojero a París. Hace el relato de su vida a Catani mediante cinco largas entrevistas. El sociólogo distingue bien su habla de sus propios comentarios y análisis. Resalta un apego que siempre se impone en la Tía Suzanne en relación con su medio de origen. Aquello que ha llegado a ser el meollo mismo de su existencia en la gran región de las afueras de París es, en efecto, ese jardín, objeto de todos sus cuidados, que reorganiza el mundo de su infancia: “El jardín de Bessancourt es el sitio en donde la Tía Suzanne asentó su vida; ella desarrolla y reúne allí, en el terreno mismo, su historia”.⁷³ Como lo subraya además Catani, “suscitar una historia de vida social es, ante todo, un asunto de relación”.⁷⁴ Esta interiorización de

⁶⁸ Adélaïde Blasquez, *Gaston Lucas, serrurier. Chronique de l'anti-héros*, col. “Terre Humaine”, Plon, 1976.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 9.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 14.

⁷¹ *Ibid.*, p. 262.

⁷² Maurizio Catani y Suzanne Mazé, *Tante Suzanne. Une histoire de vie sociale*, Méridiens, 1982.

⁷³ *Ibid.*, p. 419.

⁷⁴ Maurizio Catani, *Susciter une histoire de vie sociale est d'abord affaire de relation*, título de su informe al 9o. Congreso mundial de sociología, 1978, doc. multicopiado, 11 págs.

la relación entre el investigador y el sujeto de su investigación por el hecho de provocar un habla, de incitar a contarse en un relato de vida, presupone un contrato tácito en el plano semiótico por el que “el investigador aparece como el remitente de un hacer valer (hablar) que el sujeto destinatario deberá retomar por su cuenta como un querer hacer (querer hablar o querer hacer saber) de tipo cognoscitivo, ya que no se trata de acción en el sentido estricto (orden pragmático)”.⁷⁵

Esos relatos de vida navegan en los confines de la biografía y de la autobiografía con mucha ambigüedad para saber quién habla: aquel que da su testimonio o quien lo retranscribe. Se definen en general protocolos de escritura, con geometría variable. En el caso de la relación entre Adélaïde Blázquez y Gaston Lucas, optan por dos modos de transcripción. Eligen el molde de la lengua nacional para relatar los episodios que más marcaron la vida de Gaston Lucas, mientras que utilizan otro registro, más respetuoso de sus expresiones de obrero parisino, para el resto. Este entusiasmo obviamente lleva a una revalorización de la fuente oral, hasta entonces mantenida al margen de lo que se consideraba el archivo noble, el documento escrito.

Esas ambivalencias sobre la pregunta de quién es el autor incluso condujeron a controversias públicas, como la que recuerda Philippe Lejeune, quien enfrentó al editor François Maspero con la autora Annie Mignard.⁷⁶ Mientras Maspero afirma que la vida no puede tener más que un solo autor, Annie Mignard, redactora de un relato de vida, *La memoria de Elena*, exige compartir la firma: “Maspero añadía, por tanto, el papel de redactor al de traductor. Annie Mignard, en cambio, sacaba a la luz la iniciativa que tuvo cuando llevó a cabo el interrogatorio y organizó las respuestas en forma de relato, trabajo que la acercaba al papel, y a la responsabilidad, del *biógrafo*”.⁷⁷ Para Lejeune, el relato de vida es un género literario totalmente aparte, obra de creación como cualquier otra. Incluso sugiere verlo como una “heterobiografía en primera persona”, que sería el caso opuesto al de “la autobiografía en tercera persona”.⁷⁸

La escuela de Chicago utiliza desde hace mucho tiempo ese tipo de fuentes y sus trabajos pueden servir de modelo. La creación de un departamento de sociología en Chicago data de fines del siglo XIX, en 1892. Está marcado por la personalidad de Albion W. Small, quien fue director de ese

⁷⁵ Claude Chabrol, “Psycho-socio-sémiotique. Récits de vie et sciences sociales”, en *Revue des sciences humaines*, t. LXII, n° 191, jul.-sept. 1983, p. 76.

⁷⁶ Annie Mignard, “L’un écrit, l’autre signe”, y François Maspero, “Qui est le ‘nègre?’”, en *La Quinzaine littéraire*, 16-30 junio de 1977.

⁷⁷ Philippe Lejeune, *op. cit.*, p. 232.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 240, nota 1.

tienen un habla singular, pero crean entre ellos redes de sociabilidad que el investigador debe tomar en consideración. Esos pequeños grupos, tanto en el país de partida como en el de llegada del migrante, vuelven a introducir la dimensión colectiva de su aventura. En 1948, se crea un Centro de historia oral bajo los auspicios de Allan Nevins en la Universidad de Columbia. Esta primera fundación y el éxito que tuvo también sirven de modelo para la creación de otros centros que encuentran una dimensión federal cuando Nevins crea, en 1967, el American Oral History Association, que en 1973 publica una revista, *Oral History Review*. Pero el modelo de la historia oral de Columbia, “ya que favorecía el estudio de las elites y no de los excluidos”,⁸² dio lugar a grandes protestas en los años sesenta. Toda una corriente crítica, alimentada por los movimientos radicales de las minorías, desarrolla la historia oral desde un punto de vista militante, y vuelve a la tradición y a la orientación de la escuela de Chicago.⁸³ La proximidad de mayo de 1968 da un aspecto militante a esta forma de historia que pretende transferir el habla a los “sin-voz”, a los de abajo, a los oprimidos. Esta motivación, que señala una sensibilidad bastante general en esos años, incluso es a veces explícita, como en Maurizio Catani.⁸⁴

La historia se inspira en ese campo de la sociología con el fin de dominar mejor la desmultiplicación de sus fuentes. Reconoce desde un inicio la competencia propia de los testigos, sus capacidades para describir y, por tanto, para explicar los acontecimientos tal como los experimentaron. Esta introducción de la historia oral provoca numerosas controversias. Se convierte en un material privilegiado en el campo de investigación de la historia del tiempo presente. Danièle Voldman, cuyo tema de investigación es también la ciudad, rechaza rápidamente el hecho de añadir un nuevo compartimento llamado “historia oral” junto a la historia manuscrita. Considera, en cambio, que las fuentes y archivos orales son parte integrante de la historia general. Por eso, el posicionamiento militante de una historia oral crítica en relación con el poder/saber dominante pertenece a un “periodo historiográfico, el de los años 1950 a 1980”.⁸⁵ Aunque los historiadores no tuvieron un verdadero

tation, Burgess Papers, Box 38, Folder 9, Regustein Library, cf. en Jean Peneff, *La méthode biographique*, Armand Colin, p. 62.

⁸² Michel Trebitsch, en “La bouche de la vérité”, *Cahiers de l’IHTP*, no. 21, nov. 1992, p. 17.

⁸³ Alain Coulan, *L’école de Chicago*, PUF, col. “Que sais-je?”, 1992.

⁸⁴ Maurizio Catani, “L’approche biographique laisse la parole aux interrogés”, en Daniel Bertaux, y Maurizio Catani, *Histoire de Vie - ou récit des pratiques? Méthodologie de l’approche biographique en sociologie*, en *Recherches économiques et sociales*, no. 6, 1977.

⁸⁵ Danièle Voldman, en “La bouche de la vérité?”, *Cahiers de l’IHTP*, no. 2, nov. 1992, p. 33.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Es el actor que vive para sí mismo, en sí mismo”.²⁹⁸ La temporalidad que de ahí resulta está muy lejana de una cronología lineal, sobre todo porque el imaginario de su héroe que va a guiar su acción está compuesto de los fragmentos temporales más diversos que se remontan hasta la antigüedad, y combinan las enseñanzas de las vidas ejemplares del Antiguo y del Nuevo Testamento, de la época grecolatina, de los tiempos del rey Arturo y de los de Carlomagno: “La vida sólo vale por ella misma, se nos muestra como vivida existencialmente para unir las figuras heroicas de Moisés, David, Nabot, Hércules, Lancelote, Josué...”.²⁹⁹ Ese momento del Renacimiento es un momento crucial de esa vuelta al pasado para cambiar el presente, y Crouzet sugiere acercarse a él a través de su estudio de caso que fue el hombre del Renacimiento, gracias a una re-centración biográfica que se dedica a “una autogénesis de la interioridad heroica”.³⁰⁰

Crouzet invierte la cronología clásica cuando parte de la desaparición trágica de su héroe bajo los muros de Roma. A partir de los primeros relatos, de las primeras huellas textuales producidas sobre su personaje, aborda la coacción que pesa sobre el imaginario aristocrático. Sólo después de haber atravesado esas etapas anteriores, hace el relato biográfico de Carlos de Borbón. Resulta de ahí una visión que desplaza nuestras categorizaciones modernas que absolutizan las diferencias entre los distintos oficios. En esa época, Carlos de Borbón, hombre de guerra, concibe su vida como un sueño, un poema animado por y tendiente a la realización de una filosofía, de una teología: “Borbón, en su búsqueda de gloria, actúa integrando su combate en un combate divino. Percibe su historia como una alegoría y hace de ella una alegoría”.³⁰¹ Antes de que se desencadenaran las guerras de religión, Carlos de Borbón estaba ya marcado por la indistinción de la guerra y de la religión. La guerra se percibía, más allá de las luchas de influencias, como una forma de religión de la salvación, de soteriología. En cambio, para esa nobleza, la paz se ve como una “extraordinaria privación de ser, aún más trágica si se sumaba a una coyuntura de angustia escatológica intensificada”.³⁰² La biografía se ve como un palimpsesto en la medida en que, frente a la realidad atestiguada desde el nacimiento hasta la muerte, se debe desenterrar otra historia, la de los sueños y los deseos, la de la verdadera relación íntima con el mundo.

²⁹⁸ *Ibid.*, p. 19.

²⁹⁹ *Ibid.*, p. 22.

³⁰⁰ *Ibid.*, p. 19.

³⁰¹ *Ibid.*, p. 614.

³⁰² *Ibid.*, p. 626.

LA EDAD HERMENÉUTICA II

LA PLURALIDAD DE LAS IDENTIDADES

I. EL HOMBRE COMÚN

La biografía se dedicó durante mucho tiempo a transcribir la trayectoria de los hombres ilustres, y redujo al hombre común a un estado pasivo, tributario de las decisiones de los poderosos. La crítica ante ese privilegio acordado a los estratos más altos de la sociedad provocó una historiografía que reorientó la mirada hacia las masas, hacia las lógicas colectivas. La escuela de los *Annales* contribuyó en gran medida a esa reevaluación de los mudos de la historia, de aquellos que no dejaron huellas, más que indirectas. Pero, como ya vimos, esa actitud tuvo como resultado un eclipse del género biográfico que se deslegitimó por motivos a la vez epistemológicos y de intención democrática. Con el “regreso” de lo biográfico, algunos historiadores no abandonaron el deseo de tener acceso a esos anónimos de la historia. De distintas maneras mostraron que se puede superar el obstáculo de las fuentes para restituir lo que fue su mundo.

Recientemente se llevó a cabo una tentativa límite, hecha por un pionero de nuevos continentes del saber: Alain Corbin. Con su Pinagot,¹ eligió construir una biografía sobre un individuo a quien justamente eligió porque no dejó huella alguna. Desconocido en los archivos judiciales, con un destino totalmente ordinario, era perfectamente adecuado para describir lo que fue la vida cotidiana del hombre medio. Alain Corbin explica que verdaderamente buscó en los archivos un “átomo social”.² El punto de partida es de los más restringidos, puesto que no tiene datos explicativos de su sujeto más que sus

¹ Alain Corbin, *Le monde retrouvé de Louis-François Pinagot*, Flammarion, 1998.

² *Ibid.*, p. 9.

fechas de nacimiento y de defunción: 1798 y 1876; su función social: fabricante de zuecos; su lugar de residencia: Origny-le-Butin, y el hecho de medir 1m 70cm, de haberse casado y tenido ocho hijos: “Tenemos que practicar una historia indirectamente, a partir de lo que revela el silencio mismo”.³

Alain Corbin da la espalda a las dos posturas posibles que se le ofrecen para escribir la biografía de un hombre del pueblo. O bien se dedicaba a reconstituir, a través de un personaje singular, un ideal-tipo que mostrara las características de un fabricante de zuecos en el mundo rural del siglo XIX, o procedía a la escritura de la biografía de un caso-límite con destino excepcional que fuera relatado por el historiador, gracias a la existencia de un documento archivístico de naturaleza jurídica. Utiliza otro camino para tener acceso a esos hombres que fueron “borrados”, “tragados” por el tiempo. Al igual que el antropólogo, separado de los archivos escritos, trata de reconstituir, por inmersión y anulación del papel personal del historiador que él es, el universo social y mental de su fabricante de zuecos al inscribir en un repertorio lo que no podía ignorar y lo que no podía conocer. A partir de esos dos polos, procede a tientas, por estratos de pertenencia: Restituye –por ejemplo– el espacio que podía recorrer, y reconfigura poco a poco lo que podía ser la sociedad rural en sus prácticas comunes.

A partir del universo del fabricante de zuecos, constituido esencialmente de bosques cada vez más cuidados, el biógrafo no puede más que preguntarse de manera hipotética las consecuencias del medio ambiente sobre la psicología y sobre la visión del mundo de su héroe, a falta de huellas. Deduce de ahí una relación con el tiempo que aleja a Pinagot de cualquier esbozo de apresuramiento. Las restricciones impuestas por el monte de altos árboles son de larga duración e “imponen referencias que no son las del ciudadano, ni aun las del agricultor”.⁴ Alain Corbin está obligado, siempre por falta de huellas, a modificar incesantemente su escala de análisis, y a situarla en un nivel colectivo para finalmente emitir hipótesis en lo que respecta a Pinagot. Postula así que tiene que ver con un hombre-tipo de la región de Perche, lo que le permite presentar su exploración de la identidad regional de los años 1770-1850 como reveladora de la conciencia de pertenencia de su fabricante de zuecos.

A pesar de que Corbin quería acercarse a lo que singularizaba a Pinagot, su objetivo sigue siendo de tipo biográfico, y debe conjuntar un conocimiento erudito de lo que era la vida en la región de la Perche a mediados del siglo XIX mediante la imaginación y la intuición: “Mi meta es volver a dibujar

³ *Ibid.*, p. 13.

⁴ *Ibid.*, p. 24.

una vida, imaginar las relaciones afectivas que la animaron y las formas de sociabilidad que marcaron su ritmo”.⁵ El hecho de encarnar la singularidad del sujeto Pinagot señala, sin embargo, una apuesta, y ello se manifiesta por el uso que hace Corbin de la doble temporalidad: el pasado, por la certidumbre que muestra en cuanto al universo en el que evolucionó Pinagot en función de los conocimientos de los que dispone Alain Corbin como especialista de ese periodo, y el condicional, por todo lo que hay de posible, de probable, referente a la trayectoria más singular del sujeto biografiado mismo, pero no señala más que virtualidad pura, suposiciones no verificadas por huellas.

Alain Corbin diferencia, para la infancia, en el plano del uso del tiempo hipotético de los elementos que no puede verificar mediante los archivos: “Hasta la edad de veinte años, Louis-François vivió en Haute-Frêne con sus padres. Ayudaba a su padre a transportar la madera y a cultivar los linderos del bosque. Tal vez participó de los delitos forestales que acostumbraba cometer Jacques Pinagot”.⁶ A propósito del lugar de trabajo del fabricante de zuecos, no hay certidumbre pero sí hipótesis a partir de un puñado de elementos que llevan a Alain Corbin a creer que probablemente tenía instalado su taller cerca de su casa con el fin de integrarse mejor a la comunidad aldeana, “pero no tenemos, respecto a ello, verdadera certidumbre”.⁷ Louis-François Pinagot nunca dio a hablar de él, no dejó ninguna huella en los archivos judiciales de haber infringido la ley, y por ello “puede considerarse como el representante de la mayoría de los habitantes de Origny-le-Butin”.⁸ Cuando se trata de restituir su nivel de educación, predominantemente oral para un analfabeto, su nivel de vida muy modesto, las dificultades ligadas al vecindario y a la multiplicidad de litigios potenciales, Alain Corbin pisa el suelo firme que conoce. Cuando se aventura a explorar las representaciones de su fabricante de zuecos, está en un terreno más frágil. Se ve reducido a la conjetura, a la vez que recuerda, con razón, que ése es el destino de todo historiador. Alain Corbin ve en el plano de las probabilidades lo que Pinagot pudo haber escuchado para dar cuenta de lo que pudo haber sido su visión del pasado al tomarlo como “un átomo social”. Tenemos así, a la distancia de una subjetividad inaccesible, la de Pinagot, una reconstitución de las sucesivas sedimentaciones de los estratos de pertenencia que pudieron haber fundado su práctica y su pensamiento.

Es cierto que esa tentativa no carece de interés. Sin embargo, podemos preguntarnos si Alain Corbin logra llevar a cabo una biografía, o no, si logra revivir a un individuo. A pesar de la multiplicidad de las fuentes convocadas,

⁵ *Ibid.*, p. 63.

⁶ *Ibid.*, p. 66.

⁷ *Ibid.*, p. 114.

⁸ *Ibid.*, p. 172.

Dominique Califa se pronuncia por el carácter aporético del proyecto en la medida en que “Pinagot no logra personificar esa evocación sutil”.⁹ En el plano del conocimiento de la vida rural en esa región en el siglo XIX, la demostración de Corbin es una buena aportación, pero muestra sus límites, ya que el historiador corre el gran riesgo de sobreestimar las coacciones que pesan sobre el individuo y de dar valor a un cierto determinismo, puesto que, además, todo el trabajo de Alain Corbin pretende adoptar esa actitud. Habría hecho así, no una biografía, sino una monografía informada de una pequeña región rural, la Basse-Frêne. Esta obra debe entonces compararse con los trabajos de la *Alltagsgeschichte* en Alemania, cuando se fija como meta llevar a cabo una historia total en la escala local.

Arlette Farge siguió otro camino de exploración de la singularidad de la masa de anónimos al estudiar los archivos judiciales del siglo XVIII para buscar algunas huellas de hombres comunes. Sin pretender encontrar todo el universo mental de los individuos que conoce por los documentos acusatorios, está especialmente atenta a cierto número de pequeños signos, de restos que pueden parecer *a priori* insignificantes. A partir de lo que pueden considerarse actos fallidos, fragmentos parciales de débil intensidad, parte en busca del habla plural en su intimidad. La diferenciación entre vida privada y vida pública no existía aún, según Arlette Farge, en el siglo XVIII: “La vida de círculos, de academias de salones, es una vida de presentación de uno mismo, sin retirada ni intimidad, y las clases populares viven verdaderamente en el espacio público”.¹⁰

Sin embargo, Arlette Farge, debido a la atención a los objetos menudos encontrados en los cuerpos de los hombres y mujeres que se encontraban muertos al borde de las carreteras e inscritos en un repertorio por las fuerzas del orden, reconstituye como una identidad oculta, por su carácter minúsculo, de esos individuos que, a través de esos pequeños objetos, pretendían desafiar su anonimato frente a la muerte. Dedicó una obra a esos brazaletes de pergamino, pequeño trozo de papel amarrado a la muñeca con un hilo rojo. Arlette Farge retoma la fórmula de Michel de Certeau según la cual el historiador es “un poeta del detalle”. Mientras que, hasta entonces, los historiadores no habían prestado atención a esto, ella experimenta una gran emoción al descubrir que “esas misivas eran confesiones de su vida, el deseo de no estar abandonados al anonimato, una voluntad de decirse o, más

⁹ Dominique Kalifa, “L'historien et l'atome social”, en *Critique*, n° 632-633, enero-febr. 2000, p. 35.

¹⁰ Arlette Farge, “Fin de règne”, en *Espaces Temps, Je et Moi, les émois du je*, n° 37, 1988, p. 24.

bien, de ser dichos”.¹¹ Hasta entonces, se tenía por costumbre mencionar la cultura de los pobres por sus vestimentas, sin sospechar que, a pesar de su poco dominio de escritura, habían dejado una huella escrita en ellos, como una botella arrojada al mar, un mensaje para un destinatario desconocido: “El hombre, por tanto, se puso en palabras para ser alguien, para participar de la civilidad de todos y estar en la distinción común”.¹²

Lo que revelan esos brazaletes de pergamino está lejos de la imagen exótica que tenía una cultura de elites sobre esta cultura vista como otra, popular, extravagante. Lejos del heroísmo o de visiones de sacrificio, se da a leer el mundo ordinario de las preocupaciones individuales, un posible estudio de lo que Paul Veyne califica de “débiles intensidades”.¹³ El historiador se encuentra delante de la imposibilidad de encontrar el habla de esos desaparecidos y, sin embargo, debido a esas minúsculas huellas, a esos fragmentos escritos, puede tener acceso a huellas de oralidad. Éstas permiten volver a situar al historiador a una distancia justa entre el riesgo de ignorar el habla de los anónimos y el otro escollo, que consiste en hacer de ella un objeto de fascinación: “Hay que mantener esta tensión extrema para hacer del habla una alteridad a la vez separada e igual, ajena y familiar, fruto de lo singular y que de todas formas busca la frontera con el conjunto organizado por los otros hablantes”.¹⁴

De cierta manera, esos pequeños fragmentos de identidad responden a un bio-poder que pretende identificar a los individuos, encontrar su huella sobre el Estado civil. Ese imperativo de identificación, que es sencillo cuando se trata de un propietario urbano o rural, es más delicado cuando se trata de poblaciones errantes, sin domicilio fijo; pero hay otra dimensión, más íntima, de esas huellas, ya que “el sufrimiento de estar escrito por la ley del grupo tiene, extrañamente, un goce doble: el de ser reconocido y el de convertirse en una palabra identificable y legible en una lengua social”.¹⁵

Esos escritos pueden ser huellas que recuerden la actividad profesional del individuo, pero también pueden ser pequeñas cartas, palabras que son fuentes de información más íntimas: “la aventura, el perdón y la separación se codean con el afecto, los deseos de transparencia y la inquietud para

¹¹ Arlette Farge, *Le bracelet de parchemin. L'écrit sur soi au XVIII^e siècle*, Bayard, col. “Le rayon des curiosités”, 2003, p. 11.

¹² *Ibid.*, pp. 51-52.

¹³ Paul Veyne, “L'interprétation et l'interprète. À propos des choses de la religion”, en *Enquête*, n° 3, 1996.

¹⁴ Arlette Farge, *Des lieux pour l'histoire*, Seuil, 1997, p. 76.

¹⁵ Michel de Certeau, *L'invention du quotidien. Arts de faire*, 10/18, 1980, p. 242.

aquellos que pertenecen a la esfera cercana de quien acaba de morir”.¹⁶ De esta manera, se encontró en una niña de nueve años, muerta de frío cerca de Senlis, la carta de sus padres en la que se pedía al rey su internamiento; esto permitía suponer que ella se había fugado y había muerto en esa huida. La investigación permite a veces tener acceso a escrituras sobre uno mismo, de una amplitud mayor, como ese labrador de la región de Vendômois que escribió entre 1748 y 1767 aproximadamente 99 hojas publicadas recientemente por Jean Vassort.¹⁷ No se trata verdaderamente de una autobiografía, sino de notas muy personales del labrador Pierre Bordier sobre su manera de percibir su ambiente, que nos informan sobre su universo mental ligado al universo material, que aporta respuestas análogas sobre su tiempo a las que buscaba Alain Corbin con Pinagot para el siglo XIX en la región de la Perche. Surge de ahí un universo muy concreto, al ritmo de las estaciones, un tiempo cíclico. Jean Vassort distingue, a partir de las anotaciones de su labrador, tres campos del saber: las relaciones con la naturaleza, su universo religioso y la información que tiene a su disposición sobre lo que pasa un poco más lejos, fuera de la esfera de su percepción directa.

Arlette Farge no extrae verdaderamente una biografía de esas observaciones en condición de fragmentos. Historiadora muy sensible a la singularidad de las trayectorias, a la sorpresa del archivo, a la parte emotiva dejada por las existencias pasadas, no pretende paralizar las identidades ni llenar las lagunas de conocimiento al dar valor a una tabla de lectura. Conserva el carácter dividido de esos fragmentos de sentido dejados por el tiempo en una trayectoria que sigue el movimiento errante de esa gente de clase baja de la que ella escribe sin esperanza de resucitarla, esas múltiples vidas fracasadas en archivos: “Para ello, hay que mantenerse lejos del archivo-reflejo del que uno sólo extrae información y archivos-prueba que acaban con las demostraciones, con aires de terminar de una vez por todas con el material”.¹⁸

Una relación fuerte, la del hijo respecto a su padre, provocó en Pierre Pachet un escrito para contar la vida realmente experimentada por un hombre que se encerró en el mutismo sobre su pasado del que siguió huyendo, al que siguió reprimiendo, y cuyo hijo trata de descubrir al recrear su voz: “Durante mi infancia, me aburría yo mucho”,¹⁹ escribe el hijo que no encontraba quién lo escuchara más que su madre, cuando se padre estaba absorto en el trabajo.

¹⁶ Arlette Farge, *Le bracelet de parchemin...*, op. cit., pp. 88-89.

¹⁷ Jean Vassort, *Les papiers d'un laboureur au siècle des Lumières, Pierre Bordier, une culture paysanne*, Champ Vallon, 1999.

¹⁸ Arlette Farge, *Le goût de l'archive*, Seuil, 1989, p. 146.

¹⁹ Pierre Pachet, *Autobiographie de mon père*, Belin, 1987, p. 5.

varios historiadores de profesión cubrieron cada uno de los distritos, por lo general profesores jóvenes, catedráticos que aprovechaban su primer nombramiento en los liceos de provincia para pasar los archivos por el tamiz.²⁶ El primer volumen de 1964 cubre el periodo de 1789 a 1864 y contiene 12 000 reseñas biográficas; la estructuración que se hizo de las redes permite en seguida asegurarle un fuerte arraigo provincial.

La expresión empleada, “movimiento obrero” abarca un sentido muy amplio en la medida en que no se limita a los líderes, sino que “acoge tanto a los intelectuales como a los trabajadores manuales, tanto a los teóricos como a los hombres de acción”.²⁷ Maitron desecha la idea de hacer una división por corrientes de pensamiento, y elige el marco cronológico para hacer visibles a los desconocidos y a los subalternos. Se plantea el problema de aquellos que sólo recorren una pequeña parte del camino acompañados del movimiento obrero y luego lo abandonan. El diccionario no los ignora: Incluye la parte evolutiva y restituye la trayectoria de cada uno hasta que muere, en cada una de las reseñas.

Sin embargo, algunas omisiones son reveladoras de un laicismo militante que dominó durante mucho tiempo y llevó a no tomar en cuenta, más que con grandes lagunas, la parte cristiana del movimiento obrero. Así, se ignora al jefe de filas de Sillon, Marc Sangnier, en el volumen que habla del periodo de 1871 a 1914, y se corrige en el siguiente volumen: “Nos pareció que para el periodo de 1914 a 1939, el papel de éste en la creación de la CFTC como referencia al Sillon de los militantes que se adhieren a la JOC,* incitaba a retener su biografía, escrita de mano de Michel Dreyfus en el tomo 41”.²⁸ De la misma forma en que poco a poco se saca el mundo cristiano del gueto, ese diccionario modifica sus posturas en función de los acontecimientos importantes que ocurren: “El sesenta y ocho fue, sin lugar a dudas, un giro. No sólo porque Jean Maitron vivió intensamente esos días”.²⁹ El movimiento de mayo de 68 acentúa aún más el interés por los subalternos, las voces de abajo de los actores más modestos. Con la victoria de la izquierda en 1981, el Maitron se convierte en una verdadera institución elogiada en los más altos niveles: “François Mitterand alabó el *Diccionario* de Jean Maitron en la inauguración del Salón del libro”,³⁰ en 1982. Cuando se terminó en 1993,

²⁷ Jean Maitron, *Dictionnaire...*, *op. cit.*, prólogo, p. 12.

* N. del Tr.: CFTC - Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos;
JOC - Juventud Obrera Cristiana.

²⁸ Claude Pennetier, “Le dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français”, en *Genèses*, no. 14, enero 1994, p. 129.

²⁹ *Ibid.*, p. 131.

³⁰ *Idem.*

el *Diccionario* había movilizado a no menos de 30 autores que escribieron más de 100 000 reseñas biográficas. A partir de entonces, se convirtió en una verdadera obra monumental nacional hasta el punto de incluirse en *Los lugares de memoria* de Pierre Nora, de mano de Michelle Perrot³¹ quien ve en él más que una simple producción científica, ya que el *Diccionario*, según ella, transmite una visión del mundo:

De esos fragmentos de vidas dispersas, de esas miles de voces discordantes, el *Diccionario* compone una sinfonía que parecería del Nuevo Mundo; sin duda *Requiem*, pero, como tal, prelude al Juicio Final que, al fin de los tiempos, dirá la verdad de las cosas. Panteón, mausoleo, arco triunfal, el *Diccionario* es, de todos los lugares de la memoria obrera, el más completo, el más ambicioso y, tal vez, el último.³²

El éxito del *Diccionario* provocó una reflexión sobre las posibles relaciones entre el enfoque biográfico y la historia del movimiento obrero, como lo confirma la publicación reciente dirigida por Serge Wolikow.³³ Este último parte de la afirmación de que lejos de ser contrarios, el enfoque biográfico y el enfoque social pueden enriquecerse mutuamente: “El enfoque biográfico en historia es, en primer lugar, una lectura de lo social a la altura de los individuos, sin, por ello, considerarlos mónadas”.³⁴ Claude Penner se pregunta si la biografía colectiva es el remedio a las insuficiencias de la biografía individual, sobre todo por dar cuenta de los itinerarios de los militantes del movimiento obrero. Toda una parte de información se escapa de la investigación que no tiene acceso más que a la pequeña “parte que se asoma del *iceberg*”, sobre todo porque esos militantes encuentran por ellos mismos refugio en el anonimato de su combate colectivo: “El historiador está, por tanto, obligado a cubrir las fallas, a llenar las lagunas”.³⁵ El hecho de entrar en lo íntimo del militante frecuentemente es portador de nuevos enfoques, como lo muestra Jacques Kergoat a propósito de Marceau Pivert,³⁶ a quien despojó de la correspondencia que permite restituir un retrato más complejo

³¹ Michelle Perrot, “Les vies ouvrières”, en Pierre Nora, *Les Lieux de mémoire, Les France*, t. 3, *De l'archive à l'emblème*, Gallimard, 1993, pp. 117-129.

³² *Ibid.*, reed. Gallimard, t. 3, col. “Quarto”, p. 3965.

³³ Serge Wolikow (dir.), *Ecrire des vies. Biographie et mouvement ouvrier XIX^e-XX^e siècles*, Ed. Universitaires de Dijon, Cahiers de l'I.H.C., n° 1, 1994.

³⁴ *Ibid.*, pp. 9-10.

³⁵ Claude Penner, “Singulier-Pluriel: la biographie se cherche. L'exemple de l'histoire ouvrière”, en Serge Wolikow (dir.), *op. cit.*, p. 35.

³⁶ Jacques Kergoat, *Marceau Pivert, “socialiste de gauche”*, ed. L'Atelier, 1994.

que la imagen pública que dejó a la posteridad ese militante del Frente Popular de la Sección Javel-Grenelle de la SFIO.*

Claude Penner adopta una actitud totalmente opuesta, aunque con la misma preocupación por llegar al hombre común, en relación con la posición de Arlette Farge, ya que la ambición es llenar las lagunas, mezclar los enfoques para hacer que la biografía sea plena y coherente. Por una parte, Arlette Farge pretende dar lugar a lo discontinuo, a las lagunas, a lo que queda en blanco; por otra, Penner sugiere que “el conjunto de esos enfoques (la prosopografía, la comparación de los trayectos y de las biografías individuales) cuya finalidad es encontrar lógicas y modelos, podría entrar en el marco de lo que yo propongo llamar un método sociobiográfico”.³⁷

2. LOS BIOGRAFEMAS

El retorno progresivo del sujeto durante los años setenta permite a Roland Barthes despojarse del caparazón teórico que le impedía dar libre curso a su placer de escribir. Decide cortar por lo sano en el interior mismo de la tensión que experimentaba hasta entonces entre el hombre de ciencia y el escritor, y esta vez elige claramente el segundo personaje. Vuelve al sujeto desde el ángulo que él llama “biografemas” a partir de 1971, en *Sade, Fourier, Loyola*. Esos pequeños detalles que pueden, por sí mismos, decir todo de un individuo nos recuerdan a Marcel Schwob y sus *Vidas imaginarias*. El sujeto que regresa para Barthes en ese principio de los años setenta es un sujeto fulminado, en migajas, disperso, “un poco como las cenizas que se arrojan al viento después de la muerte”.³⁸ Barthes expresa este deseo: “Si yo fuera escritor, y estuviera muerto, ¿cómo me gustaría que mi vida se redujera, con la ayuda de un biógrafo amistoso y desenvuelto, a ciertos detalles, ciertos gustos, ciertas inflexiones, digamos ‘biografemas’, cuya distinción y movilidad pudieran viajar fuera de cualquier destino”.³⁹

El “biografema” se presenta en relación estrecha con la desaparición, con la muerte; remite a una forma de arte de la memoria, a un *memento mori*, a una posible evocación del otro que ya no es. Barthes sugiere una evocación ligera mediante un detalle distanciador y revelador de una singularidad: “Es un

* N. del Tr.: SFIO - Sección Francesa de la Internacional Obrera.

³⁷ Claude Penner, “Singulier-Pluriel: la biographie se cherche. L'exemple de l'histoire ouvrière”, en Serge Wolikow (dir.), *op. cit.*, p. 43.

³⁸ Roland Barthes, *Sade, Fourier, Loyola*, Seuil, (1971) col. “Points”, 1980, p. 14.

³⁹ *Idem.*

guion que no une palabras... El biografema nunca es definitorio. Ni siquiera entra en una definición. Es, por tanto, un buen objeto. A diferencia de la imagen, no se adhiere, no es pegajoso, se resbala..."⁴⁰ De ahí la multiplicación de esos biografemas para hablar de Sade, Fourier y Loyola, y evitar la trampa de la vectorización. Remiten a la singularidad de los gustos y de los cuerpos de lo individuos.

Tras haber defendido "el placer del texto" en 1973, Barthes da un paso de más hacia la subjetivación de su modo de escritura al tomarse él mismo como objeto, en una autobiografía –sin embargo– no lineal, hecha de una colección de informaciones parciales y dispersas que se salen de los cánones acostumbrados del género. Sustituye con "biografemas" que se aplica a sí mismo en el modo del "me gusta, no me gusta". Aunque la forma permanece fiel a una cierta deconstrucción, el retorno sobre uno mismo, la exposición de sus afectos, de sus recuerdos, la imagen de sus familiares revela hasta qué punto es espectacular el retorno de lo reprimido: Atañe, en efecto, a un autor que había sido uno de los teóricos más ariscos de la no-pertinencia de ese nivel de análisis.

Esos "biografemas" también dibujan las líneas de huida de una escritura novelesca secreta. Respecto a eso, Barthes nos habla, en otra ocasión, del sentido que tiene para él cualquier proyecto de tipo biográfico: "Toda biografía es una novela que no se atreve a decir su nombre".⁴¹ Cuando se publica su autobiografía en 1975, *Roland Barthes por Roland Barthes*, el escritor cede el paso al escritor. Es verdad que el sujeto-Barthes está expuesto en tercera persona, en forma de "él" que mantiene una distancia entre el *scriptor* y su objeto. Encontramos en esta obra todos los lugares comunes, los *topoi* del arte biográfico. Toman su lugar para luego desviarse de su función clásica: "La infancia no es objeto de relato alguno, por lo menos de ningún relato del que sería objeto... El niño, el *infans*, es para Roland Barthes, un *inscribans*, un no escritor, y por tanto es captado en la imagería, esa tumba de lo imaginario".⁴² Por tanto, la infancia para Barthes está fuera del juego, en el plano de lo que pasa en la escritura. A diferencia de los relatos biográficos en los que, como en el *Flaubert* de Sartre, todo pasa en los primeros años de vida, la infancia está ahí, en estado de fragmentos desunidos, y sobre todo nunca en condición de fundamento de una carrera de escritura.

⁴⁰ Françoise Gaillard, "Roland Barthes: le biographique sans la biographie", en *Revue des sciences humaines*, n° 224, oct-dic. 1991, p. 102.

⁴¹ Roland Barthes, *Tel Quel*, n° 47, 1971, p. 89.

⁴² Françoise Gaillard, *op. cit.*, p. 89.

Por ejemplo, tenemos ese recuerdo de la infancia en el que el joven Roland ve que se quedó solo en el fondo de un agujero que todos sus amigos podían haber eliminado, objeto de un hazmerreír general y salvado por su madre: “Ella me sacó de ahí y me llevó lejos de los niños, contra ellos”.⁴³ Si Barthes relata esta anécdota, no es para extraer de ella alguna elucidación sobre sus posibles incidencias posteriores; ese “biografema” está en relación con el concepto de exclusión: “Ser excluido no es estar fuera, es estar solo en el agujero, encerrado al aire libre: *forclos*”.⁴⁴ Hay mucho trabajo de anamnesia en esta obra, pero sobre todo vale por sí misma, indiferente al contenido; sólo tiene valor como trabajo y debe evitar llevarnos a relaciones de causalidad que encierren al yo en una historia lineal y coherente. El recuerdo sólo está ahí como algo instantáneo, a la manera del *haiku* japonés. Otra figura tutelar de la infancia, el padre, no está presente más que por una fotografía en uniforme de oficial, con ese comentario que remite más a una ligereza insostenible del ser que a un Nombre del padre en el sentido lacaniano: “El padre, muerto muy tempranamente (en la guerra) no está en ningún discurso del recuerdo ni del sacrificio. En el refugio materno, su memoria, nunca opresiva, no hacía más que tratar la infancia superficialmente, con una valorización casi silenciosa”.⁴⁵

Sin embargo, a pesar de esas precauciones y de ese distanciamiento objetivizante, Barthes muestra fragmentos esenciales de sí mismo; se entrega a sus lecturas, a la comunicación intersubjetiva, fuente de amor más que de estructura. Además, se pregunta: “¿Quién es estructuralista aún?”⁴⁶ Es verdad que Barthes no revela más que una parte de sí mismo: su enfermedad, su cura, el sanatorio para tuberculosos, su escolaridad. El sujeto que se transparenta pretende ser, ante todo, efecto de lenguaje, más que referencia a una naturaleza extratextual. Debe dar lugar a un efecto-Barthes, imagen en movimiento, fuente polifónica de múltiples composiciones y recomposiciones cuyas pocas indicaciones están dadas por una división que quiere ser, ante todo, libre, abierta a lo indefinido de las interpretaciones.

El sujeto Barajas se da a ver también por la exposición de su cuerpo, en forma de fotografías, pero también por lo expuesto en las manifestaciones de éste, como la migraña: “La división social pasa por mi cuerpo: Mi cuerpo mismo es social”.⁴⁷ El cuerpo desempeña el papel de una “palabra-maná”, indiscernible, multiforme, polimorfa; es el significante que ocupa el lugar

⁴³ Roland Barthes, *Roland Barthes par Roland Barthes*, Seuil, 1975, p. 125.

⁴⁴ *Idem*.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 19.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 121.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 128.

de todo significado. Barthes recuerda, con ese motivo, que hay cuerpo en corpus. Ese sujeto que retorna, gracias a haber escuchado sus manifestaciones corporales, manifiesta una nueva fase en el trayecto barthesiano.

Como lo señala Françoise Gaillard, el “yo por el yo” de Roland Barthes no puede asemejarse a un ensayo de autobiografía, sino a “una biografía del yo (que no hay que confundir con ‘de mí’), y por la palabra ‘biografía’ hay que entender el vocabulario griego: ‘bios’, es decir, no lo vivido, sino la vida en lo que ella tiene de más orgánico: *el cuerpo*”.⁴⁸ En cambio, como nos hace notar también Françoise Gaillard, el mal objeto es la imagen traída por las seducciones de lo imaginario: “Si la biografía es, para retomar aquí un término barthesiano, una ‘obscenidad’, es precisamente porque consagra el reino del mal imaginario, el que encierra al sujeto en imágenes, el que, por trabajar en el imago, olvida que el yo está en constante dimisión, en constante invención”.⁴⁹ Por tanto, la biografía no puede más que fracasar en cuanto a su objeto, puesto que su meta es hacer un retrato, y justamente el sujeto Barthes huye de esa imagen fija porque no quiere, a ningún precio, estar aprisionado por ella. Su rechazo de la biografía “está ligado al rechazo de todo imago”.⁵⁰

Antes de su experiencia estructuralista, Roland Barthes había dedicado una presentación de tipo biográfico del historiador Jules Michelet en 1954.⁵¹ Pero ya entonces mantenía su distancia con el género biográfico, a la vez que trataba de restituir una unidad a Michelet, una estructura fundadora, una red organizada de obsesiones: “Sólo traté de describir una unidad y no de explorar las raíces en la historia o en la biografía”.⁵² El retrato que esboza del historiador está en contraste con la estatua que hasta entonces se le había erigido. En efecto, a Michelet se lo había edificado como padre de la patria republicana, víctima del Imperio, y se lo había elogiado como héroe de la nación. Su Michelet tampoco es el Michelet que rechaza a Péguy o al General De Gaulle, ni el de los *Annales* que elogian en él al padre de la nueva historia, al de la historia total abierta a los sin-voz, a la psicología colectiva y a la civilización material.

El Michelet de Barthes es un Michelet lleno de una serie de obsesiones, un neurótico que no deja de somatizar, un “enfermo de historia” con migrañas muy severas. Roland Barthes, que tuvo conocimiento de ese otro Michelet descubierto por la publicación tardía de su *Diario*, reúne un cierto número

⁴⁸ Françoise Gaillard, *op. cit.*, p. 87.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 95.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 97.

⁵¹ Roland Barthes, *Michelet*, Seuil, 1954, reed. en “Points-Seuil”, 1988.

⁵² *Ibid.*, reed. en “Points-Seuil”, p. 5.

consiste en proteger cuidadosamente la pura inspiración poética del indigno cerdo en el que milagrosamente reside, salvar el cuerpo poético del cuerpo del escritor”.⁶⁵

El mismo rechazo a la exhaustividad guía la escritura de la biografía que Buisine dedica a Pierre Loti,⁶⁶ quien se apoya en la insatisfacción experimentada en la lectura de las biografías ya hechas de Loti y que, para decirlo de una vez por todas, ponen todo en el mismo plano, y despilfarran su evocación en una temporalidad que unifica y banaliza. En cambio, Buisine pretende hacer que jueguen las diferentes temporalidades para hallar el contraste vivido por ese oficial de marina convertido en escritor y que pasaba largos periodos de aburrimiento durante sus travesías marítimas o durante sus tiempos de guardia en el barco atracado al muelle. Esos momentos de tedio y de abatimiento se evocan con gran rapidez para dejar lugar a los periodos de entusiasmo pasional. Loti, nunca adaptado a sí mismo, es un melancólico, y su biógrafo Alain Buisine cuenta la historia “de un escritor que nunca es su propio contemporáneo, siempre ya muerto en vida”.⁶⁷

Toda la colección dirigida por Jean-Bertrand Pontalis en Gallimard, “L’un et l’autre” que ya mencionamos, revela la fecundidad del uso de los “biografemas” y del enredo que supone entre la dimensión de ficción y la dimensión real. Podemos juzgarlo con la asombrosa evocación que de Wittgenstein hace Antoine Billot.⁶⁸ El biógrafo parte de un hecho real, cuya huella se encuentra en *Mi lucha*: El filósofo judío Wittgenstein fue en un momento alumno en la misma clase que Hitler en la *Realschule* de Linz en 1904-1905, e incluso tuvo con él una relación de amistad. A partir de ese hecho constatado y confirmado por la existencia de una fotografía de clase, Antoine Billot crea una ficción al presentarse como un joven especialista en lógica, encargado de recopilar el testimonio de un Wittgenstein ya viejo. Este testimonio ha estado bien guardado por una pareja de amigos, un doctor y su esposa. El contacto está, por tanto, salpicado de obstáculos. El narrador/autor Antoine Billot termina por establecer, a pesar de los múltiples obstáculos, una complicidad con Wittgenstein quien, antes de morir, insiste en decirle el secreto que pesa sobre él como una gran culpabilidad respecto a Hitler: “Muy pronto nos hicimos... camaradas... porque descubrimos en nosotros... un cierto número de pasiones comunes...”⁶⁹ Pero, un día de febrero, Wittgenstein

⁶⁵ *Ibid.*, p. 15.

⁶⁶ Alain Buisine, *Pierre Loti. L'écrivain et son double*, Tallandier, 1998.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 18.

⁶⁸ Antoine Billot, *Le désarroi de l'élève Wittgenstein*, Gallimard, col. “L’un et l’autre”, 2003.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 183.

cuenta que cae al agua y cree que va a morir, cuando su camarada lo saca rápidamente de ese mal paso, y le salva la vida. Esa amistad se rompe cuando Wittgenstein no reacciona con el entusiasmo esperado por Hitler sobre un dibujo de este último: “Mi camarada –dice Wittgenstein– arregló con calma la hoja en la carpeta de dibujos... Lloraba... Sus lágrimas me sacaron brutalmente de la ciega furia en la que me había yo refugiado”.⁷⁰ La separación es brutal e irreversible; Hitler toma venganza y lo insulta, durante el baño, frente a toda la clase: Lo llama “canalla” (*Mist*): “*Du Saujud!*”... “Entonces comprendí... “¡No eres más que un sucio judío!”... Mis manos descendieron a lo largo de mis costillas y se unieron en forma de concha sobre mi sexo... “*Du Saujud, Mist!*”, cantaron todos a coro... Tenía ganas de desaparecer”.⁷¹ En esa biografía, es verdad que Wittgenstein fue recibido en una familia en la que el hombre es médico, sus discípulos son reales. Antoine Billot mezcló con habilidad la realidad y la ficción, y no por pura fantasía, porque el tema le llegaba al corazón. Como matemático de la economía, Antoine Billot se muestra aquí, gracias a esta biografía, como un escritor talentoso.

En ese mismo campo de la evocación fragmentaria, pero esta vez más íntimo, vinculado a los recuerdos de infancia y de vidas enredadas, Florence Delay menciona a Nerval desde el ángulo de sus primeros recuerdos de niña y de su padre Jean Delay.⁷² Gérard Labrunie –dice Nerval– es hijo de cirujano y no llega a ser lo que su padre quisiera. Se dedicó a la escritura, se convirtió en poeta, y murió aquejado de locura. Jean Delay, hijo de cirujano, considera que “la psiquiatría no es más que un ángulo que lleva a la literatura” y logra llegar a la cima, al publicar tres novelas bajo un seudónimo, a la vez que “siente un gran afecto por Nerval”. Esa relación de fascinación prohibió durante mucho tiempo a su hija el paso a un poeta que hubiera podido ser el paciente de su padre. No fue sino hasta mucho más tarde que ella descubrió, maravillada, a Nerval, cuyas palabras “soy el otro” tomaron una significación singular en ese encadenamiento de vidas en forma de palimpsesto. Y en una colección en la que uno es el otro en la medida en que es uno y el otro.

La relación con el tiempo que implica ese ensayo biográfico rompe totalmente con su presupuesta linealidad; está constituido de momentos que se interpenetran, de inversión de la relación presente/pasado cercana a la poética de Nerval: “La química nervaliana no consiste en revivir los recuerdos en el presente de la imaginación (las cosas se pasaron así como las cuento), sino en vivir el presente (las cosas que yo cuento) en el pasado imaginario. Palimpsesto-

⁷⁰ *Ibid.*, p. 195.

⁷¹ *Ibid.*, p. 198.

⁷² Florence Delay, *Dit Nerval*, Gallimard, col. “L’un et l’autre”, 1999.

to inverso, en resumen, en el que lo más antiguo estaría en la superficie, y lo más actual, oculto”.⁷³ Florence Delay considera que no es pertinente el uso de los elementos biográficos de la vida de Nerval. Estaría de más ir al encuentro de su deseo de eludir cualquier elemento que llegue a aflorar para dejar a su lector en la atmósfera de ligereza del ensueño “sobrenaturalista”. Florence Delay sustituye el modelo clásico con el del astrónomo definido por Jean Giraudoux cuando considera que los mayores descubrimientos sobre el corazón humano han sido hechos a una distancia infinita de sí mismo y que ello se ve en la manera en que las leyes de nuestro planeta se construyeron a partir de astros apagados: “Es tentador ver, en Nerval, a ese *astrónomo* que hace sus descubrimientos más profundos a una distancia infinita de sí mismo, al mismo tiempo que esta distancia es rechazada por la presencia romántica de un puente entre uno mismo y el infinito: el ensueño”.⁷⁴

3. LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES POLÍTICAS

Una colección reciente presentada por el historiador Nicolas Offenstadt en Presses de Sciences Politiques [Editorial de Ciencias Políticas], “Références/Facettes” [Referencias/Facetitas], confirma la posibilidad de innovar en el campo de la biografía. Como es el caso en general, la mutación de la mirada emana de la periferia, ya que la Editorial de Ciencias Políticas no tiene la tradición de manejar ese sector. La idea de lanzar una colección de biografías viene de Bertrand Badie, director editorial. Pregunta en 1999 a su antiguo alumno Nicolas Offenstadt si le interesa la idea de participar en un equipo cuyo objetivo sería presentar una colección de biografías: “A mí, la biografía clásica es algo que no me gustaba. Mi formación fue en historia/ciencias sociales. Es, por tanto, su contrapunto, y a la vez me daba placer leerla”.⁷⁵ Se forma un pequeño equipo de seis personas alrededor de Bertrand Badie con Mireille Perche, directora literaria de Presses. Pero sólo surge la idea de hacer biografías clásicas. A Nicolas Offenstadt en ningún momento le interesa el hecho de lanzarse a un proyecto que equivaldría a imitar a Fayard con menos medios: “Propongo, por tanto, una concepción de la biografía que tenía a partir de mis lecturas en ciencias sociales: el artículo de Bourdieu,⁷⁶ el de

⁷³ *Ibid.*, p. 69.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 111.

⁷⁵ Nicolas Offenstadt, conversación con el autor.

⁷⁶ Pierre Bourdieu, “L’illusion biographique”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, nos. 62-63, 1986.

Giovanni Levi,⁷⁷ con la convicción de que la biografía no podía ya ser un relato lineal de una vida”.⁷⁸ Su propuesta capta inmediatamente la atención y seduce a Bertrand Badie, quien le da luz verde para llevarla a cabo. Muy joven, con sólo 32 años, Nicolas Offenstadt, con un pie en el estribo y una total libertad, dirige la creación de esa colección “Facettes” que inicia con tres títulos publicados en el año 2000: un Maurras,⁷⁹ un Marc Bloch⁸⁰ y un Thorez.⁸¹ La colección que lanza Offenstadt en la Editorial de Ciencias Políticas evalúa el giro historiográfico que conoce el conjunto de la disciplina histórica, tanto de las aportaciones del estudio de las representaciones como de las críticas bourdieusianas sobre la “ilusión biográfica”. El texto de presentación de “Facettes” está en ruptura con el género biográfico tal como se había ejercido hasta entonces con su búsqueda de coherencia a lo largo de trayectos concebidos en su linealidad. En cambio, Offenstadt quiere hacer que prevalezca la pluralidad de las facetas de los personajes biografiados al desmultiplicar las maneras de abordarlos, los puntos de vista y sus usos. Esta construcción/deconstrucción biográfica se dedica también, como campo de investigación, a la vida póstuma del biografiado con las múltiples modificaciones de imágenes que provoca. Además, las obras de la colección se conciben en dos partes distintas. La primera se refiere a las imágenes del personaje y yuxtapone una multiplicidad de puntos de vista. Se concentra en todo lo que forma al personaje, la manera en la que una figura se construye en la mirada de los otros y cómo se presenta como icono. La segunda parte pondera la parte deconstructiva de la entrada en materia por las representaciones y se propone insistir en núcleos de coherencia a partir del estudio específico de las problemáticas más significativas, al estudiar al personaje a través de su práctica, en situación. Se desarrollan, entonces, un enfoque de tipo icónico y una lectura en situación, por momentos sucesivos en una investigación que queda abierta y experimental.

El muy crítico texto de Pierre Bourdieu, “La ilusión biográfica”,⁸² que denuncia reconstrucciones *a posteriori* de coherencias factuales, es decisivo para Offenstadt en la definición de su proyecto: “Mi idea era que ya no se

⁷⁷ Giovanni Levi, “Les usages de la biographie”, en *Annales E.S.C.*, nov.-dic. 1989, pp. 1325-1336.

⁷⁸ Nicolas Offenstadt, conversación con el autor.

⁷⁹ Bruno Goyet, *Charles Maurras*, Presses de Sciences Politiques, 2000.

⁸⁰ Olivier Dumoulin, *Marc Bloch*, Presses de Sciences Politiques, 2000.

⁸¹ Stéphane Sirot, *Thorez*, Presses de Sciences Politiques, 2000.

⁸² Pierre Bourdieu, “L’illusion biographique”, en *Actes de la recherche en sciences sociales*, nos. 62-63, 1986.

podía pretender que esa crítica no existiera”.⁸³ Además de esa inspiración de tipo sociológico, a Offenstadt lo seducen algunas tentativas originales en el campo de la escritura biográfica, que provienen de historiadores. Debido a que es medievalista, es sobre todo sensible a la aportación del *San Luis* de Jacques Le Goff,⁸⁴ del *Kantorowicz* de Alain Boureau⁸⁵ y del *Arnaud de Brescia* de Arsenio Frugoni.⁸⁶ Por la postura marginal de la Editorial de Ciencias Políticas en ese campo, y por la ausencia de una fuerte coacción comercial, es posible dar un giro un poco sistemático a esas innovaciones deconstructivistas. En ese plano, es poco lo que se pone en juego, ya que el tiraje está limitado a 2 000 ejemplares, y las ventas promedio están en 1 000 ejemplares. Los lectores a quienes va dirigido son muy distintos del público restringido por los grandes editores de biografías. La colección provoca curiosidad inmediata y encuentra eco fundamentalmente en el mundo universitario. Además del contenido, la otra sorpresa que ofrece esta colección en relación con el género biográfico es su formato de pequeños libros de dimensión de bolsillo. Esas obras no se presentan como se acostumbra en forma de gruesas sumas de vocación definitiva: Tienen el tamaño modesto de un ensayo de 300 páginas. En cambio, la tradición está en el centro mismo de este proyecto innovador en la elección de los biografiados que son esencialmente hombres ilustres, en los que domina un interés de edición, hombres políticos. Después de las primeras tres publicaciones, se publican efectivamente, entre otras, un Gandhi,⁸⁷ un Ho Chi Minh,⁸⁸ un Garibaldi,⁸⁹ un Bismarck.⁹⁰ Sin embargo, la colección se abre también a la historia intelectual con la publicación, además de la ya mencionada de Marc Bloch, de un *Descartes*.⁹¹ El principio postulado para esta colección no es adecuado para trabajos de desciframiento archivístico de un personaje desconocido hasta entonces: Se trata de poder señalar los usos distintos de los relatos plurales ya existentes para levantar acta de las múltiples “facetas” del personaje. Ello supone un trabajo posterior, en segundo grado.

Sin embargo, esos estudios biográficos no transformaron profundamente la masa de las producciones en materia de biografía: “La colección

⁸³ Nicolas Offenstadt, conversación con el autor.

⁸⁴ Jacques Le Goff, *Saint Louis*, Gallimard, 1996.

⁸⁵ Alain Boureau, *Histoire d'un historien. Kantorowicz*, col. “L'un et l'autre”, Gallimard, 1990.

⁸⁶ Arsenio Frugoni, *Arnaud de Brescia*, Les Belles Lettres, 1993.

⁸⁷ Claude Markovits, *Gandhi*, Presses de Sciences Politiques, 2000.

⁸⁸ Pierre Brocheux, *Ho Chi Minh*, Presses de Sciences Politiques, 2000.

⁸⁹ Jérôme Grévy, *Garibaldi*, Presse de Sciences Politiques, 2001.

⁹⁰ Sandrine Kott, *Bismarck*, Presse de Sciences Politiques, 2003.

⁹¹ Stéphane van Damme, *Descartes*, Presses de Sciences Politiques, 2002.

‘Facettes’ se publica aislada, aunque me pareciera una red en un río sin movimiento”,⁹² afirma con amargura el director de la colección, Nicolas Offenstadt. Esa afirmación parece, sin embargo, un poco pesimista, no sólo porque las grandes casas editoriales están en plena mutación interna en ese campo de la biografía, sino también porque había iniciativas, algunas menos innovadoras que las de Nicolas Offenstadt, que contribuían, no obstante, a su manera, a renovar el género. Podemos compararlo con una colección reciente y dinámica lanzada por la joven historiadora Sophie Bajard, en las ediciones Payot. Especialista en historia moderna y en historia del arte, llega a Payot en 1997, con una biografía bajo el brazo, y sale del encuentro con la dirección de la casa editorial como responsable de volver a lanzar una colección un poco sistemática de biografías históricas: “No tenía ninguna pasión especial por la biografía, es la historia lo que me apasiona”.⁹³ Su modelo en material biográfico es el *San Luis* de Jacques Le Goff, ya que ella rechaza la falsa linealidad que lleva del nacimiento a la muerte de un sujeto y él prefiere obras problematizadas. Su catálogo de una veintena de títulos en 2004 le da gran apertura internacional, especialmente medievalista y moderna. En la cubierta, un subtítulo indica cada vez que se trata de una biografía que parte de un problema de tipo histórico. Sin embargo, su deseo de innovación queda limitado por el imperativo comercial y la necesidad de llegar a un promedio de ventas de 3 000 ejemplares por título publicado. La pluralización de las identidades permitió una seria renovación de las biografías de los líderes políticos. El estudio propuesto por Annie Collovald sobre Jacques Chirac es, en ese sentido, ejemplo de un desplazamiento de la mirada de los politólogos en el campo biográfico.⁹⁴ A la pregunta planteada para saber cómo Chirac llegó a ser Chirac, la autora no trata de responder por la reconstrucción *a posteriori* de una trayectoria con señalamientos, y lineal en su ascenso inexorable. Al contrario, parte de la paradoja según la cual nada en la carrera política de Chirac lo predestinaba a personificar la herencia de De Gaulle. La respuesta a esa pregunta se encuentra, por tanto, fuera, en una historia de la confianza de la que gozó Chirac y en los distintos usos que se ha hecho de ese crédito. Partir de esa hipótesis implica no limitarse a un simple relato del trayecto personal del líder gaullista, sino cuestionarse cada vez sobre su eficacia y sobre lo que simboliza como icono.

Annie Collovald incluso considera que, para comprender el núcleo constitutivo de una cierta dramaturgia de Chirac, hay que cuestionar las

⁹² Nicolas Offenstadt, conversación con el autor.

⁹³ Sophie Bajard, conversación con el autor.

⁹⁴ Annie Collovald, *Jacques Chirac et le gaullisme*, Belin, 1999.

a partir de 1974, luego el de las oposiciones declaradas a partir de la creación del RPR en 1976, cuyo momento crucial es el “Appel de Cochin” * en 1978 y, finalmente, el momento de los malentendidos que terminan en 1986.

Este estudio se diferencia de las múltiples biografías publicadas de Jacques Chirac entre 1981 y 1988, fundamentalmente obras de periodistas, entre ellos Thierry Desjardins, Maurice Szafran y Franz-Olivier Giesbert, cuyos proyectos consistieron en hacer el relato del trayecto de Chirac para dejar ver la “verdadera” identidad del hombre detrás de su rostro político, tras la figura oficial del personaje público. De ahí surge, sobre todo en el discurso distanciado y crítico, el retrato de un Rastignac que personifica de maravilla la imagen del arribista que logró ganar París, y luego Francia, pero “pierden de vista la ‘fuerza’ social y política de J. Chirac, las habilidades que tiene y su manera de utilizarlas”.⁹⁸ Debido a que se limita al individuo, a su intencionalidad y a su vida y milagros, el biógrafo clásico tiende a favorecer el modelo de la vocación y a banalizar aquello que especifica el sustrato mismo de la autoridad conquistada que, según Annie Collovald, se sitúa en dos campos importantes: el RPR y la Alcaldía de París.

La propuesta biografía propiamente política sugiere un desplazamiento de óptica en la relación entre el individuo y su contexto ideológico. El gaullismo no se percibe como un baño contextual en el que el individuo Chirac se sumerge; se muestra como constitutivo del destino que fue suyo, y asume la doble herencia, a veces contradictoria, de un gaullismo racionalizado y de un gaullismo carismático. La tensión propia de esta identidad política difícilmente encuentra fases de equilibrio estabilizadas y permite a la biógrafa encontrar el carácter “imprevisible de la trayectoria personal”.⁹⁹

A su vez, los politólogos empiezan a apropiarse del estudio biográfico, con un cierto atraso respecto a las otras disciplinas de ciencias humanas. Además de la postura definida por Annie Collovald, hay otros enfoques en vías de definición. Así, Jean-Patrice Lacam se inspira en el modelo económico de la maximización del interés para analizar la coherencia de las elecciones tomadas por los hombres políticos.¹⁰⁰ Ve al hombre político como administrador de su carrera a la manera de un director de empresa que calcula la validez de sus inversiones.

* N. del Tr.: RPR – Reagrupamiento por la República. “L’Appel de Cochin” es el nombre del comunicado en contra de una política extranjera, “supranacional”.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 266.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 276.

¹⁰⁰ Jean-Patrice Lacam, “Le politicien investisseur: un modèle d’interprétation de la gestion des ressources politiques”, en *Revue française de science politique*, 1989, n° 1, pp. 23-47.

que presta al partido republicano, exige democratizar el partido, con miras al patriotismo de partido.

En contraposición, en la postura de la izquierda, el politólogo Frédéric Sawicki es testigo de un cuestionamiento similar sobre las metamorfosis de la formación de una identidad política a propósito del caso de Laurent Fabius.¹⁰³ El autor desplaza la interrogación tradicional que equivale a preguntarse “¿Quién es Fabius?”, porque cree que no tiene respuesta posible ni mayor interés. La sustituye con otra pregunta: “¿Qué es Laurent Fabius? O dicho de otra manera, ¿cómo es que Laurent Fabius se convirtió en *marca* política, es decir, no sólo en empresario político individual sino en la expresión de un equipo y de un cierto número de valores simbólicos?”¹⁰⁴ El autor parte de la idea de una fluidez, mayor de lo que se cree en general, de la identidad de los individuos en general, y más particularmente, de aquellos cuya vida privada y pública están estrechamente correlacionadas.

La identidad que se busca es la de la construcción elaborada por el individuo mismo. Sawicki pretende no limitarse a la noción de “presentación de sí” de Erving Goffman,¹⁰⁵ que es demasiado inestable en sus variaciones situacionales. Concibe la identidad como una manera de pensar la continuidad de una construcción coherente en el tiempo, que puede experimentar las distintas interacciones en las que se encuentra el individuo. A partir de ese postulado, el biógrafo debe movilizar a la vez los datos objetivos que se refieren a su personaje y el hecho de tomar en consideración la producción de identidad, los distintos modos de apropiación de ese material biográfico por el individuo mismo y por la sociedad. Debido a que se inspira en el modelo de las ciudades de Luc Boltanski y de Laurent Thévenot, Sawicki define una línea de conducta del hombre político que va a tratar de hacer pasar su acción de la ciudad doméstica y comercial al orden de la grandeza cívica y tal vez a la ciudad inspirada, movilizand o otros valores en el nombre de los cuales se justifica su acción a los ojos de los otros y adquiere una grandeza reconocida.

En el caso de Fabius, tenemos una trayectoria de excelencia ejemplar. Procede de una buena familia de dinero, asistió al Liceo Janson-de-Sailly en París XVI, y llevó a cabo sus estudios preparatorios en Louis-le-Grand; fue a la Normal Superior en la calle de Ulm, a la ENA, y estuvo en el Consejo de Estado: Es una trayectoria ejemplar. Se hace miembro del Partido Socialista

¹⁰³ Frédéric Sawicki, “Laurent Fabius: Du ‘Giscard de gauche’ au ‘socialisme moderne’”. Analyse de la formation d’une identité politique”, en *Pôle Sud*, “Biographies et politique”, en *Revue de science politique*, n° 1, otoño 1994, pp. 35-60.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 37.

¹⁰⁵ Erving Goffman, *La mise en scène de la vie quotidienne. 1. La présentation de soi*, Minuit, 1973.

sin entusiasmo ni lirismo en 1973, al final de sus estudios, y en 1976 entra en el círculo cercano a François Mitterrand, en ese entonces Primer Secretario del PS. Al año siguiente, fue elegido para el comité director. En 1984, a los 38 años, pasa a ser el primer ministro más joven de la República. Los comentaristas ven una semejanza con Giscard en cuanto a los orígenes sociales y a la rapidez del ascenso político, y también en un comportamiento más bien distante, calculador, frío, que contrasta en la cultura socialista con la figura tradicional del militante experimentado y apasionado. Sin embargo, esa identidad un poco desplazada e ilegítima en su campo va a servirle en 1984. En efecto, Mitterrand lo nombra al Palacio de Matignon, lo que permite a Fabius “valorizar sus propiedades sociales y el conjunto de sus *savoir-faire* [saber-hacer], empezando por su saber-parecer”.¹⁰⁶ La hipótesis desarrollada por Sawicki equivale a mostrar que lo que podía parecer un obstáculo para su carrera política en el seno del partido socialista, Fabius lo convirtió en ventaja e incluso lo llevó al triunfo.

Algunos estudios politológicos ven el colectivo a partir de la acumulación de materiales de tipo biográfico. Es el caso, a propósito de los militantes del partido comunista, de la obra de Bernard Pudal.¹⁰⁷ Utiliza las fuentes autobiográficas para seguir la trayectoria de los militantes en el aparato del partido en forma de biografías: “La recomposición biográfica sólo puede fundarse sociológicamente si trata de romper con la ilusión biográfica”.¹⁰⁸ El tema de Pudal es la manera en la que se construyen las biografías oficiales, y muestra cómo se impone un ideal-tipo del miembro del partido, “el miembro thoreziano”. A partir de ese modelo construido en la cima, desciende en la jerarquía para poner en evidencia cómo ese modelo lleva a los militantes a percibir por sí mismos su propia trayectoria, comparada con la de ese modelo.

Elige seguir la trayectoria de cuatro militantes de origen obrero que ocuparon cargos importantes en el aparato del partido, sin haber tenido acceso al comité político. Se dedica entonces a restituir en cada etapa el campo de visión en el que cada uno de los individuos biografiados inscribe su acción. Los cuatro militantes elegidos son de la misma generación, nacieron alrededor de 1900, se hicieron profesionales de la política en el momento del giro del partido hacia el bolchevismo entre los años 1924 y 1934. Esos trayectos contribuyen a hacer comprender la fuerza de identificación al partido, que no

¹⁰⁶ Frédéric Sawicki, *op. cit.*, p. 46.

¹⁰⁷ Bernard Pudal, *Prendre le parti. Pour une sociologie historique du PCF*, Presses de la Fondation de Science Politique, 1987.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 238.

se refiere sólo a la adhesión ideológica, sino a la defensa de una línea política. Así, un militante como Fernand Grenier, quien llegó al comité central después de la Segunda Guerra Mundial, tiene una trayectoria constantemente dividida entre dos polos antinómicos: “manual/intelectual, obrero/profesor, sentido común/teoría, canción/cultura, *ethos* obrero/*ethos* pequeño-burgués...”¹⁰⁹ El partido desempeña el papel existencial de mayor importancia, el de lograr reconciliarlo consigo mismo, al hacerlo vivir esas tensiones contradictorias en el modo de la reconciliación. El Partido Comunista Francés se convierte entonces en la posible solución de esas contradicciones.

En la colección de Offenstadt de la Editorial de Ciencias Políticas, la biografía de Maurice Thorez, escrita por Stéphane Sirot,¹¹⁰ hace que aparezca en la primera parte la construcción del icono, todo lo que forma al personaje a partir de la escritura de *Hijo del pueblo* en 1937. A través de esta obra, Thorez encuentra el medio de asentar la legitimidad en el aparato del partido al presentarse como modelo de simbiosis de identidad, y al hacer la síntesis perfecta del obrero, del campesino y del intelectual. Esta construcción es retomada por cada uno de sus contemporáneos y de sus detractores, y se convierte en una apuesta política importante mediante la cual el personaje es primero una construcción social que tiende hacia una práctica.

El biógrafo se dedica a una forma de deconstrucción/construcción del personaje, de su icono. Esta biografía de Thorez muestra hasta qué punto el dirigente del PCF inscribe su práctica en el interior de la tradición del movimiento obrero francés, en primer lugar por su anclaje en el mundo de las minas y los mineros que la marcó con tanta fuerza. Su abuelo materno era minero y él fue educado por un minero; bajó a los yacimientos durante 306 días, y prestó especial atención a ese mundo hasta el final de su vida. Además, Stéphane Sirot muestra otra cara de esta pertenencia de Thorez a la tradición del movimiento obrero gracias al estudio específico que hace de la manera en la que Thorez considera la práctica de la huelga. Hasta principios de los años veinte, Thorez es militante sindical y, aunque elige unirse a la CGTU,* en el fondo permanece fiel a una tradición reformista del sindicalismo, presto a los compromisos como más tarde revelará brillantemente su entrevista en el *Times* del 18 de noviembre de 1946.

Esta actitud interrogativa sobre el icono implica entablar una unión entre biografía y construcción de la memoria como lo hizo Jean Vigreux a propósito de otro secretario general del PCF entre 1964 y 1969, Waldeck

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 245.

¹¹⁰ Stéphane Sirot, *Maurice Thorez*, Presses de Sciences Politiques, 2000.

* N. del Tr.: CGTU – Confederación General del Trabajo Unitario.

personificación del nacionalismo alemán, su figura contribuye a cimentar su fuerza política.

Al retomar la cuestión de la práctica, el biógrafo reúne elementos que aparecen dispares *a priori*, y los coloca juntos en momentos muy distintos de su vida. Resulta de ahí una aportación totalmente consecuente con el plan de los usos de la historia. En ese nivel, la vida continúa después de la muerte. Así, cuando Pierre Brocheux muestra la recuperación de Hô Chi Minh en cultos locales clásicos,¹¹⁷ permite relativizar la visión puramente exterior del personaje al restituir su huella en la memoria colectiva del pueblo vietnamita.¹¹⁸ Lo mismo sucede con la biografía de Garibaldi que revela la amplitud de su culto en Italia. Cuando se trata de personajes como éstos que son constitutivos de las identidades nacionales, esos usos icónicos son totalmente esenciales.

El hombre político está atrapado en estrategias de identidad que comprometen su propia voluntad, pero, más allá de ésta, es tributario de las construcciones de la red de identidad tejida por su circunstancia, y frecuentemente está encerrado en procesos de objetivación que fundamentalmente se le escapan: “En un sentido, el hombre político es un autor en busca de un personaje: Se sirve de tipificaciones como las de militante, parlamentario, es decir, hombre de Estado, que contribuyen a hacer sus acciones lógicas y cronológicamente coherentes, a sus ojos y a los ojos de los otros”.¹¹⁹

4. PSICOHISTORIA Y BIOGRAFÍAS PSICOANALÍTICAS

El psicoanálisis freudiano, que tiene como objeto la psique del individuo, difícilmente puede hacer a un lado el género biográfico, aun si el dispositivo de la cura analítica no considera semejantes esos dos campos de prospección. Freud y sus amigos psicoanalistas dedicaron algunas de sus “sesiones de los miércoles” al estudio biográfico de grandes hombres, de escritores célebres en general: Lenau, Wedekind, Jean-Paul, Honrad Ferdinand Meyer, Grillparzer, Kleist...¹²⁰ En efecto, poner el pasado en relato crea una fuerte

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 70.

¹¹⁷ Pierre Brocheux, *Hô Chi Minh*, Presses de Sciences Politiques, 2000.

¹¹⁸ *Ibid.*, pp. 77-94.

¹¹⁹ Dominique Damamme, “Grandes illusions et récits de vie”, en *Politix, La biographie. Usages scientifiques et sociaux*, no. 27, 1994, p. 186.

¹²⁰ Véase Herman Nunberg y Ernst Federn, *Minutes of the Vienna Psychoanalytic Society*, I, 1906-1908; II, 1908-1910, Nueva York, International University Press, 1967.

analogía entre el género biográfico y la cura analítica; esta última se da con la ambición de llegar a una reconstrucción narrativa a la vez explicativa y aceptable para el paciente.

El mismo Freud ejerció, a su manera, el género biográfico. Con la publicación de *Moisés y el monoteísmo*,¹²¹ y con base en los trabajos del historiador Otto Rank, muestra cómo se instituye la leyenda de un héroe que se opone al poder político del faraón que arrastra tras sí a su pueblo al entregarle la Ley. Freud se interesa aquí en cuestiones de origen; parte de la hipótesis según la cual Moisés es egipcio: “Nos parecerá de repente claro que Moisés era egipcio y muy probablemente un egipcio nacido en la nobleza”.¹²² La lectura que de esta hipótesis hace Certeau insiste en el carácter de ficción atribuido a la historia en ese remontarse a un tiempo originario imposible: “Es una ‘fantasía’, dice Freud”.¹²³ Por tanto, estamos en un espacio de la equívocidad entre ficción e historia. Además, el *Moisés y el monoteísmo* de Freud no es sólo un estudio sobre la tradición judía, sino también, y aun más, un estudio sobre la escritura en la que se plantea la pregunta, en el ocaso de su vida (la obra se publica en el año de su muerte), de su relación de autor con su obra científica, con su tarea de escritor.

Hay una manera historicista de leer las tesis de Freud con el fin de discriminar lo verdadero de lo falso, pero también hay otra dimensión que equivale a tomarse en serio su fantasía como ficción teórica: “Una teoría de la narratividad analítica (o científica) se presenta aquí, pero una vez más en forma de narración histórica”.¹²⁴ La figura de Moisés fascina a Freud desde el principio y se convierte en el nudo esencial de las preguntas que se plantea sobre los orígenes del antisemitismo en esos años 1933-1934 de triunfo del nazismo. Resulta de ahí una fuerte implicación de la subjetividad del propio Freud y de la revolución analítica que inició en su tema de estudio: “La génesis de la figura del judío y la de la escritura freudiana intervienen incesantemente ahí. El *lugar* donde Freud escribe y la producción de *su escritura* entran en el texto con el *tema* que trata”.¹²⁵ Podemos ver ahí el surgimiento de un nuevo régimen de historicidad en el que los acontecimientos ya no indican verdaderamente la consecutividad ni oponen un presente a un pasado ya vivido, pero están unidas por una coextensividad, un pasar las hojas entre varias temporalidades tomadas en un mismo espacio de experiencia, en el interior

¹²¹ Sigmund Freud, *Moïse et le monothéisme*, (1939), Gallimard, col. “Idées”, 1975.

¹²² *Ibid.* p. 17.

¹²³ Michel de Certeau, “La fiction de l’histoire. L’écriture de *Moïse et le monothéisme*”, en *L’écriture de l’histoire*, Gallimard, 1975, p. 312.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 313.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 316.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

los años a medida que sabía más sobre él".¹²⁹ Freud considera que el presidente estadounidense está verdaderamente poseído por un delirio místico que lo lleva a la negación de las coacciones de lo real. Como psicoanalista, pretende comprender los cimientos biográficos de esa neurosis. El retrato que Freud hace de Wilson es, en efecto, el de un iluminado que se cree portador de una misión redentora, que no tendría que rendirle cuentas más que a Dios, hasta el punto de que Freud se escandaliza de su ausencia total de sentimiento de agradecimiento frente a sus familiares y lo juzga inepto para ocuparse de los asuntos de los hombres comunes.

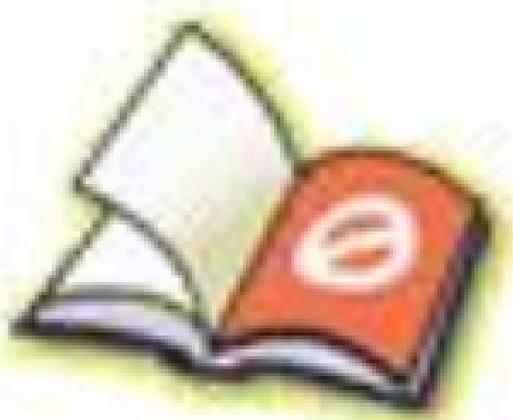
¿Cómo explicar que un individuo así logre el acceso a la más alta función? Freud parte, con sus categorías analíticas, a la busca de claves en la infancia y la adolescencia de Wilson. Descubre a un hombre reprimido, que frena cualquier libido, y cuya primera relación sexual fue con motivo de su matrimonio, a los veintiocho años y medio. Según Freud, lo determinante para definir los rasgos propios de su personalidad se sitúa en las relaciones que tiene con su padre, que era pastor. La mezcla de fascinación/agresividad que define esa relación tomó el camino de la identificación: "Thomas Wilson se identificó con su padre a un grado extraordinario. Tenía los mismos pensamientos, hablaba como él, lo adoptó completamente como modelo".¹³⁰ Wilson lleva el mimetismo hasta dar sermones a la manera de su padre y, si bien este último es deificado, Wilson, como hijo, asemeja su posición a la de Cristo.

Su extrema dependencia a la figura paterna es tal que no obtiene una independencia financiera sino hasta los veintinueve años; hasta los cuarenta, no toma ninguna decisión sin el apoyo paterno. El cuerpo de Wilson es el único que se expresa y reacciona ante esta estructura puramente pasiva. Es objeto de crisis cada vez más violentas de neurastenia que acompañan su constante huida del contacto con el prójimo. La debilidad de su "yo" va acompañada de, y se compensa con, la exaltación de su "superego", que siempre quiere más. Desde los dieciséis años, afirma que será jefe de Estado. Y cada vez que se separa de su padre, le envía cartas apasionadas para hacerle saber su amor filial. Según Freud, Wilson siempre será ese neurótico insatisfecho. Cada elección ganada, que debería ser motivo de alegría, lo hunde, en cambio, en abismos de pesadumbre, de agobio. En 1912 llega a la Casa Blanca y no por ello deja de padecer graves y largos periodos de depresión. En plena guerra, a principios de la primavera de 1916, su "identificación consciente con el salvador parece haberse transformado en fijación".¹³¹ Freud explica la

¹²⁹ Sigmund Freud, en *ibid.*, p. 13.

¹³⁰ *Ibid.*, p. 84.

¹³¹ *Ibid.*, p. 245.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

denuncia de la conservación de la idea de genio artístico que escapa a todo enfoque psicoanalítico.

De acuerdo con Sarah Kofman, ese enfoque freudiano de destitución de los ídolos es una manera de denunciar la ilusión biográfica: “Se encuentra esta actitud religiosa y narcisista respecto a los artistas en todos los niveles. Mediante ella se explica el gusto por las biografías. Nunca aprenden nada sobre sus héroes, pero muestran en el biógrafo la misma actitud infantil que en el lector: admiración e identificación narcisista. Los biógrafos idealizan al héroe y a la vez tratan de reducir la distancia que los separa de él”.¹³⁶ Encontramos en los estudios de tipo biográfico de Freud esta observación de una doble intención no contradictoria del biógrafo que quiere a la vez suprimir y conservar la distancia que lo contrapone al biografiado: “Los biógrafos tienen una fijación especial por sus héroes. Frecuentemente lo eligieron como tema de estudio porque le tenían en seguida un afecto especial, sentimientos personales. Se entregan entonces a un trabajo de idealización que se esfuerza por inscribir al gran hombre en la serie de sus modelos infantiles, por ejemplo, hacer revivir en él la representación infantil del padre”.¹³⁷

Esta ambivalencia entre la voluntad de reducir y de conservar la distancia con el sujeto biografiado debe relacionarse, según Sarah Kofman, con la mirada del niño hacia sus padres, con su admiración mezclada de deseo asesino. Según Freud, la mirada religiosa sobre el mundo debe dar lugar al método científico, y la idealización del genio artístico debe ser sustituida por el método psicoanalítico. Ésta es la mediación indispensable entre el artista y el público para descifrar las dimensiones patológicas, normales y sublimes: “Si un ensayo biográfico quiere penetrar efectivamente hasta la comprensión de la vida del alma de su héroe, no debe, como sucede por discreción o mojigatería en la mayoría de las biografías, silenciar la actividad sexual, la particularidad que se refiere al sexo de quien es tema de investigación”.¹³⁸

De la misma manera en que la actitud del supuesto gran hombre Wilson es la expresión de un Edipo no resuelto, la inspiración artística también señala para Freud una relación con el padre. A diferencia de los biógrafos clásicos que se apoyaban en un material archivístico generalmente abundante, Freud no se detiene en el carácter indispensable de esos archivos con motivo de sus pocas incursiones en el campo biográfico. Así, a falta de documentos escritos sobre Leonardo da Vinci, se conforma con un sueño que tuvo el pintor cuando

¹³⁶ Sarah Kofman, *L'enfance de l'art*, Payot, 1970, p. 31.

¹³⁷ Sigmund Freud, *Un souvenir d'enfance de Léonard de Vinci*, en *Œuvres Complètes*, PUF, vol. x, 1993, p. 157.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 91.

explicación sobredeterminante de su política exterior. El rey Leopoldo III “volvió a vivir el accidente a través de su política fatídica, tomó en sus propias manos la dirección del gobierno (el volante del gobierno) y sustituyó con su reino a la reina difunta”.¹⁵⁴ Así, cuando el rey denuncia la violencia mecánica que padece Bélgica, debemos leer ahí a la vez la *Blitzkrieg* nazi y también el accidente de Küssnacht. A partir de esta deducción, Binion pasa a una hipótesis que va más allá del caso individual para inscribirse como explicación histórica: “Conclusión histórica: fue entonces el accidente de Küssnacht la causa decisiva del retorno de Bélgica a la neutralidad en 1936”.¹⁵⁵

Pero el gran estudio de psicohistoria de Binion se apega, sobre todo, al caso de Hitler, cuya política antisemita –piensa Binion– le viene de una patología ligada a un apego fuera de lo común del joven Hitler hacia su madre, y al hecho de que, cuando ella agonizaba, su médico, el judío Eduard Bloch, encargado de atender su cáncer de seno, le hubiera administrado dosis “letales” de yodoformo que precipitaron su muerte.¹⁵⁶ Esa escena luego desempeñó el papel de arquetipo que permitió ver un antisemitismo obsesivo, ilimitado, en su voluntad destructora. Binion pretende encontrar en ese acontecimiento privado, en ese fallecimiento de la madre de Hitler en 1907 después de siete semanas de tratamiento draconiano, la clave de la política del tercer *Reich*. Hitler tiene entonces dieciocho años y es él quien insiste al médico que la atiende, que haga lo imposible y le aplique un tratamiento peligroso. Vela a su madre, está atento a sus más mínimos movimientos, duerme a su lado en el hospital: “La prueba que vive Hitler durante la enfermedad de su madre dejará huellas en sus incesantes ataques contra el cáncer judío, el veneno judío, el judío aprovechado”.¹⁵⁷ En el plano consciente, no está resentido directamente contra Bloch, a quien envía, un año después de la muerte de su madre, una tarjeta pintada por él, en la que expresa todo su agradecimiento, pero lo que no puede confesar a ese médico va a descargarlo contra el pueblo judío al oponerlo a lo que va a sustituir a su madre: la nación alemana. Esa transferencia se efectúa en 1918 cuando Hitler es gaseado con iperita. Asimila, entonces, en una alucinación durante su estancia en el hospital de Pasewalk, su propio envenenamiento contra quien provocó la muerte de su madre, y atribuye la responsabilidad a los judíos: “Recupera la vista en el instante en el que, después de un trance de éxtasis, una instancia divina le ordena liberar a

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 30.

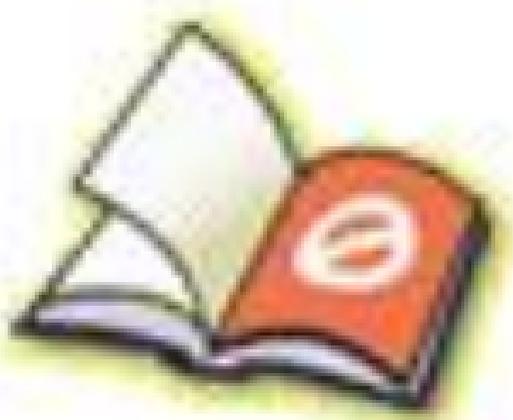
¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 32.

¹⁵⁶ Rudolph Binion, *Hitler et l'Allemagne, l'envers de l'Histoire*, (1976), Point Hors Ligne, 1994.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 63.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

pelo negro que era el Mr. Hyde de Adolfo Hitler”.¹⁶⁷ Para Walter Langer, el judío es, a los ojos de Hitler, la personificación de la perversión sexual como resultado de la proyección de sus propias tendencias a la pasividad femenina y a la perversión: “En su manera de tratar a los judíos, vemos la acción del mecanismo de identificación con el agresor”.¹⁶⁸ Podemos añadir el estudio muy extremo en ese género que se publicó después del libro de Friedländer, el de Robert G.L. Waite.¹⁶⁹ Este último da especial importancia a la “teoría de los cohortes” desarrollada, sobre todo, por Loewenberg, quien une los miedos de juventud de los años treinta a sus angustias infantiles durante los años 1914-1918. El antisemitismo le sirve, entonces, de distracción a sus conflictos edípicos no resueltos. El odio que Hitler siente por los judíos se asemeja a un odio de sí mismo y a un intenso sentimiento de culpabilidad, aun más porque Hitler está convencido de tener sangre judía en las venas. Se aclara entonces toda la lógica de su política, según Waite, por los rasgos de su personalidad patológica. El genocidio se encuentra vinculado a su sentimiento de culpabilidad. La decisión del *Anschluss* está inspirada en la voluntad de asesinato del padre. Las declaraciones de guerra a la URSS y luego a los Estados Unidos corresponden a una necesidad de autocastigo; el decreto *Nacht und Nebel*, promulgado al día siguiente de la declaración de guerra contra Estados Unidos, es, por tanto, también resultado de su propensión a la autoflagelación. En esa fase extrema, no estamos lejos del delirio interpretativo que da la espalda a la historia en su pretensión de explicarla.

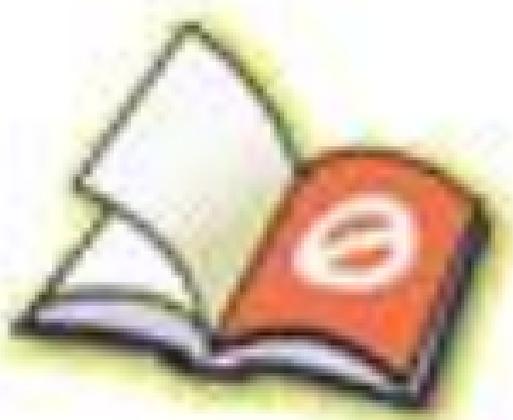
También para Friedländer, el antisemitismo de Hitler debe relacionarse con un conflicto psicosexual que a la vez es profundo y tiene características evidentemente edípicas: “El judío se identifica con el padre detestado, más aun porque Hitler parece haber estado informado relativamente pronto de sus posibles orígenes judíos”.¹⁷⁰ Por tanto, hay una lógica infernal que lleva a Hitler a la eliminación de los judíos que están a su alrededor para extirpar al judío en sí mismo. Pero todavía debemos investigar cómo el joven Hitler experimentó los acontecimientos ocurridos y saber qué fantasmas despertaron en él estos sucesos. Sin embargo, la psicobiografía se enfrenta ahí con una aporía, puesto que “la interpretación de los acontecimientos de la infancia representa la parte más aleatoria de la investigación biográfica, a causa de las

¹⁶⁷ Gertrud M. Kurth, “The Jew and Adolf Hitler”, en Sandor Lorand, *The Yearbook of Psychoanalysis*, Nueva York, v. IV, 1949, pp. 266 ss.

¹⁶⁸ Walter C. Langer, *The Mind of Adolf Hitler. The Secret Wartime Report*, New American Library, 1973, p. 194.

¹⁶⁹ Robert G. L. Waite, *The Psychopathic God. Adolf Hitler*, Nueva York, 1977.

¹⁷⁰ Saul Friedländer, *op. cit.*, p. 89.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Sin embargo, el escritor Dominique Fernandez explora este enfoque, que es el más frecuentemente despreciado, esta relación entre creación y psicoanálisis alrededor de una psicobiografía.¹⁷⁸ Esta actitud debe a la vez defenderse de los prejuicios según los cuales se profana el genio creador cuando se le buscan razones y determinaciones, pero la psicobiografía también debe defenderse en contra de sí misma, contra sus propias tentaciones de ambiciones desmedidas que frecuentemente pretenden dar respuesta a todas las preguntas que se plantea el biógrafo clásico. Dominique Fernandez insiste en el hecho de que la manera en la que el analista debe abordar al hombre es mediante su obra, y define el enfoque psicobiográfico como “el estudio de la interacción entre el hombre y la obra, y su unidad comprendida en sus motivaciones inconscientes”.¹⁷⁹ Ello implica desviarse para estudiar la génesis de la personalidad y, por tanto, explorar el mundo de su infancia. Dominique Fernandez recuerda que Proust sostiene, en toda su obra, una actitud de interrogación sobre lo que impulsa al “yo profundo” del sujeto bajo las capas de su identidad social: “El ‘sacrificio’ de la ‘vida’ a un ‘dios’ interior incluso podría servir para designar esa ley de involución que el psicobiógrafo verifica sobre cualquier gran obra”.¹⁸⁰

Esta actitud presupone considerar a la vez la unidad de la persona y el hecho de que todo en su vida puede ser fuente de sentido. De ahí resulta el hecho de que el psicobiógrafo desplace la pregunta de la relación tradicional entre el hombre y la obra hacia la relación entre el niño y la obra que creará el adulto. Sin embargo, Dominique Fernandez nos pone sobre aviso contra cualquier forma de determinismo causal demasiado estricto: “No pretendemos sostener, empero, que esa obra sea la consecuencia de su pasado”.¹⁸¹ Las relaciones que deben establecerse no son sencillas y nunca son mecánicas. Así, Charles Mauron, al definir el campo de investigación de la psico-crítica, establece una relación que no es directa entre las obras de un autor y los acontecimientos biográficos que le suceden en el plano factual, y que sí lo es entre su obra y sus fantasmas.¹⁸² El otro motivo de la ausencia de todo vínculo mecánico se encuentra en la distensión temporal que existe entre la actitud arqueológica que se enfoca en las neurosis iniciales de la infancia y el estatus de la obra dirigida hacia una poética del porvenir, de un imaginario de proyección hacia el futuro. También podemos objetar a los psicobiógrafos

¹⁷⁸ Dominique Fernandez, *L'arbre jusqu'aux racines. Psychanalyse et création*, Grasset, 1972; reed. en Livre de poche, Hachette, col. “Biblio-Essais”, 1992.

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 40.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 42.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 54.

¹⁸² Charles Mauron, *Introduction à la psychocritique*, Corti, 1963.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Cuando Jacques Nassif y su grupo descubren ese documento, inician su lectura como psicoanalistas sobre el tema de “la religión y el delirio”, y se ponen como norma evitar recurrir a los métodos históricos hasta el momento en el que fue necesario incluir a un historiador. Jacques Nassif decide entonces escribir a un historiador de la época contemporánea, especialista en el hecho religioso: Philippe Boutry. El psicoanalista explica claramente a su interlocutor historiador que creía poderse ahorrar sus servicios: El “personaje de Martín había sabido imponer su tema a nuestra investigación, sin que tuviéramos necesidad de saber si el portador de ese nombre había existido realmente, o si sus actos estaban históricamente probados. Pretendíamos hacer esta lectura como psicoanalistas, tentativa que nos demostró hasta qué punto somos nosotros dos colegas que se ignoran por profesión”.²⁰⁰ Jacques Nassif retoma ese argumento, en el curso de la correspondencia, al apoyarse en Lacan para afirmar que la verdad tiene estructura de ficción. Sin embargo, a pesar de su reticencia, es él quien recurre al historiador: “Todo tiene un fin, incluso y sobre todo el psicoanálisis; *a fortiori* cuando se le convoca hacia aquello que objetivamente lo rebasa como la locura o la historia, en este caso de las realidades casi impenetrables. ¿Me ayudaría usted a desenredar esta madeja, de acuerdo con sus habilidades?”²⁰¹ Su petición es del tipo del establecimiento factual, de la identificación de lugares, de personas, de acontecimientos con el fin de contextualizar el relato. Por su parte, el historiador se asombra de una cierta ingenuidad del psicoanalista frente a un documento histórico: “Su confianza, casi ingenua, en el texto que nos legó la sustancia de esa asombrosa historia, me sorprendió... ¿Cómo pudo usted, con toda tranquilidad de espíritu, prestar oídos al discurso de ese muerto, que no vino a tenderse en su diván? Eso me intriga, y necesito que usted me lo explique”.²⁰² Philippe Boutry va a los Archivos nacionales, a los Archivos departamentales de Eure-y-Loira, de Chartres, y encuentra fácilmente las huellas de Martín. Se dio entonces un intercambio regular de correspondencia, primero espontánea alrededor de esa investigación, luego en vistas a la redacción que se impuso en forma de una obra por cartas. Ese procedimiento obliga a no mezclar abusivamente los géneros. Si el psicoanalista estuvo en posición de preguntarle al historiador, este último reconoce la aportación de su interlocutor cuyo trato es para el historiador un aprendizaje de la reflexividad.

Entre las innovaciones editoriales, hay una, radical: la colección “L’un et l’autre” presentada por el psicoanalista Jean-Bertrand Pontalis en las edicio-

²⁰⁰ *Ibid.*, p. 9.

²⁰¹ *Ibid.*, p. 10.

²⁰² *Ibid.*, p. 67.

tradicional. Uno y el otro: el autor y su héroe secreto, el pintor y su modelo. Entre ellos, un vínculo íntimo y fuerte. Entre el retrato del otro y el autorretrato, ¿dónde poner la línea divisoria? Unos y otros: tanto aquellos que ocuparon brillantemente el frente de la escena como aquellos que sólo están presentes en nuestra escena interior, personas o lugares, rostros olvidados, nombres borrados, perfiles perdidos.

El primer título fue un intento que se transformó en una acción magistral. *Glenn Gould, piano solo*, de Michel Schneider, se publicó en 1988 y recibió al siguiente año el premio Femina Vacaresco. Poco después se publica el *best-seller* de la colección, la evocación de Francisco de Asís por parte de Christian Bobin, *Le Très-Bas*,²¹¹ que recibe el premio Deux-Magots, el Premio Joseph Delteil y el Gran Premio católico de literatura. Entre historia y memoria, entre ficción y factualidad, esta colección se sitúa en un entreacto. Está compuesta de estudios muy distintos, pero todos guiados por una relación intensa de amor del autor por su tema, una relación muy personal llevada a cabo por la escritura. De ahí surge la orientación más literaria que histórica de esas publicaciones. La mayor parte del tiempo, Pontalis busca un autor cuyas obras aprecia, y luego lo deja elegir libremente su tema. Por tanto, no son libros sobre pedido. De esa manera, empezó por buscar a amigos suyos, como Michel Schneider y aun Claude Roy, con quien trabajaba en la misma oficina en Gallimard.²¹² En el caso de Christian Bobin, lo contrató para su colección sin conocerlo, tras haberse entusiasmado con su libro *Un pequeño vestido de fiesta*:²¹³ “Me contestó a vuelta de correo. Estaba yo de vacaciones en ese momento. Me decía que pensaba desde hace mucho tiempo escribir sobre Francisco de Asís y me envió su manuscrito tres meses más tarde”.²¹⁴ De igual manera, Pontalis no conocía personalmente a Pierre Michon, pero apreció mucho sus *Vidas minúsculas*,²¹⁵ y las considera un gran libro. Se pone en contacto con él para que le dé un manuscrito: “Como Michon es un poco bromista, me dijo que haría algo sobre Fausto Copi, y luego adelantó el nombre de Marilyn Monroe. Le contesté sin entusiasmo: ‘¿Por qué no?’ Finalmente, escribió sobre Rimbaud²¹⁶”.²¹⁷ Los personajes y campos elegidos son, por tanto, muy distintos. Aunque está compuesta predominantemente de escritores, la evocación puede ser la de un pintor, como la de Guy Gof-

²¹¹ Christian Bobin, *Le Très-Bas*, col. “L’un et l’autre”, Gallimard, 1992.

²¹² Claude Roy, *L’ami qui venait de l’An Mil*, col. “L’un et l’autre”, Gallimard, 1994.

²¹³ Christian Bobin, *Une petite robe de fête*, Gallimard, 1991.

²¹⁴ Jean-Bertrand Pontalis, conversación con el autor.

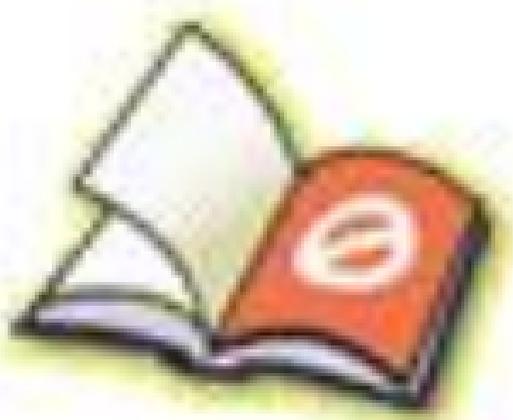
²¹⁵ Pierre Michon, *Vies minuscules*, Gallimard, 1984.

²¹⁶ Pierre Michon, *Rimbaud le fils*, col. “L’un et l’autre”, Gallimard, 1991.

²¹⁷ Jean-Bertrand Pontalis, conversación con el autor.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

5. LAS METAMORFOSIS DE LA IDENTIDAD NARRATIVA

Wilhelm Dilthey defiende la pertinencia de la entrada de la biografía en el mundo histórico, en torno a la noción de *Erlebnis*, o sea, a la posibilidad de “revivir” la experiencia histórica. Mientras que la corriente durkheimiana niega toda pertinencia a la biografía, la sociología abarcadora hace de ella su tema predilecto en la medida en que ella integra en el acto de saber la implicación subjetiva del erudito: “El curso de la vida humana es la unidad natural que nos es dada para evaluar de manera concreta la historia de los movimientos espirituales”.²³⁰ Dilthey otorga una gran importancia a la empatía en el proceso de conocimiento de las ciencias del espíritu, a la implicación del sujeto en su tema de investigación, e insiste en la necesidad que tiene todo individuo de su otro, que es lo que fundamenta el deseo biográfico: “¿Cómo una conciencia individualizada puede permitir así un conocimiento objetivo de una individualidad totalmente diferente? ¿Cuál es ese proceso tan poco semejante a los otros enfoques del conocimiento?”²³¹

En contra de la concepción positivista de Windelband para la cual las ciencias de la naturaleza son las únicas que permiten el acceso a lo universal mientras que las ciencias morales sólo señalan lo particular,²³² Dilthey valoriza la individuación como forma de combinación posible de lo singular y de lo general en la medida en que no hay diferencia de objeto entre esas dos dimensiones. Su correlación pasa por el yo: “Es en la biografía en la que mejor se ve esta apreciación autónoma de la persona que es especial para las ciencias del espíritu”.²³³ Por tanto, rechaza la oposición defendida por Windelband entre las ciencias nomotéticas que atañen a las ciencias de la naturaleza y las ciencias ideográficas, y habla de lo que es singular. Dilthey propone la idea de que lo propio de las ciencias del espíritu es justamente esta combinación entre lo singular y lo general, lo formal y lo vivido: “Si destruimos esa conexión, partimos en dos ese sistema noético de cualquier ciencia del espíritu”.²³⁴

De acuerdo con Dilthey, el investigador dispone, con la biografía, del campo de experimentación más favorable para comprender los procesos de individuación existentes en el principio de evolución. La investigación se eleva, así, de lo experimentado en la multiplicidad de sus manifestaciones,

²²⁸ *Ibid.*, p. 106.

²²⁹ Alain Boureau, *op. cit.*, p. 16.

²³⁰ Wilhelm Dilthey, *Le monde de l'esprit*, Aubier, 1911, t. 1, p. 42.

²³¹ *Ibid.*, p. 320.

²³² Windelband, *Geschichte und Naturwissenschaft*, Strassburger Rektoratsrede, 1894.

²³³ Wilhelm Dilthey, *Le monde...*, *op. cit.*, p. 217.

²³⁴ *Ibid.*, p. 263.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

y de las respuestas a la pregunta “¿quién?” en los campos del discurso, del relato y de la acción. La persona aparece entonces al final de una operación de separación de las formas de inscripción de la identidad. Ricœur distingue, en efecto, durante su demostración, la mismidad de la ipseidad. La mismidad evoca el carácter del sujeto en lo que tiene de inmutable, como sus huellas digitales, mientras que la ipseidad remite a la temporalidad, a la promesa, a la voluntad de una identidad conservada a pesar del cambio: Es la identidad en su trayectoria de pruebas del tiempo y del mal. “Nuestra tesis constante será que la identidad en el sentido de *ipse* no implica ninguna afirmación referente a su supuesto núcleo no cambiante de la personalidad”.²³⁸ Por tanto, la ipseidad no se construye en una relación analógica de exterioridad al otro, sino en una implicación, una verdadera fusión con el otro”.²³⁹

La hermenéutica del sí mismo se encuentra en una verdadera encrucijada de una doble dialéctica entre el *idem* y el *ipse*, y entre la ipseidad y la alteridad en el interior. La trayectoria del sí mismo aparece entonces como la de una toma de responsabilidad, de un compromiso que se encarga de vivir la experiencia como modo de advenimiento al sí mismo. En este sentido, el sí mismo es la dimensión reflexiva de todos los pronombres personales. No es ni el yo, ni el tú, ni el él, y al mismo tiempo los engloba a todos como su forma secundaria. La otra ventaja de la noción de sí mismo es el imposible acceso inmediato a un conocimiento que sólo puede ser indirecto. Permite evitar la ruinosa alternativa entre un *ego* todopoderoso, divinizado, y un sujeto humillado, intimidado. A pesar de que Ricœur opone al carácter todopoderoso de la conciencia las múltiples desviaciones necesarias, los descentramientos indispensables para comprender, utiliza como argumento, frente a las filosofías de la sospecha, la noción más importante del sí mismo, la de la verificación, a la que define en 1988 en Cerisy como una manera de situarse entre fenomenología y ontología.²⁴⁰

Esta verificación de sí mismo como ser que actúa y sufre, y que se expresa mediante el testimonio,²⁴¹ “sigue siendo el último recurso contra toda sospecha”;²⁴² en ese sentido, la hermenéutica del sí mismo, según Ricœur, puede “pretender mantenerse a la misma distancia del *cogito* exaltado

²³⁸ *Ibid.*, p. 13.

²³⁹ *Ibid.*, p. 14.

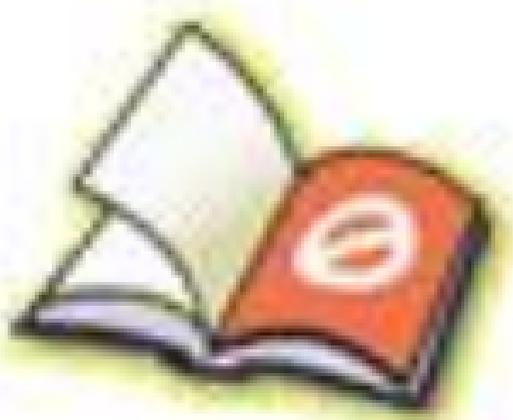
²⁴⁰ Paul Ricœur, “L’attestation: entre phénoménologie et ontologie”, en *Les métamorphoses de la raison herméneutique*, Cerf, 1991, pp. 381-403.

²⁴¹ Paul Ricœur, “L’herméneutique du témoignage”, en E. Castelli (ed.), *Le témoignage*, París, Aubier, 1972, pp. 35-61.

²⁴² Paul Ricœur, *Soi-même comme un autre*, *op. cit.*, p. 35.



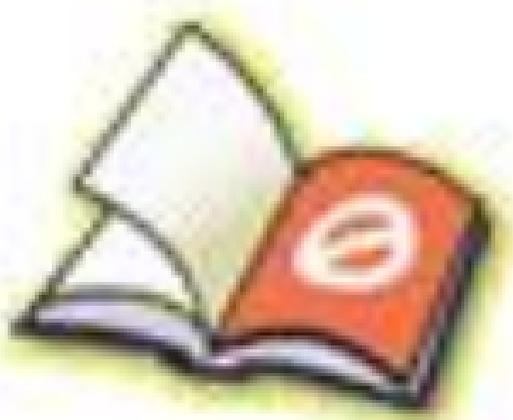
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



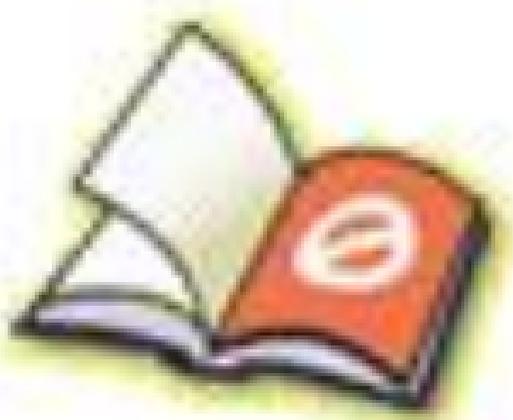
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



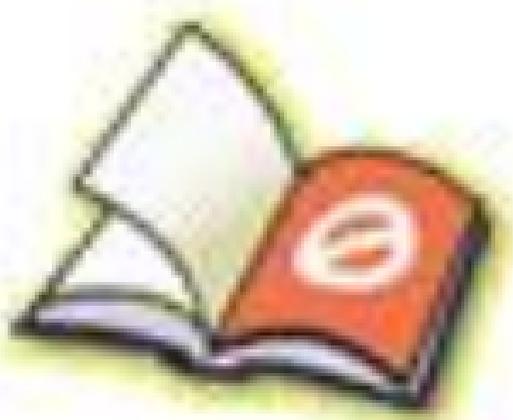
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



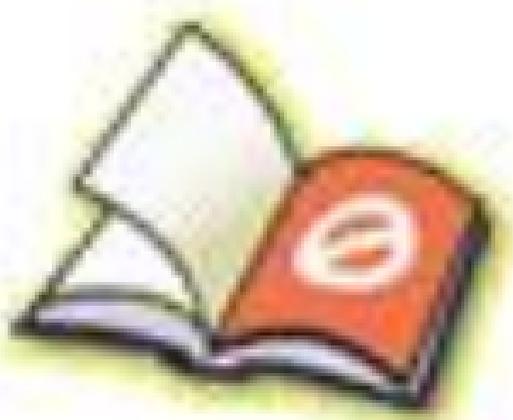
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



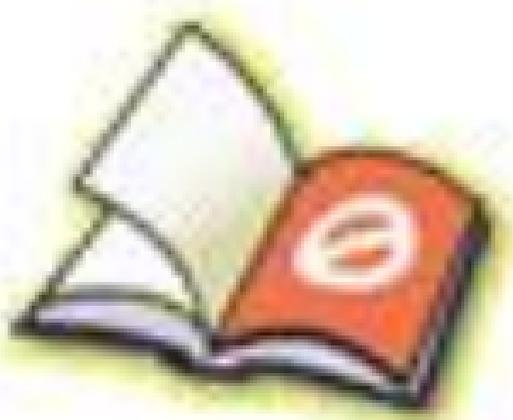
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



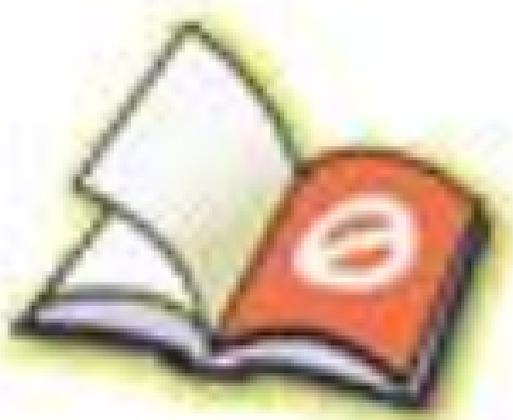
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



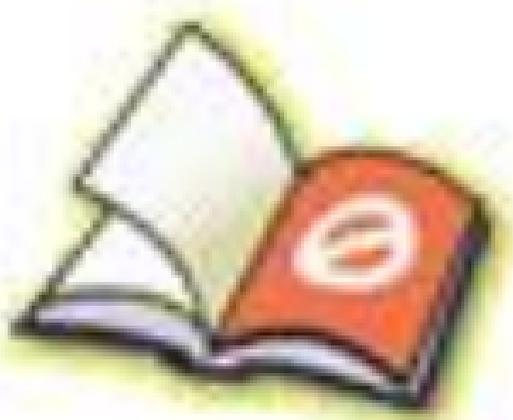
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



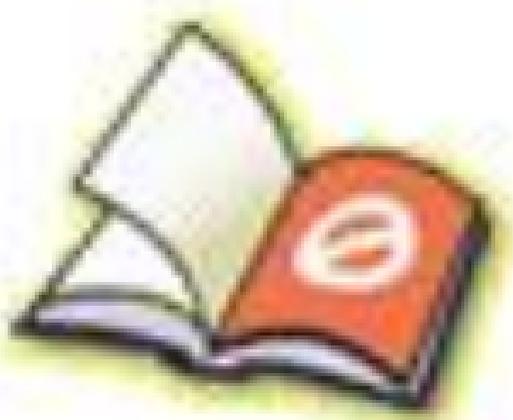
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



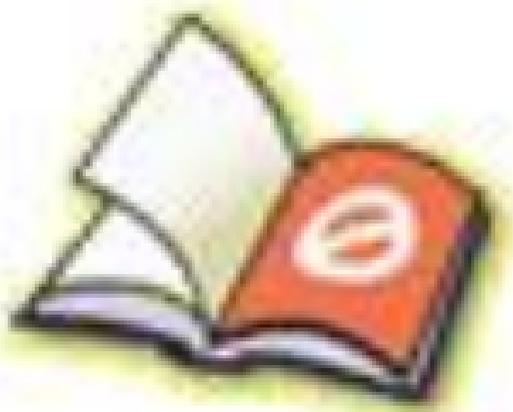
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



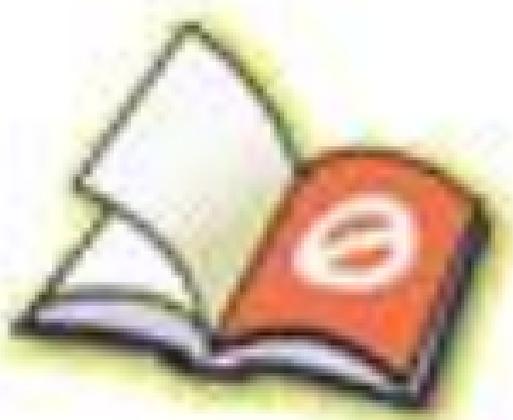
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



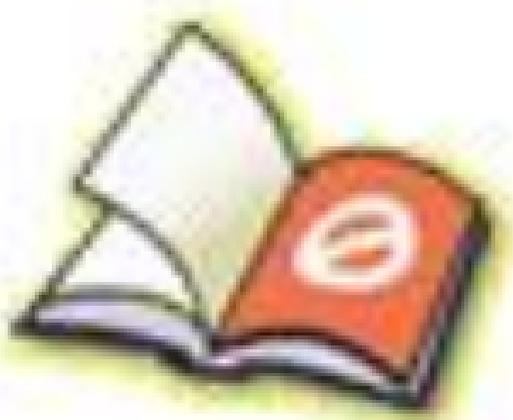
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



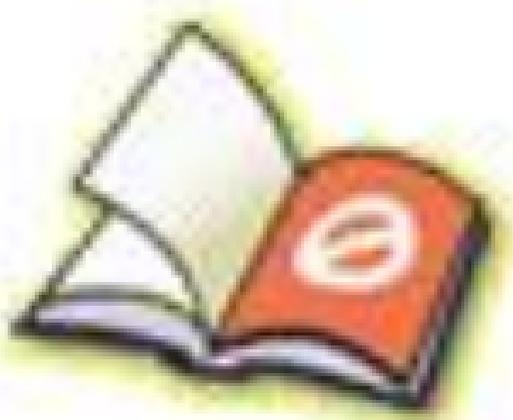
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



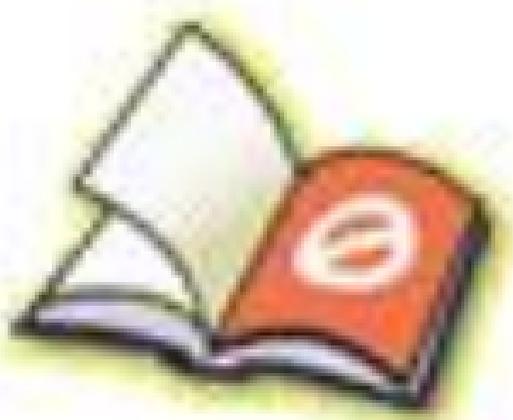
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



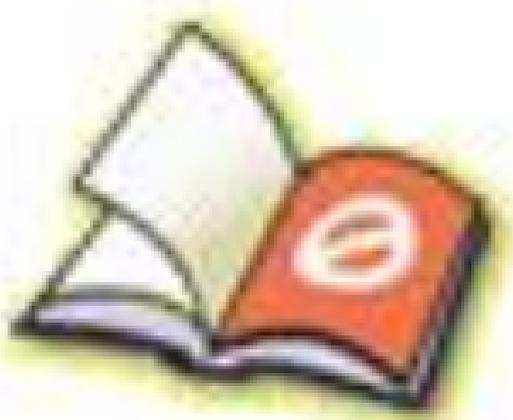
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



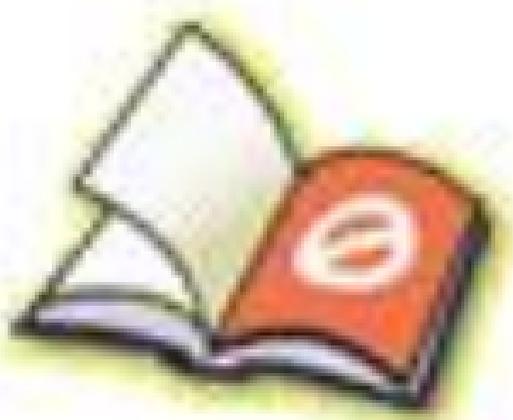
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



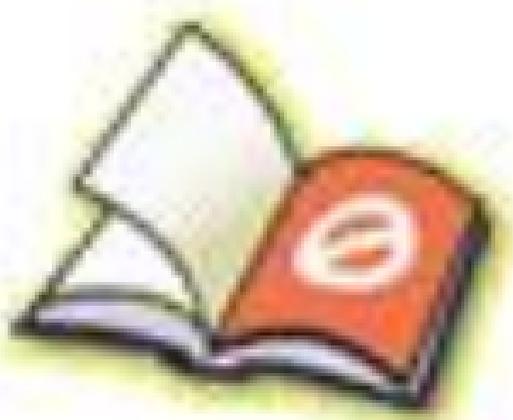
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



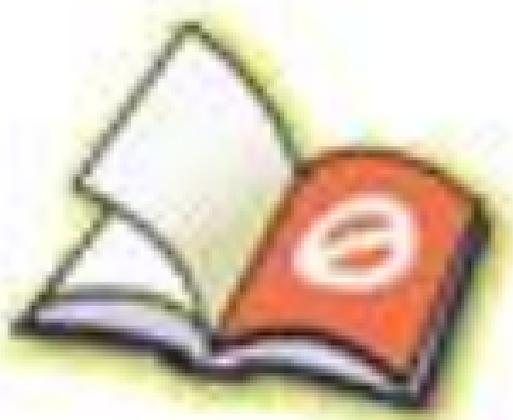
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



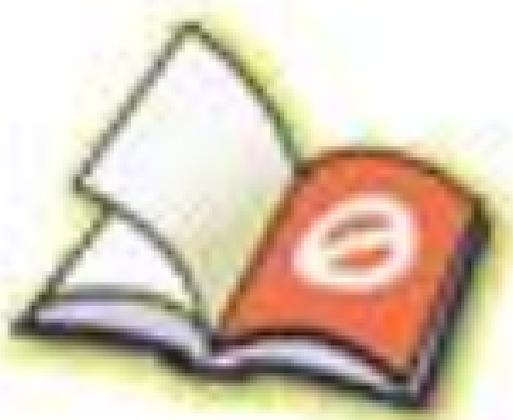
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



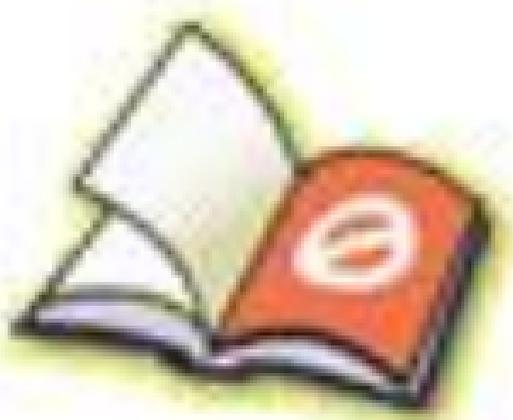
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



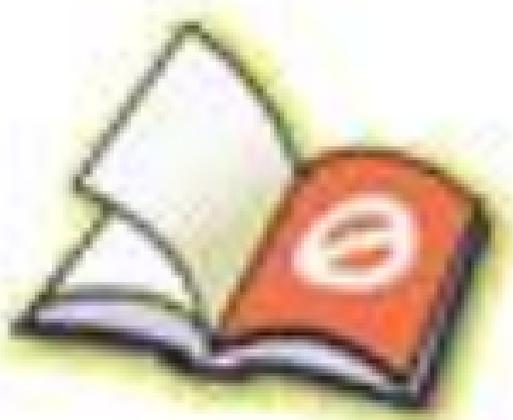
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



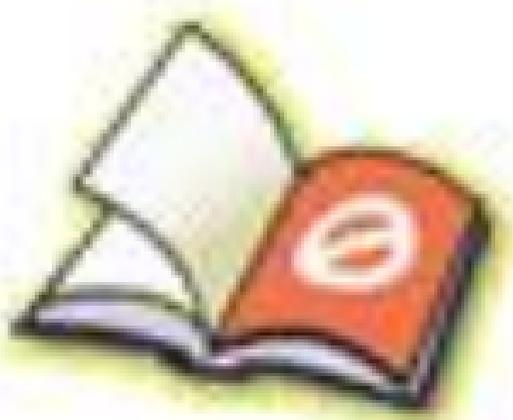
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



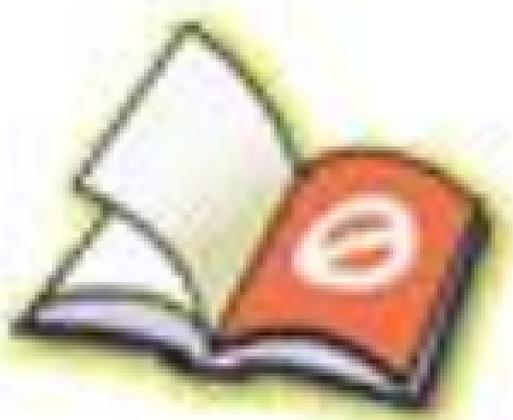
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



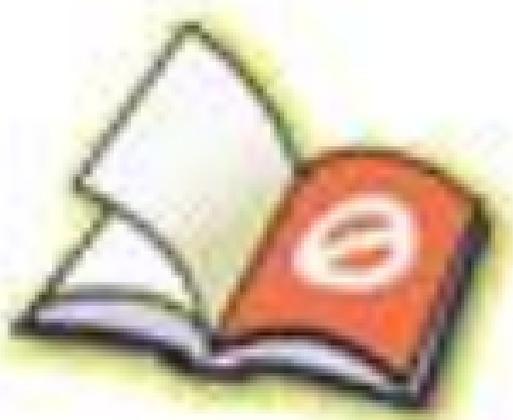
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



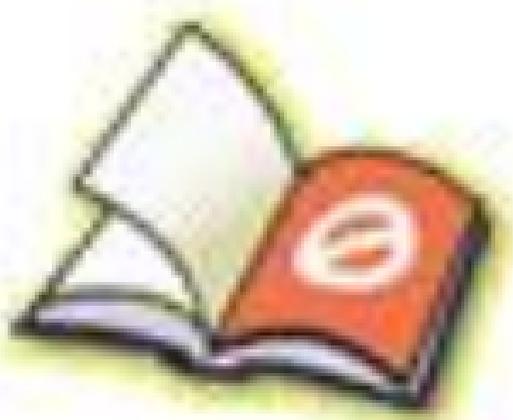
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



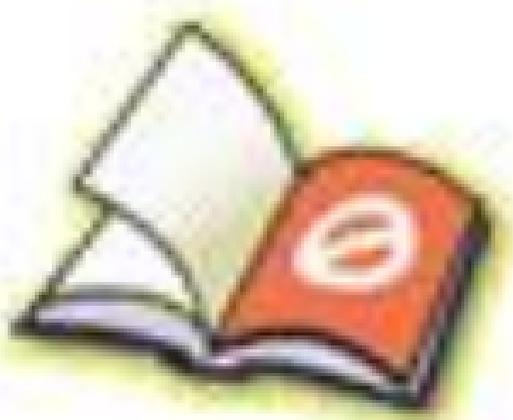
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



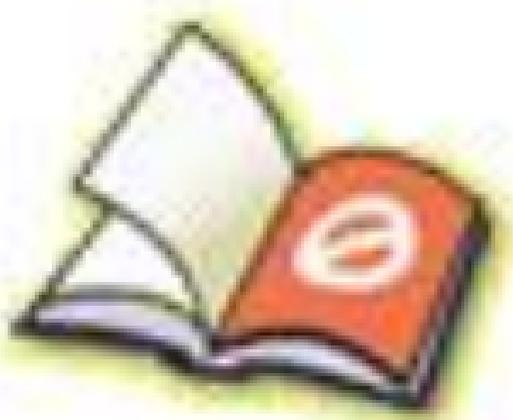
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



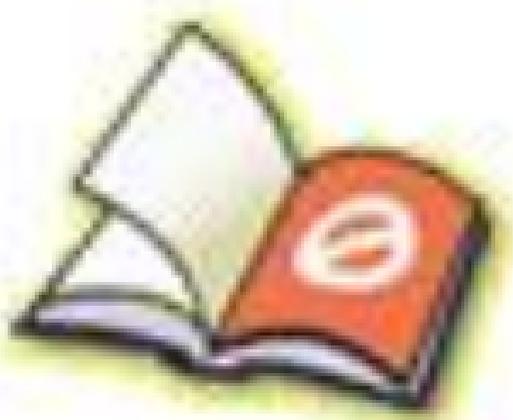
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



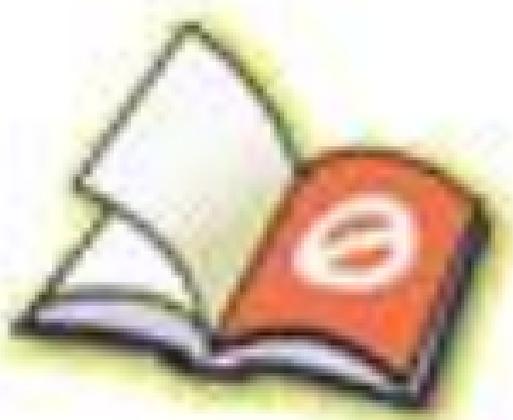
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



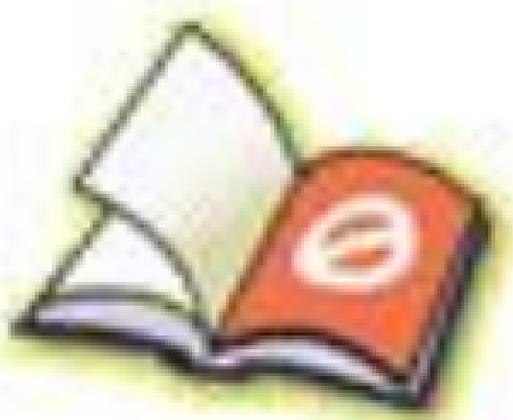
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



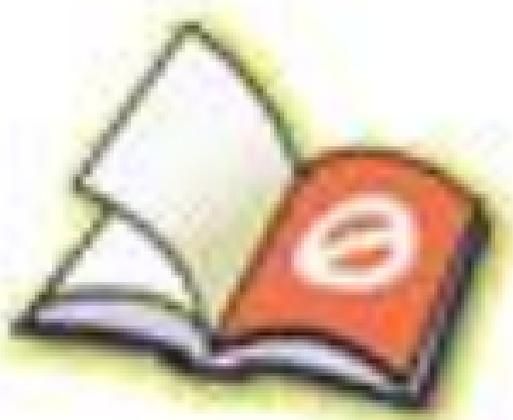
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



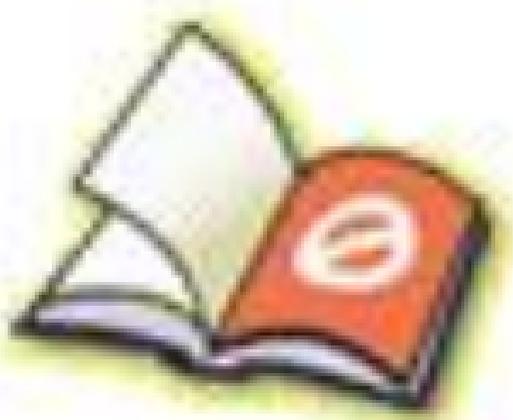
You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

ABASTADO, Claude, 57, [60](#)
ABELARDO, [127](#), 211, 255, 256, 379
ABENSOUR, Miguel, [145](#), [146](#)
ABOU, Sélim, 246
ADLER, Laure, 388, 389
ADRIANO, [115](#)
AGESILAS, 104, [107](#)
AGRICOLA, Julius, 108, 109
AGULHON, Maurice, 247, 304
AIGRAIN, René, 122
ALBERT, Jean-Pierre, [135](#), 165
ALCIBÍADES, [107](#), 113, 114
ALEJANDRO, [107](#), 109, [111](#), 367, 368
ALEXANDRE, Michel, 405
ALLEN, George, 26
ALTHUSSER, Louis, 410, 411
AMALVI, Christian, 165
AMOUROUX, Henri, 22
AMYOT, [138](#)
ANÍBAL, [107](#)
ANTOINE, Michel, 88, 218
ANTONELLE, Pierre-Antoine, 265, 266
ANTONETTI, Guy, 88
ARAGO, 272
ARAGON, Louis, 389
ARENDT, Hannah, 381-5, 414, 416, 429
ARNAUD DE BRESCIA, 255-7, 318
ARNAUD, Claude, 19-21

ARNOLD, Dr, 33
ARNOLD, Matthieu, 369, 370
ARON, Raymond, [16](#), 355
ARTIÈRES, Philippe, 273
ASSOULINE, Pierre, 387, 388
ATILA, 364
AUBREY, 27
AUDI, Paul, 380
AUGUSTO, [115](#), 117
AZOUVI, François, 9, 414-8

B

BABEUF, 167
BACH, Juan-Sebastián, 176, [180](#)
BACHELARD, Gaston, 387
BADIE, Bertrand, [316](#), [317](#)
BADINTER, Elisabeth, 167
BADINTER, Robert, 167
BAECHLER, Christian, 86, 87
BAILLET, Adrien, 419
BAJARD, Sophie, 9, [319](#)
BAJTIN, Michaël (también BAKHTIN),
[137](#), 251
BAKER, Chet, 51
BAKER, Vera, 51
BAJTIN, Michaël, [137](#), 251
BAKUNIN, 414
BALZAC, Honoré de, 25, 46, 47, 58, [60](#),
63, 67-70, [91](#), 229, 272, 312, 364

- BARA, [146](#)
 BARBIN, Herculine, 263, 264
 BARNES, Julian, [60-2](#), 313
 BARRAQUE, Jean, 177
 BARRAS, 47
 BARRE, Raymond, 22
 BARRET-KRIEGEL, Blandine, 128
 BARRETT BROWNING, Elizabeth, 35, 36
 BARTHES, Roland, 42, [44](#), 45, 65-7,
[163](#), [189-93](#), [307-11](#), 406, 407,
 409, 432
 BASIN, Thomas, [133](#)
 BASTIDE, Roger, 245
 BAUDELAIRE, Charles, 18, [60](#), 63, [155](#),
 224, 225
 BAYARD, 41, 80, [152](#), 165, 166, [301](#),
 345, 414
 BAYLE, [16](#)
 BAYROU, François, 73
 BEAUNE, Colette, 363
 BEAUVOIR, Simone de, 226
 BECKER, Annette, 404, 405
 BECKER, Howard S., [201](#)
 BECKER, Jean-Jacques, 304
 BÉDARIDA, François, 84
 BEDE EL VENERABLE, 122
 BEECH, Thomas, [216](#)
 BEETHOVEN, 175-8
 BEILLEVAIRE, Patrick, [186](#)
 BELLEMIN-NOËL, Jean, 344
 BELOT, Robert, 389, 390
 BELOT, Émile, [215](#)
 BENASSAR, Bartolomé, 92
 BENJAMIN, Walter, 15, 384, 385
 BENOIST-MÉCHIN, 21
 BENZA, Alban, [186](#)
 BENZAUDE-VINCENT, Bernadette, 423
 BERG, Alban, 177
 BERGERON, Louis, 218
 BERGSON, Henri, [181](#), 335, 377, 397, 398
 BERLIOZ, 177, 178
 BERNARD, Catherine, 36
 BERNARDO DE Clairvaux, 170, 256
 BERR, Henri, 54
 BERSTEIN, Serge, [209](#)
 BERTAUX, Daniel, [235](#), [240-3](#), 246
 BERTEAUX-WIAME, Isabelle, 246
 BERTHOLET, Denis, 413
 BIANCHI, L., 176
 BIDENT, Christophe, 390
 BILLARD, Thierry, 9
 BILLOT, Antoine, [314](#), [315](#), 352
 BINET, Claude, 143, 144
 BINION, Rudolph, 335-7
 BISMARCK, [318](#), 326
 BIZET, Georges, 177
 BIZIÈRE, Jean-Maurice, 219
 BLANCHOT, Maurice, 173, 390, 411
 BLASQUEZ, Adelaïde, [236](#), [237](#)
 BLOCH, Eduard, [337](#), 339
 BLOCH, Marc, [185](#), [187](#), [193](#), 196,
[317](#), [318](#), 384, 385
 BLOOR, David, 420
 BLUCHE, François, 22, 210, [217](#)
 BLÜCHER, Heinrich, 382, 383
 BLUM, Léon, 97
 BOAS, Franz, 244
 BOBIN, Christian, [351](#), 352
 BOILEAU, 143
 BOLLAND, 128
 BOLLÈME, Geneviève, 121, 248
 BOLTANSKI, Luc, 172, [180](#), [203](#), 295,
[323](#), 416, 429
 BON, François, [52](#), 53
 BONAPARTE, LUIS, 75, 232, 364
 BONAPARTE, Marie, 331
 BONAPARTE, Napoleón, 74, [146](#), [147](#),
[149](#), [152](#), 164, 232, 265, 364, 423
 BONNARD, 352
 BONNET, Jean-Claude, [145](#), [150](#), [153](#)
 BORDIER, Pierre, [302](#)
 BORGES, Jorge-Luis, [16](#)
 BOSSUET, 368
 BOSWELL, James, [31](#), [32](#)
 BOUCICAUT, [135](#), [136](#)
 BOUCOURECHLIEV, André, 177

- BOUDON, Jacques-Olivier, 219
 BOULAINVILLIERS, 366
 BOURDIEU, Pierre, 198-203, 218, 241, 275, 284, [316](#), [317](#), 421, 430
 BOUREAU, Alain, 122-5, 128-30, 256, 286-8, 290, [318](#), 352-4
 BOURGEON, Jean-Louis, [208](#), [209](#)
 BOURGUIBA, Habib, 96
 BOUTIER, Jean, 384
 BOUTRY, Philippe, 347, [348](#)
 BOUWSMA, William J., 293
 BOVET, Henri, 9
 BRACHER, Karl-Dietrich, 371
 BRAHMS, 178
 BRASILLACH, Robert, 389
 BRAUDEL, Fernand, 81, 193, 194, 196, 412, 413
 BRECHT, Martin, 369
 BRETON, André, 42
 BRIAND, Aristide, 398
 BRIANT, Pierre, 367, 368
 BROCHEUX, Pierre, [318](#), [327](#)
 BROSZAT, Martin, 372
 BROUÉ, Pierre, 77, 93
 BROUZENG, Paul, 423
 BROWN, Peter, 255, 281-6
 BRUTO, [146](#)
 BUBER, MARTIN, 379
 BUIS, Georges, [95](#), 97
 BUISINE, Alain, 222, 311-4
 BULLITT, William, [329](#)
 BURCKARDT, Jacob, [134](#), [153](#)
 BURGOS, Martine, 248
 BURGUIÈRE, André, 194-6, 247, 248
 BURNS, [149](#)
 BYRON, 25, 50
- C
- CABAN, Jacques, [147](#)
 CALÍGULA, 116, 117
 CALLON, Michel, [180](#), 419, 420
 CALVET, Louis-Jean, 406, 407
 CALVINO, Juan, 158, [162](#), 291, 293, 294
 CAPETO, Hugo, 89
 CARLOMAGNO, 89, 117, [151](#), 166, 168, 256, [296](#), 365, 366
 CARLOS DE BORBÓN, 291, 294-6
 CARLOS V, [48](#), 49, 82, [151](#), 294
 CARLOS IX, 291
 CARLOS EL TEMERARIO, 74
 CARLOS MARTEL, 165, 166
 CARLYLE, Thomas, [147-9](#)
 CARNÉ, Marcel, 272
 CARNOT, Lazare, 424, 425
 CARNOT, Sadi, 424
 CARRACCI, Anibal (también Aníbal), 174, 175
 CARRÈRE D'ENCAUSSE, Hélène, [91](#)
 CARTIER-BRESSON, Henri, 387, 388
 CASANOVA, Antoine, 67
 CASTELLAN, Georges, 304
 CASTELLI, E., [356](#)
 CASTELOT, André, 21
 CASTEX, Pierre-Georges, [60](#)
 CATANI, Maurizio, [237](#), [240](#), 246
 CAZELLES, B., 126
 CEDRONIO, Marina, [185](#)
 CÉLINE, Ferdinand, 389, 411
 CENTLIVRES, Pierre, [135](#), [138](#), 165, [236](#), 249
 CERTEAU, Michel de, 11, 19, [40](#), [119](#), 120, 125, 257-61, 272, 292, 294, [300](#), [301](#), [328](#), [329](#), 365, 395-7, 431, 432
 CÉSAR, Julio, 107, 109, 111, 117, 166, 289, 290, 366
 CHABRIER, Emmanuel, 176
 CHABROL, Claude, [238](#)
 CHAIX, Géraud, 75
 CHAMBOREDON, Jean-Claude, [203](#)
 CHAMFORT, 19
 CHARLE, Christophe, 218
 CHARPENTIER, François, 143
 CHARPENTIER-MORIZE, Micheline, 423
 CHASTEL, André, 169, 170
 CHASTENET, Jacques, 21

- CHATEAUBRIAND, René de, 25, 38, 43-6, 54, 66, 67, [91](#)
 CHAUMEIX, André, 166
 CHAUNU, Pierre, 11, 82, 93
 CHAUSSINAND-NOGARET, Guy, 218
 CHAUSSON, Ernest, 176
 CHAUVIRÉ, Christiane, 380
 CHEVALIER, Yves, 246
 CHIANTARETTO, Jean-François, 334
 CHIRAC, Jacques, [319-21](#)
 CHOPIN, Federico (también Frédéric), 176, 178
 CHOTARD, Loïc, [154](#), [155](#)
 CHURCHILL, Winston, 84, 168
 CICERÓN, [107](#), 108, [138](#)
 CITRON, Suzanne, 165
 CIZEK, Eugen, [115](#), 117
 CLAPIER-VALLADON, Simone, 244, 245, 358
 CLARA DE RIMINI (también Claire), [131](#), [132](#)
 CLEOPATRA, 112, 113
 CLIN, Marie Véronique, 80
 CLODOVEO, [123](#), 166
 COCHINAT, Victor, 272
 COCTEAU, Jean, 19, [20](#)
 COHEN-SOLAL, Annie, 399
 COHN, Dorrit, 43
 COLBERT, 49, 142, 143, [151](#), [184](#), [208](#), [209](#)
 COLLADON, Nicolas, 293
 COLLIN, Françoise, 381
 COLLOT D'HERBOIS, 47
 COLLOVALD, Annie, [319-21](#)
 COLÓN, Cristóbal, [153](#), 168, 350
 COMETTI, Jean-Pierre, 380
 COMPAGNON, Antoine, 53, 54
 CONDORCET, 167, 168, 424
 CONINCK, Frédéric de, [202](#)
 CONSTANT, Benjamin, 398, 399
 COPPI, Fausto, [351](#)
 COQUARD, Olivier, 166, 167, 370
 CORBIN, Alain, 41, [297](#), [298](#), [300](#), [302](#)
 CORDAY, Charlotte, [145](#)
 CORIOLANO, 113, 114
 CORNETTE, Joël, 266, 267
 COULAN, Alain, [240](#)
 COUSIN, Victor, 158-61, 417
 CRISTINA (reina), 419
 CHRISTINE DE PISAN, 80
 CROMWELL, [149](#), [151](#)
 CROSSMAN, Sylvie, 94, 97, [99](#), 100
 CROUZET, Denis, 291-6
 CUIN, Charles-Henry, 239
 CURIE, Irène, 423
 CURIE, Marie, 168, 423
 CZARNOWSKI, Stefan, [134](#)
- D*
- D'AILLY, Pierre, [133](#)
 D'ARBRISSEL, Robert, [130](#), [131](#)
 D'ARGENLIEU, Thierry, [95](#)
 D'ARGENSON, René, 260, 261
 D'ARTAGNAN, 50
 D'AVESNES, Jean, 135
 D'HONDT, Jacques, 414, 415
 D'OIGNIES, Marie, [127](#), 128
 DADOUN, Roger, 18, 19
 DAIX, Pierre, 412
 DALARUN, Jacques, [130-2](#)
 DAMAMME, Dominique, [327](#)
 DAMBRE, Marc, 42, 67
 DANTE, [148](#)
 DANTÓN, 164
 DARÍO III, 111, 367, 368
 DASSAULT, Marcel, 387
 DAVID, [296](#)
 DE FELICE, 83
 DE GAULLE, Charles, 22, 84, 94-6, 100, 101, 168, [310](#), [319](#), 362
 DE GAVRE, Louis, [135](#)
 DE MORGUES, Mathieu, 143
 DEBUSSY, 177, 178, [181](#)
 DECAUX, Alain, 21
 DECAZES, 347
 DEGÉRANDO, 417

- DELACOMPTÉE, Jean-Michel, 352
 DELACROIX, Christian, 11, 59, 156, 384
 DELAGE, Roger, 176
 DELARGE, Jean-Pierre, [236](#)
 DELAY, Florence, [315](#), [316](#), 353
 DELAY, Jean, [315](#), 341, 342, 344
 DELUMEAU, Jean, 369
 DEMARTINI, Anne-Emmanuelle, 269, 272, 273
 DÉMÉTRIOS, 110
 DEMOGEOT, Jacques, 58
 DERRIDA, Jacques, 402
 DES GRANGES, Ch., 58
 DESANTI, Dominique, 389
 DESCARTES, René, 27, 41, [151](#), 223, [318](#), 345, 346, 357, 379, 386, 414-9
 DESJARDINS, Thierry, [321](#)
 DESORGUES, Théodore, 265, 266
 DEVEREUX, Georges, 346
 DEWEY, John, 239
 DHOMBRES, Jean, 423, 424
 DHOMBRES, Nicole, 424
 DIAZ, Brigitte, 54, 58
 DICKENS, Charles, 29, 67
 DIDEROT, 58
 DILTHEY, Wilhelm, 15, 244, [354](#), 355, 357, 358, 428
 DION, Robert, 37
 DOSSE, Florence, 9
 DOSSE, François, 59, 66, 82, 93, 156, [180](#), [187](#), [234](#), 384, 382, 395, 418
 DOSTOÏEVSKI (también DOSTOIEVSKY), 67, 333, 342
 DOUMIC, René, 59
 DOUZOU, Laurent, [436](#)
 DRESDEN, 104
 DREYFUS, Michel, [305](#), 362, 398, 404
 DRIEU LA ROCHELLE, 389
 DROYSEN, 368
 DU GUESCLIN, Bertrand, [135](#), [136](#), [152](#), 166
 DUBOIS, Claude-Gilbert, 137
 DUBY, Georges, [131](#), 210, 211
 DUFORNEAU, André, 41
 DUFOURNET, Jean, [135](#)
 DUHEM, Pierre, 423, 431
 DUHON, Christine, 37
 DUMAS, Alexandre, 168
 DUMONS, Bruno, 219
 DUMONT, Jean-Paul, 264
 DUMONT, Paul-Ursin, 264
 DUMOULIN, Olivier, [317](#), 384
 DUPANLOUP, monseñor, 158
 DUPÊCHEZ, Charles, 9
 DUPLEIX, Scipion, 143
 DUPONT, Pierre, [155](#)
 DUQUE DE SULLY, 74, [151](#)
 DURAND, Claude, 82, [215](#)
 DURAS, Marguerite, 388
 DURKHEIM, Émile, [183](#), [185](#), [186](#), 405
 DUROSELLE, Jean-Baptiste, 83
- E*
- EGINHARD, 117, 365
 EICHEL-LOJKINE, Patricia, 137-41
 EICHMANN, 382
 EINSTEIN, 403
 ELEGOËT, Fanch, 246
 ELEONOR DE AQUITANIA, 211
 ELIADE, Mircea, 402-4, 406
 ELIAS, Norbert, 179, [180](#)
 ELLMANN, Richard, 333-5
 ELOÍSA, 211
 EMERSON, Ralph Waldo, [148](#)
 ENGELS, Friedrich, 379
 ENRIQUE IV, 73, 74, 87, 166
 ENRIQUETA DE INGLATERRA, 352
 ERASMO, 27, 46, [48](#), 49, 76
 ERIBON, Didier, 407
 ERIKSON, Erik, 338, 339
 ESCAMILLA, Michèle, 82,
 ESQUILO, [153](#)
 EUGENIO III, 255

F

FABIUS, Laurent, [323](#), [324](#)
 FABRE, Daniel, [138](#), 144, [147](#), [150](#),
[151](#), 165, 166
 FABRE, Nicole, 345, 346
 FARGE, Arlette, 41, 102, [300-2](#), [307](#)
 FARÍAS, Víctor, 401
 FAUQUET, Joël-Marie, 176, [180](#)
 FAURE, Félix, [181](#)
 FAVIER, Jean, 86, 87
 FAVRET-SAADA, Jeanne, 248
 FEBVRE, Lucien, [185](#), [187](#), 190, 193,
[205-7](#), [246](#), 251, 292, 384, 412
 FEDERICO II, [149](#), 255, 286-90
 FEDERN, Ernst, [327](#)
 FELIPE II, 193, 194
 FELIPE AUGUSTO, [135](#), 157, 280
 FELIPE EL HERMOSO, 157
 FÉNELON, [151](#), 261
 FERHAT ABBAS, 96
 FERNANDEZ, Dominique, [343](#), 344
 FERRAROTTI, Franco, 242, 243, 246
 FERRO, Marc, 81, [205](#)
 FEST, Joachim, 78, 371
 FIDIAS, [153](#)
 FINGER, Matthias, 242, 244, 246, 358
 FIRTH, Charles, [214](#), 255
 FLAISSIER, Sabine, 39
 FLAMAND, Paul, [99](#), 100
 FLAUBERT, Gustave, [60-2](#), 71, 199,
 221, 225-33, 272, 308, 313, 399,
 425
 FLEMING, Sir Alexander, 25
 FOHLEN, Claude, 304
 FOUCAULT, Michel, 253, 261-4, 269,
 342, 379, 407-9, 411,
 FOUCHÉ, Joseph, 46, 47
 FOUQUET, 49, 50
 FOURIER, Joseph, [307](#), [308](#), 423, 424
 FRANCE, Anatole, [133](#)
 FRANCISCO I, 75, 76, 86, 87, 294, 366
 FRANCISCO DE ASÍS, 281, [351](#), 352
 FRANCK, César, 176, [180](#)

FRANCO, 82, 92, 93
 FRAZIER, Françoise, 110-3
 FREGE, 249, 380
 FREUD, Sigmund, [327-36](#), 341, 346,
 347, 359, 360, 411
 FRIEDLÄNDER, Saul, 333, 338-41
 FRITSCH, Philippe, [203](#)
 FRUGONI, Arsenio, 255-7, [318](#)
 FRY, Roger, [32](#), 35, [36](#)
 FUMAROLI, Marc, [16](#), 17

G

GADAMER, Hans-Georg, 359, 360
 GAILLARD, Françoise, [308](#), [310](#)
 GAÏTI, Brigitte, 97, 322
 GALLIMARD, Gaston, 15, [16](#), 19, 23,
 41, 42, 49, 50, 55, 57, 62, 63,
[103](#), 106, [119](#), 122, [133](#), [137](#), 143,
[145](#), [147](#), [155](#), 157, 164, 172, 177,
 195, 196, [203](#), 210, [214](#), 222-6,
[233](#), [235](#), [236](#), 247, 248, 255, 258,
 262-4, 274, 277, 281, 285, 286,
[306](#), [314](#), [315](#), [318](#), [328](#), 341, 342,
 347, 349-53, 360, 361, 365, 371,
 380, 384, 386-8, 399, 403, 406-8,
 410, 432
 GALLO, Max, 9, 364
 GALLOIS, Jean, 176
 GANDHI, [318](#), 338
 GANDILLAC, Maurice de, 118
 GARBO, Greta, 101
 GARCIA, Patrick, 11, 59, [146](#), 156, 168,
[348](#)
 GARIBALDI, [318](#), 326, [327](#)
 GASCOU, Jacques, 114, [115](#)
 GASSENDI, 416
 GAUCHER, Élisabeth, [135](#), [136](#)
 GAUCHET, Marcel, [159](#), [161](#), 290, 291,
 407
 GAUTIER, Théophile, [56](#)
 GAUVAIN, 210
 GAUVARD, Claude, 219
 GAY, Peter, 287

- GEERTZ, Clifford, 253
 GEMELLI, Giuliana, 412, 413
 GENET, Jean, [233](#)
 GENETTE, Gérard, 70,
 GENGIS KHAN, 364
 GEOFFROY DE BEAULIEU, 278
 GEORGE, Stephan, 287, 288
 GÉRARD, Alice, 158, [162](#), 164
 GERBER, Alain, 51, [52](#)
 GERSHWIN, 178
 GIESBERT, Franz-Olivier, [321](#)
 GINZBURG, Carlo, 250-3, 255, 265, 429
 GIRARD, Louis, 218
 GIRAULT, René, 97
 GISCARD D'ESTAING, Valéry, 320, 322,
 324
 GISSEROT, Jean-Paul, 178, 179
 GODARD, Francis, [202](#)
 GODARD, Jean-Luc, 273
 GODECHOT, Jacques, 304
 GODELIER, Maurice, 195
 GODOFREDO DE BOUILLON, 165
 GOETHE, 77, 331, 346, 347, 355
 GOFFETTE, Guy, 352
 GOFFMAN, Erwing, [323](#)
 GOLDENSTEIN, Jean-Pierre, 9, [28](#)
 GORDON, general, 33
 GOSSELIN, Monique, [436](#)
 GOSSELIN-NOAT, Monique, 43, 67
 GOSSEZ, Rémy, 218
 GOUBERT, Pierre, 196, 210
 GOUHIER, Henri, 257
 GOULD, Glenn, [351](#)
 GOUREVITCH, Aaron, [119](#)
 GOY, Joseph, 248
 GOYET, Bruno, [317](#), 326, 400, 401
 GRACIÁN, Baltasar, 137
 GRACO, [146](#)
 GRAFTEAUX, Serge, [236](#)
 GRANDIER, Urbain, 259, 272
 GRAWITZ, Madeleine, 414
 GREEN, André, 198, 334, 359
 GRÉGOIRE DE NYSSE, 168
 GREIMAS, Aljirdas Julien, 396
 GREISCH, Jean, 357
 GRENADOU, Ephraïm, [236](#)
 GRENDI, Edoardo, 250
 GRENIER, Fernand, [325](#)
 GRENIER, Roger, 352
 GRESLE, François, 239
 GRÉVY, Jérôme, [318](#), 326
 GRILLPARZER, [327](#)
 GUÉNÉE, Bernard, 22, 23, [133](#)
 GUI, Bernard, [133](#)
 GUILLERMO II, 85, 86, 222, 223
 GUILLERMO DE CHARTRES, 278
 GUILLERMO DE NANGIS, 278
 GUILLERMO DE SAINT PATHUS, 278
 GUILLERMO EL BRETÓN, [135](#)
 GUILLERMO EL MARISCAL, [135](#), [136](#),
 210
 GUIRAL, Pierre, 88, 89
 GUIZOT, François, 156-8, [161](#)
 GUSTAVO EL BUENO, [152](#)
 GUT, Serge, 176
 GUTEMBERG, JUAN, 168
- H*
- HABERMAS, 358
 HALBREICH, Harry, 176
 HALBWACHS, Maurice, 404-6
 HAMON, Philippe, [134](#), [151](#), [152](#)
 HARNACK, 122
 HARTOG, François, 106, [107](#), 110, 360
 HAUPT, Georges, 97
 HAUSER, Henri, [188](#)
 HAYDN, 176, 178
 HEGEL, 57, [159](#), 410, 414, 416
 HEIDEGGER, Martin, 379, 383, 384,
 401, 402, 411
 HEINICH, Nathalie, 171, 173, 174
 HEINRITZ, Charlotte, 246
 HEIZELMANN, Martin, [216](#)
 HÉLIAS, Pierre-Jakez, [236](#), 247
 HENNION, Antoine, [180](#)
 HENSKENS, 128

HÉRCULES, [296](#)
 HERGÉ, 387
 HERODOTO, 93, 105, 114
 HERRIOT, Édouard, 81, 82, [209](#)
 HEURGON, Marc, 275, 276
 HILAIRE, Yves-Marie, 304
 HILDEBRAND, Klaus, 371
 HILDEGARDE DE BINGEN, 80
 HINCMAR, [123](#), 365
 HITLER, Adolfo, 38, [48](#), 49, 78, [79](#),
[314](#), [315](#), [337-40](#), 370-5, 404
 HO CHI MINH, [95](#), 96, [318](#), [327](#)
 HOBBS, 27
 HÖLDERLIN, 173, 342
 HOLMES, Richard, [32](#)
 HONNEGER, 176
 HUGO, Victor, 25, [56](#), 69, 75, 86, 88,
 89, [151](#), 232, 272, 364
 HYTIER, Jean, 77

I

IDT, Geneviève, 222
 ILLOUZ, Charles, 251
 INOCENTE III, 288, 289
 ISABEL (reina), 34, 35
 ISAMBERT, François-André, 420
 ISÓCRATES, 104, 106

J

JACCARD, Roland, 380
 JACOUTY, Jean-François, 156, 157
 JACQUARD, Albert, 424
 JACQUES DE VITRY, [127](#)
 JAHODA, G., 197
 JAKOB, Pierre, 423
 JAKOBSON, Roman, 191, [192](#)
 JALLON, Hugues, 9
 JAMBET, Christian, 401
 JAMEUX, Dominique, 177
 JANICAUD, Dominique, 402
 JANIN, [155](#)
 JANKÉLÉVITCH, Vladimir, [181](#)
 JARDIN, Jean, 387

JASPERS, Karl, 172, 173, 383
 JAUCOURT, c aballero de, [150](#)
 JEAN DE LA CROIX, [443](#)
 JEANNE (papa), 128
 JEANNENEY, Jean-Noël, [152](#), 167, 168
 JENOFONTE, 104, 105
 JERÓNIMO, 285
 JESÚS, [123](#), [162](#), 369
 JOHNSON, Samuel, [31](#), [32](#), [149](#)
 JOINVILLE, Jean de, 275, 279
 JOLIOT-CURIE, Frédéric, 422, 423
 JOLLES, André, 121
 JOLY, Bertrand, 422
 JONAS, Hans, 382
 JONES, A.-H.M., [214](#)
 JOSUÉ, [296](#)
 JOUANNA, A., [139](#)
 JOUHAUD, Christian, 143, 353
 JOUTARD, Philippe, [107](#), [152](#), 167, 168,
[184](#), 247, 248
 JOVE, Paul, [141](#)
 JUANA DE ARCO, [79](#), 80, [152](#), [163](#), 165,
 166, 361-4, 366, 417
 JUANA DE LOS ÁNGELES, 258, 259
 JUDAH LEIB, Glick bas, 268
 JULIA, Dominique, 384, 395
 JULLIARD, Jacques, 97
 JUPPÉ, Alain, [72](#), 73, 74

K

KAFKA, 390
 KAHN, Axel, 424
 KAHNWEILER, D.H., 387
 KALIFA, Dominique, 273, [300](#)
 KANT, Emmanuel, 379, 414
 KANTOROWICZ, Ernst, 255, 286-90,
[318](#), 353
 KASPI, André, 84, 92
 KELKEL, Manfred, 176
 KENDALL, Paul Murray, 26, [30](#), [31](#), 77,
 86, 87
 KENNEDY, John, 92
 KERGOAT, Jacques, [306](#)

- KERMINA, Françoise, 75
 KERSHAW, Ian, 38, 370-5
 KIEJMAN, Claude, 94
 KLEIST, [327](#)
 KLOOCKE, Kurt, 398
 KNECHT, Robert J., 87
 KOFMAN, Sarah, [332](#)
 KOSELLECK, Reinhart, 108, [184](#), 360
 KOTT, Sandrine, [318](#), 326
 KRIPKE, 198
 KRISTEVA, Julia, 381
 KRUMEICH, Gerd, 361, 362
 KURTH, Gertrud M., 339, [340](#)
- L*
- LA FONTAINE, Jean de, [56](#)
 LA POPELINIÈRE, 106
 LA TOUR DU PIN, [208](#)
 LABADIE, 268
 LACAM, Jean-Patrice, [321](#)
 LACAN, Jacques, [192](#), 342, [348](#), 359,
 402, 409, 411
 LACENAIRE, Pierre-François, 269-73
 LACOMBE, Benoît, 266-8
 LACOUTURE, Jean, 22, 94-102
 LAÉ, Jean-François, 41
 LAERCIO, Diógenes, 117, 118, 378
 LAFFONT, Robert, 19, 22, [236](#)
 LAGARDE, 53, 54
 LAHIRE, Bernard, [202](#), 295
 LAIGNEL-LAVASTINE, Alexandra, 402
 LALOUETTE, Jacqueline, [216](#)
 LAMARTINE, [56](#), 58
 LAMENNAIS, 417
 LANCELOTE, [296](#)
 LANDOWSKI, Marcel, 177
 LANG, Jack, 75, 76
 LANGER, Walter C., [340](#)
 LANGEVIN, 423
 LANSON, Gustave, 53, 54
 LASSLET, Peter, [235](#)
 LATOUR, Bruno, [180](#), 416, 418-20,
 422, 431
- LAUBARDEMONT, 259, 260
 LAUGIER, Henri, 423
 LAVISSE, Ernest, 53, 59, 86, 158, [161](#),
 164, 165, 364, 406
 LE GOFF, Jacques, 97, 98, 194, 195,
 255, 274-8, 280, 281, 286, [318](#),
[319](#), 368, 384, 432
 LE MUISIT, Gilles, [133](#)
 LE PELETIER DE SAINT-FARGEAU, [146](#)
 LE PLAY, [208](#), 400
 LE ROY LADURIE, Emmanuel, 196, 431
 LEBRUN, François, 9, 23, 304
 LECLERC, general, 95
 LEDUC, Jean, [146](#)
 LEFÈVRE-GIROUARD, Bruno, 246
 LEGRAND, Robert, 167
 LEGRAND, Henry, 263, 264
 LEIBNIZ, 404, 417
 LEJEUNE, Philippe, [30](#), 39, 70, 71, [234](#),
[238](#), 430
 LEMIRE, abad, [79](#), 92, [208](#)
 LENAU, [327](#)
 LENCLUD, Gérard, 360
 LÉOMANT, Christian, 246
 LEONARDO DA VINCI, 168, 331-3, 346
 LEOPOLDO III, 336, [337](#)
 LÉPRONT, Catherine, 352
 LEVANTAL, Christophe, 219
 LÉVÊQUE, Pierre, 304
 LEVERKÜHN, Adrian, 178
 LEVI, Giovanni, [205](#), 212, [214](#), 250,
 253, [317](#)
 LEVINAS, Emmanuel, 401, 402
 LÉVI-STRAUSS, Claude, [188](#), [189](#),
[192-3](#), 195, 245, 413
 LÉVY, Michel, [56](#), 57
 LEVY-PIARROUX, Yveline, 9, 63
 LEWIS, Peter, 86
 LEWIS, Oscar, [235](#)
 LEYMARIE, Michel, 422
 LIÉBERT, Georges, 9
 LIENHARD, Marc, 369
 LINCOLN, 84, [91](#)

- LISCHKE, André, 176
 LISZT, Franz, 176, 178, 179
 LLOYD, Geoffrey E. R., 197
 LORAUX, Nicole, 104
 LORIGA, Sabina, 57, [147](#), [214](#), 253-5,
 428
 LORIN, Henri, [208](#)
 LOTI, Pierre, [314](#)
 LOU SALOMÉ, 336
 LOUBET, Émile, 273
 LOUPÈS, Philippe, 219
 LUBAC, Henri de, 397
 LUCAS, Gaston, [236-8](#)
 LUDWIG, Emile, 222
 LUIS VI, 171
 LUIS VII, 171
 LUIS IX, 277, 278
 LUIS XI, 26, [30](#), 77, 86, 87
 LUIS XII, 86, 90
 LUIS XIII, 260
 LUIS XIV, 49, 50, 106, 142-4, [150](#), [209](#),
 210, 366
 LUIS XV, 88, 218
 LUIS XVI, 164, 167
 LUIS XVIII, 47, 347
 LUIS FELIPE, 88, 231, 232, 364
 LUKACS, Georges, [188](#)
 LUTERO, Martín, [48](#), 49, 76, [148](#), [149](#),
[162](#), 168, [207](#), 338, 339, 355, 369,
 370
 LUXEMBURGO, Rosa, 287
- M*
- MACÉ, Gérard, 350
 MADAME DE STAËL, [153](#), 369, 370,
 398, 399
 MADELÉNAT, Daniel, 17, 22, 23, [30](#),
[31](#), 38, 40, 93
 MAGALLANES, 46, 76
 MAGLOIRE, Frank, 303
 MAHOMA, [148](#)
 MAITRON, Jean, 304, [305](#)
 MALEBRANCHE, 417
 MALLARMÉ, Stéphane, 344, 390
 MALRAUX, André, 50, 59, 97, 168, 389,
 391
 MANDOUZE, André, [214](#), 283
 MANN, Thomas, 177, 178
 MANNING, 33
 MAQUIAVELO, [139](#), 140
 MARAT, [146](#)
 MARAVAL, Denis, 9, 23
 MARCEL, Gabriel, 393
 MARGERIE, Diane de, 35
 MARÍA ANTONIETA, 39, 46
 MARÍA ESTUARDO, 46
 MARIE DE L'INCARNATION, 268
 MARIN, Louis, 142
 MARKOVITS, Claude, [318](#)
 MARROU, Henri-Irénée, [214](#)
 MARTIN DE TOURS, 80
 MARTINGALE, J.R., [214](#)
 MARTY, Eric, 389, 390, 410, 411
 MARX, Karl, 75, [188](#), 364, 379
 MARX, Roland, 304
 MASSIN, Brigitte, 176, 177
 MASSIN, Jean, 176, 177
 MAURIAC, François, 40, [72](#), 97, [99](#), 100
 MAURIN, Jean, [216](#)
 MAUROIS, André, 25, 26, 29, [30](#), 39
 MAURON, Charles, [343](#), 344
 MAURRAS, Charles, [317](#), 326, 400, 401
 MAURY, Jean-Pierre, 423
 MAUSS, Marcel, [186](#), [187](#)
 MAY, Georges, [56](#), 63
 MAYEUR, Jean-Marie, [79](#), 92, [208](#)
 MAZARINO, 49, 50
 MAZÉ, Suzanne, [237](#)
 MC GUINNESS, Brian, 380
 MEAD, George H., [202](#)
 MÉNAGER, Daniel, 144
 MENDÈS-FRANCE, Pierre, [99](#), 100, 102
 MÉNÉTRA, Jacques-Louis, 212
 MENGAL, Paul, [127](#)
 MERCIER, Louis-Sébastien, 417
 MERIAN, Maria Sibylla, 268

- MERSENNE, 423
 MERTENS, Pierre, [52](#)
 METZ, Christian, 195
 MEYER, Konrad Ferdinand, [327](#)
 MICHARD, 54
 MICHAUD-FRÉJAVILLE, Françoise, 23
 MICHEL DE L'HOSPITAL, 291, 292
 MICHELET, Jules, 19, 59, 93, [147](#), 161-
[64](#), 199, [310](#), 311, 362
 MICHON, Pierre, 41, [351](#)
 MIGNET, 158
 MIGUEL ÁNGEL, 170, 175, 331
 MILLER, James, 407, 408
 MILTIADES, 331
 MILZA, Jean-Pierre, 83, 84, 92
 MINKOWSKI, Alexandre, 97
 MIRABEAU, 107, [153](#), 164
 MIRECOURT, Eugène de, [155](#), 156, 167
 MIROUX, Georges, 23
 MISTRAL, 400
 MITTERRAND, François, 73, 76, 101,
 168, [305](#), 320, [324](#)
 MOHAMED V, 96
 MOISÉS, [296](#), [328](#), 329
 MOLIÈRE, 59, [151](#)
 MOMIGLIANO, Arnaldo, [103-6](#)
 MONGE, Gaspar, 168, 423, 424
 MONK, Ray, 380
 MONNET, Jean, 84, 85, 168
 MONOD, Jacques, 424
 MONROE, Marilyn, [351](#)
 MONTAIGNE, [72](#), 106, 386
 MONTESQUIEU, [72](#), 86, 101, [151](#), 366
 MONTEVERDI, Claudio, 176
 MONTRÉMY, Jean-Maurice, 275
 MORAND, Paul, 49, 50
 MORELLE, Chantal, 423
 MORIN, Françoise, 425
 MORRIS, J., [214](#)
 MORRISSEY, Robert, 365
 MOSSÉ, Claude, 367
 MOULIER-BOUTANG, Yann, 409, 410
 MOYSAN, Bruno, 9, 176, 179, [181](#)
 MOZART, 176-80
 MULLIGAN, Gerry, 51
 MURARD, Numa, 41
 MURAT, 90, [91](#)
 MUSSET, Alfred de, [56](#), 58
 MUSSOLINI, Benito, 83, 92
- N
- NABOT, [296](#)
 NADAUD, Martin, 247
 NAPOLEÓN, 47, 50, 51, [60](#), 74, 75, 80,
 90, [107](#), [146](#), [149](#), [152](#), 157, [185](#),
 232, 335, 362-4, 366
 NAPOLEÓN III, 421
 NASSER, 96
 NASSIF, Jacques, 347, [348](#)
 NEPOTE, Cornelio, 108
 NERÓN, 114, 116, 117
 NERVAL, Gérard de, [315](#), [316](#), 353
 NEUMANN, Franz, 372
 NEVINS, Allan, [240](#)
 NICOLÁS II, 81, [91](#)
 NICOLET, Claude, [215](#)
 NICOLSON, Harold, 34
 NIETZSCHE, Friedrich, 178, 243, 336,
 342, 357, 408, 430
 NIGHTINGALE, Florence, 33
 NISARD, M., 108
 NITHARD, Jean, 176
 NOBÉCOURT, Jacques, [99](#)
 NODIER, Charles, [154](#)
 NORA, Pierre, 94, 97, [194](#), 195, [306](#),
 361, 364, 365, 384, 432
 NORA, Simon, 102
 NUNBERG, Herman, [327](#)
- O
- OATES, Stephen B., [91](#)
 OBERMAN, Heiko A., 369
 OFFENSTADT, Nicolas, 9, [316](#), [317-9](#),
[325](#), 326, 384, 416
 ORBAN, Olivier, 37
 ORCIBAL, Jean, 37

- OTHON DE FREISING, 256
 OZOUF, Jacques, 248
- P*
- PACHET, Pierre, [302](#), 303
 PAINTER, George D., 65, 66
 PALESTRINA, 176
 PANOFKY, Erwin, 170, 171
 PARINAUD, Gaston, 387
 PARK, R.E., 239
 PAROT, Françoise, [127](#)
 PASCAL, BLAS, [28](#), 29, 379
 PASSERON, Jean-Claude, 109, 199, 200
 PASTEUR, LUIS, 420-2
 PÊCHEUX, Michel, 195
 PEDRO EL GRANDE, [91](#)
 PÉGUY, Charles, [310](#), 417
 PÉLAGIO, 282, 284
 PELLISSON, 142, 143
 PELUCHET, Antoine, 42
 PENEFF, Jacques, [235](#), [236](#), [240](#)
 PENNETIER, Claude, 304-7
 PEREC, Georges, 41
 PEREIRA, Maria Isaura, 245
 PERICLES, [107](#), 355
 PERLER, O., 283
 PernoUD, Régine, [79](#), 80
 PEROT, Nicolas, 43
 PERRICHET, Marc, [217](#)
 PERROT, Claude, 425
 PERROT, Michelle, [306](#)
 PÉTAIN, Philippe, 81
 PETITTEAU, Natalie, 363
 PETITFILS, Jean-Christian, [209](#), 210
 PETRARCA, [138](#), [139](#)
 PICARD, Raymond, [189](#), 191, [192](#)
 PIERCE, Charles S., 239
 PIETRO, Charles, [216](#)
 PINAGOT, Louis-François, [297-300](#), [302](#)
 PINAULT, Michel, 422
 PINEL, Philippe, 347
 PLATÓN, [103](#), 137, [153](#), 378
 PLUTARCO, 27, 55, 65, 106-15, 117,
 118, [136](#), [138](#), [141](#), [146](#), [150](#),
[152](#), [162](#), 200, 263, 287, 365,
 427
 POE, Edgar, 331, 341
 POINCARÉ, Raymond, 92, 93
 POIRIER, Jean, 244, 245, 358
 POLLAK, Michaël, [235](#)
 POLLET, Gilles, 219
 POMIAN, Krzysztof, 360
 PONI, Carlo, 250
 PONTALIS, Jean-Bertrand, 9, 41, [314](#),
[348-51](#)
 POUCHET, F.-A., 420-2
 PRÉVERT, Jacques, 272
 PRÉVOST, Alain, [236](#)
 PROKOFIEV, 177
 PROST, Antoine, 218
 PROUST, Marcel, 57, 62-7, 311-3, 341,
[343](#)
 PUDAL, Bernard, 40, [324](#)
 PUECH, Jean-Benoît, 411
- Q*
- QUATREMÉE DE QUINCY, 153
 QUICHERAT, 80, 362
 QUILLIET, Bernard, 90
 QUINET, [161](#), [163](#), 164
- R*
- RABELAIS, 137, [205](#), [206](#), 251, 292
 RACINE, 59, 106, 143, [189-92](#), [343](#), 344
 RAFAEL, [153](#)
 RAMMSTEDT, Angela, 246
 RANCÉ, 43-5, 65
 RANCIÈRE, Jacques, [194](#)
 RANK, Otto, 174, [328](#)
 RATHENAU, Walther, 85
 RAVEL, 178
 RAYBAUT, Paul, 244, 245
 REBATET, Lucien, 389, 390
 REBÉRIOUX, Madeleine, 97
 REGARD, Frédéric, 33, 35, 36
 REID, Robert, 423

- RÉMOND, René, [440](#)
 RENAN, Ernest, [162](#)
 RENOUVIN, Pierre, 83, 405
 REVAULT D'ALLONNES, Olivier, 407
 REVEL, Jean-François, [107](#)
 REVEL, Jacques, 57, [107](#), [147](#), [184](#),
[214](#), 255, 395
 REVIRON, Floriane, 33, 35, [36](#)
 REYNIER, Christine, [36](#)
 RICHARD CŒUR DE LION, 80
 RICHELIEU, 143, 259, 353
 RICHER DE SAINT-RÉMI, 89
 RIFFARD, Pierre, 378, 379
 RILKE, 336
 RIMBAUD, Arthur, [351](#)
 RIOT, Philippe, 262
 RIOUX, Jean-Pierre, 84, 247
 RIVIÈRE, Pierre, 262, 269
 ROBERT, Jean-Bernard, 423, 424
 ROBERTO EL PIADOSO, 280
 ROBESPIERRE, Maximilien, 47, [146](#),
 164, 335
 ROBRIEUX, Philippe, 78
 ROCHET, Waldeck, 326
 ROCKMORE, Tom, 401
 RODIS-LEWIS, Geneviève, 414
 ROGER-COLLARD, Atanase, 347
 ROLAND, Mme, 55
 ROLLAND, Romain, 175
 ROMANOV, [91](#)
 RONSARD, 143, 144
 ROOSEVELT, Franklin D., 84
 ROSANVALLON, Pierre, 157
 ROTH, François, 92
 ROUDINESCO, Elisabeth, 167
 ROUSSEAU, Jean Jacques, 39, 54, 106,
[149](#), [151](#), 370, 385, 386
 ROUSSEL, Eric, 84
 ROWLEY, Anthony, 9, 413
 ROY, Claude, [351](#)
 ROY, Jean, 177
 RUSSEL, Bertrand, 380
 RUTHROF, Horst, 121
- S
- SACKVILLE-WEST, Vita, 34
 SADE, 114, [307](#), [308](#), 408
 SAINTE-BEUVE, 54-9, 62, 63, 67
 SAINT-HILAIRE, Geoffroy, 59
 SAINT-JUST, [146](#), 167
 SAINT PATRICK, [134](#)
 SAMUEL, Claude, 177
 SAN AGUSTÍN, 255, 281-3, 285, 286,
 381
 SAN IGNACIO DE LOYOLA, 121, [127](#)
 SAN LUIS, 157, 166, 255, 274-80, 286,
[318](#), [319](#), 368
 SAN MARCOS, 124
 SAND, George, 25
 SANGNIER, Marc, [305](#)
 SANSOT, Pierre, 41
 SARTRE, Jean-Paul, [60](#), 61, 71, 199,
[202](#), 221-33, 308, 379, 398, 399,
 402, 413, 425
 SASSIER, Yves, 89
 SAUNIER, Pierre-Yves, 219
 SAWICKI, Frédéric, [323](#), [324](#)
 SCANDELLA, Domenico, 250
 SCHAPP, Wilhelm, 392
 SCHELLING, 414
 SCHMITT, Jean-Claude, [127](#)
 SCHNEIDER, Michel, 27-9, 46, 63, [64](#),
[351](#), 352
 SCHOPENHAUER, 379, 380, 408
 SCHÖNBERG, 177, 178
 SCHUBERT, Franz, 176, 177
 SCHUMANN, Robert, 177, 178
 SCHUMPETER, 199, 413
 SCHWARTZ, Olivier, 200, [201](#)
 SCHWOB, Marcel, 26, 27, [307](#)
 SCOTT, Walter, 86
 SCRIBINE, Alexandre, 176
 SCYLAX, 104
 SEC, Joseph, 213
 SEGUIN, Philippe, 74, 75
 SÉGUIN (abad), 43
 SÉKOU TOURÉ, 96

- SEMPRÚN, Jorge, 406
 SÉNECA, [139](#), 379
 SERNA, Pierre, 265, 266
 SERRES, Michel, 420
 SESÉ, Bernard, [443](#)
 SFEZ, Gérard, 140
 SHAKESPEARE, William, [148](#)
 SHAW, Clifford, [201](#)
 SHELLEY, 25
 SIEDLER, Wolf Jobst, 78
 SIGUIER, Laurent, 75
 SIMIAND, François, 166, [184](#), [185](#), [187](#),
[188](#)
 SIMMEL, 239
 SIRINELLI, Jean-François, 422
 SIRINELLI, Jean, [107](#), 113
 SIROT, Stéphane, [317](#), [325](#)
 SMALL, Albion W., [238](#)
 SOISSON, Jean-Pierre, 74
 SOLLERS, Philippe, 18
 SORIANO, Marc, 346
 SORLIN, Pierre, [79](#), [208](#)
 SOTINEL, Claire, [215](#), [216](#)
 SOULEZ, Philippe, 377, 397, 398
 SPEER, Albert, 78, [79](#)
 SPERBER, Dan, 195
 SPINOZA, 379, 413, 417
 STALIN, Joseph, 335
 STAROBINSKI, Jean, 341, 385, 386, 391
 STENDHAL, 29, 67, [91](#), 101, [152](#), 268,
 272, 364
 STORA, Benjamin, 219, 220
 STRACHEY, Lytton, 33, 34, 35
 STRAUSS, Richard, 177
 STRICKER, Rémy, 177, 178
 STRINBERG, 172
 STROWSKI, Fortunat, 58
 SUETONIO, 106, 114-8, [138](#), [141](#), [152](#),
 365
 SUGER DE SAINT DENIS (abad), 170,
 171
 SURER, P., [60](#)
 SURIN, Jean-Joseph, 257-9
 SWAIN, Gladys, 407
 SZAFRAN, Maurice, [321](#)
- T
- TÁCITO, 108, 109
 TAINE, Hippolyte, [56](#), 57, 59, [159](#),
[161](#), 428
 TALES, 118
 TALLEYRAND, 47, 75, 89, 90
 TALLEYRAND-PÉRIGORD, Monseñor, 347
 TAMERLAN, 364
 TAMINIAUX, Jacques, 383
 TASSIN, Etienne, 381, 384
 TAZIEFF, Haroun, 97
 TCHAÏKOVSKY, 176, 178
 TELL, Guillermo, [146](#)
 TELLART, Roger, 176
 TEMÍSTOCLES, [107](#)
 TEODORO DE BÈZE, [141](#)
 TERRAY, Marie-Louise, 249
 TESTART, Jacques, 424
 THÉVENOT, Laurent, 172, [180](#), [203](#),
 295, [323](#), 416, 429
 THÉVET, André, [141](#)
 THIÉBAULT, Marcel, 80
 THIÉRIOT, [150](#)
 THIERRY, Augustin, [161](#)
 THIERS, Adolphe, 88, 158
 THOMAS, Antoine-Léonard, [150](#)
 THOMAS, William I., 239
 THOREZ, Maurice, 78, [317](#), [325](#)
 TILLIETTE, Xavier, 414, 415
 TILLION, Germaine, 101
 TITO LIVIO, 108, 116, 117
 TOCQUEVILLE, Alexis de, 88, [145](#)
 TOMÁS DE CANTERBURY, [123](#)
 TOUBERT, Pierre, [131](#)
 TREBITSCH, Michel, 11, [240](#)
 TREMPÉ, Rolande, 304
 TROTSKY, Léon, 77, 93
 TROUSSON, RAYMOND, 54
 TROYAT, Henri, 21
 TUCÍDIDES, 98, 105, 106, 355, 431

TULARD, Jean, 80, 90, [91](#), 364

TURCANU, Florin, 402-4

U

ULISES, 352

V

VALADIER, Paul, 393

VALÉRY, Paul, 413

VAN DAMME, Stéphane, [318](#), 416, 418,
419

VAN GOGH, 171-4

VAPEREAU, Gustave, [154](#)

VASARI, Giorgio, 169, 170

VASCO DE GAMA, 350

VASSORT, Jean, [302](#)

VAUCHEZ, André, 125-8

VAUVENARGUES, 55, [107](#)

VEILLON, Pierre, [436](#)

VERCINGÉTORIX, 166

VERDI, 178

VERLAINE, Paul, 313

VERNE, Jules, 346

VERNY, Françoise, 397

VEYNE, Paul, [301](#), 431

VIALA, Alain, [146](#), [443](#)

VIALLANEIX, Paul, 162, [163](#)

VIART, Dominique, 41, 42, 67, 350

VICTORIA (reina), 34

VIDAL, Laurent, 251

VIDAL, Henri, 273, 274

VIGNAL, Marc, 176

VIGNY, Alfred de, [56](#)

VIGREUX, Jean, [325](#), 326

VINOT, Bernard, 167

VITELIO, 116, 117

VITOUX, Pierre, [149](#)

VOLDMAN, Danièle, [240](#)

VOLTAIRE, 90, [150](#), [151](#), 168, 362, 366

VORAGINE, Jacques de, 122-6, 172,

VOVELLE, Michel, 167, 213, 265, 266

W

WAGNER, Cosima, 374

WAITE, Robert G.L., [340](#)

WALDECK-ROUSSEAU, [79](#), [208](#)

WALKER, Allan, 176

WARESQUIEL, Emmanuel de,
89, 90

WEBER, MAX, 178, 373

WEDEKIND, [327](#)

WEHLER, Hans-Ulrich, 371

WERNER, Karl-Ferdinand, [216](#)

WICKERS, Olivier, 226

WIEVIORKA, Annette, 41, 249

WILDE, Oscar, 37

WILSON, Thomas Woodrow, 84,
[329-332](#), 398

WINDELBAND, [354](#)

WINOCK, Michel, 97, 361

WITTGENSTEIN, Ludwig, [130](#), [202](#),
[314](#), [315](#), 379-81, 385

WOLIKOW, Serge, [306](#), [307](#)

WOOLF, Virginia, [31-7](#), 430

WORMS, Frédéric, 377, 397, 398

X

XANTOS, 104

Y

YOUNG-BRUEHL, Elisabeth, 381, 382,
414

Z

ZAPPERI, Roberto, 174, 175

ZELLER, Gaston, [217](#)

ZEMON-DAVIS, Natalie, 212, 268, 269

ZIELINSKI, Tadeuz, 176

ZNANIECKI, F., 239

ZONABEND, Françoise, [135](#), [138](#), 165

ZWEIG, Arnold, 334

ZWEIG, Stefan, 46-9, 67-9, 229, 312



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

